This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

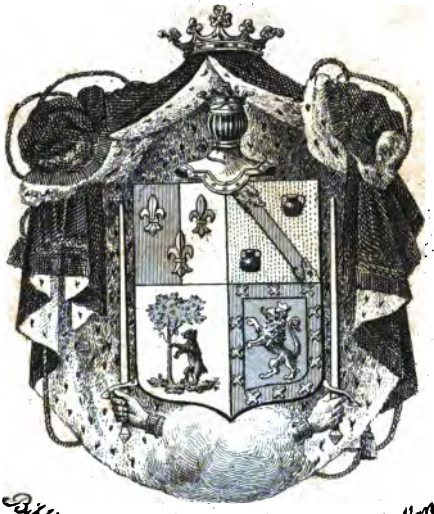
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`



Biblioteca de D. Feliciano Ramirez de Arellano,
Marqués de la Fuensanta del Valle.

275 ff

~~275 ff. 18~~

Presented by W. Buckler, M.A.
1925

Vet. Span. III B. 330

Ew63/64

DESTRUCCION

DE

POLLENTIA.

DESTRUCCION

DE

POLLENTIA

ANTIGUA CAPITAL DE MALLORCA

Y CUANTO QUE TUVO

DURANTE LA DOMINACION ROMANA.

POR

JUAN REINÉS Y FERRER,

PROFESOR DE MEDICINA Y CIRUGÍA.

¿Et seges est ubi Troya fuit?

OVIDIO.

PALMA.

IMPRENTA DE PEDRO JOSÉ GELABERT.

Impresor de S. M.

1863.

Es propiedad.

Prólogo.

Se ha escrito mucho y divagado mas sobre la famosa Pollentia primera capital de Mallorca, sobre el sitio que ocupó y sobre la causa de su destruccion. Su estudio es tan pesado como monótono; por esta razon hemos procurado hacer mas amena y entretenida su lectura plantando algunas glorietas de flores en el árido terreno histórico.

Creemos que en la narracion hemos seguido estrictamente el precepto de «*ficta voluptatis causa sint proxima veris*»: esto es, que la hemos dado tan verosimil como puede serlo; y creemos tambien que poco se aparta de la verdad histórica. En efecto: de todo se desprende, que la antigua Pollentia fue destruida, y que de ningun modo cambió voluntariamente de sitio.

Un pueblo que por su voluntad cambiase de sitio, llevaríase consigo sus caudales, sus alhajas y sus dioses

penates: todo el mundo no puede menos de estar conforme con este aserto. No obstante, en los campos inmediatos á Alcudia y en los de Sta. Ana, á mas de los muchos ídolos de bronce, hánse hallado tambien alhajas y una asombrosa cantidad de monedas de oro, plata y cobre. De aqui se infiere que, si los moradores de nuestra antigua capital, *de motu propio* cambiaron de sitio, lo hicieron abandonando sus dioses penates, sus alhajas y sus caudales. Empero, la razon se subleva enérgica contra semejante suposicion. Bajo este supuesto, la única consecuencia posible de estos antecedentes, es que fue destruida por feroces y desapiadados enemigos.

No es de presumir tampoco que atendido el carácter y génio guerrero de los Romanos, éstos cedieran su ciudad, haciendas, libertad y vida sin empeñar antes una lid la mas desesperada y sangrienta. ¿Quién no la empeñaria en casos análogos?

Los discursos que ponemos en boca de algunos personages, á fuerza de ser propios de las críticas circunstancias en que se encontraron los pollentines, no pueden dejar de tener algo de verídico en el fondo.

Si los nombres de éstos no son todos históricos, la culpa no es nuestra.

Los que han escrito sobre las causas de la destruccion de Pollentia, las atribuyen al furor de los vándalos contra los romanos. Nosotros, pero, á aquellos y á la ambicion desmedida de un traidor hijo de Pollentia; con lo cual conceptuamos que, poco ó nada padece la verdad histórica.

CAPÍTULO I.

LA PREDICCION.

Despues de cuatro dias de una tempestad desecha, de viento, grandes lluvias, truenos y relámpagos que, cual ángel de esterminio rasgaban el grueso espesor de pardas y negras nubes, amaneció el 30 de octubre del año de la era cristiana 161. Claro, diáfano, sin que rodara en el espacio la mas pequeña nube, y el sol elevando desde en medio de las ondas del canal de Menorca su límpido y esplendoroso rostro, hizo brillar herida por sus rayos de oro la cúpula de los suntuosos edificios de la antigua Pollentia (1).

Como era natural, sus moradores desfavorablemente impresionados por la pasada tormenta, durante la cual una centella que habia caido en el templo de Júpiter, mató instantaneamente á tres de las personas que en él se encontraban, saludaron con transportes de una alegria infantil el nuevo triunfo de Apolo contra su antagonista Tifon;

acreditando una vez mas, que éste último puede sí, cubrir de siniestras nubes la frente del primero, pero empañarla jamás. Por esta razon, muchos nobles y mayor número de artesanos con sus familias, buscaron en el campo un dia de solaz. Todas las puertas de la ciudad por mas de tres horas vomitaron pollentines que, bulliciosos y alegres dirigíanse á diferentes puntos de la ribera de sus dos encantadores mares.

Las diez de la tal mañana serian, cuando por una de las puertas de Oriente llamada de Neptuno, salian cuatro robustos criados, ostentando en su espalda un carcaj bien nutrido de largas flechas, y empuñando en su diestra un agudo dardo, quienes servian de escolta á dos jóvenes montadas á caballo vestidas como Diana; siendo ambas un dechado de hermosura sorprendente.

Seguíalas sobre una dócil mula una matrona aplagaminada, argos de las dos, que, aunque no de mal parecer, al lado de dichas jóvenes, se podia compararla á la imágen del fastidio.

Una de ellas era la muy noble Flavia Paulina Mammea, hija única del general y senador, Lucio Paulino, y la otra llamábase Placidia Licinia, hija del célebre médico, Marco Licinio Philomuso. Paulina representaba el tipo de la jóven de alto linaje; la sangre y la raza reflejábanse en toda su persona. Las líneas ondulosas de sus espaldas, la forma esquisita de su pequeña cabeza, colocada graciosamente sobre su cuello redondo y mas blanca que la nieve, el brillo de sus rasgados ojos, dulcificado por las delicadas tintas de su finísimo cutis, sus brillantes y sedosos cabellos, rizados naturalmente sobre sus sienes, todo en ella en fin, era noble, sublime, arrastrador.

Placidia Licinia realizaba por su parte el bello ideal de la mujer del estado medio, que, por su génio festivo é inocente subyuga los corazones. Su finísima tez ofrecia esa frescura deliciosa y virginal de la flor que únicamente ha osado besar la brisa, y finalmente toda la atraccion de que Dios habia dotado á aquella bellísima figura consistia casi enteramente en esa sencilla ingenuidad de impresiones que se traducian sobre su frente y que podian adivinarse antes que ella misma las hubiese esperimentado.

La belleza de Paulina Mammea, era el relámpago que deslumbra. La de Placidia Licinia, era la luz del alba que descubre poco á poco los encantos del paisaje, al traves de las brumas matinales. Estas dos beldades con su acompañamiento iban á avistarse con Cayo Fereor sacerdote de Apolo que vivia en un pequeño templo dedicado á este dios, situado en la sierra ó colina del cabo de Menorca, para consultar el oráculo.

Placidia mostrábase jovial y risueña, no así Paulina, en cuyo rostro encantador traslucíase la tristeza y mucho sufrimiento interior. Por todo el camino recibian respetuosos saludos y esclamaciones de admiracion. Mas al llegar á la entrada de la llanura llamada «Alcanada» treinta jóvenes formados en ala les interceptaron el paso, saludándolas con una retahila de piropos y moviendo una algazara loca. ¡Benditas seais jóvenes mas hermosas que todas las diosas del Olimpo! decia uno. ¡Quieran los dioses castigarnos con vuestra compañía en las largas veladas del invierno, que á paso de gigante se nos echa encima! añadia otro. ¡Cargue la infernal Nemesis con ese lagarto la marimacho que las acompaña! dijo Vibio Manliano; y una carcajada ruidosa resonó en aquellos con-

tornos. Dejémoslas entretenidas en este coloquio, y en el interin volvamos atras, conduciendo al lector á presenciar una interesante escena que se pasa en el soberbio palacio de Paulina Mammea, situado en la calle de Apolo. En obsequio de la brevedad nos abstendremos de dar su descripcion, y bastará decir que todos sus aposentos estaban amueblados con un lujo oriental. Su dueño, el anciano L. Paulino, era una de esas figuras respetables en las cuales la edad no ha podido borrar del todo la belleza varonil que algun dia debió ser notable.

Sentado en una rica silla recibió con su proverbial bondad á Lucio Vibio (2) que acababa de ser introducido á su presencia.

—Buenos dias, amigo Vibio, ¿á qué debo el placer de vuestra visita?

—El placer y la dicha de veros es para mí, ilustre padre conscrito. Ademas, que un deber de gratitud me ha conducido á vuestra noble presencia para daros las mas espresivas gracias por lo que habeis trabajado en el senado á favor mio confiriéndome por segunda vez el nombramiento de Edil.

—Con eso no he hecho mas que cumplir con lo que es debido al mérito. Ya sabeis L. Vibio, que la justicia es antes que todo: por consiguiente no debeis darme las gracias por un acto de justicia. Con efecto: ¿quién mas acreedor que vos á esta magistratura que, *nemine discrepante* os ha conferido el Senado, del cual soy yo el mas inferior de sus miembros? ¿Ignorais que la conservacion y proteccion de un buen ciudadano, cual vos lo sois, es mas gloriosa, como decia Escipion, que la destruccion de mil enemigos? ¿Qué se os estraña, pues, que el Se-

nado despojándose de todo espíritu de partido, casi siempre injusto haya atendido en vuestro nombramiento al bien de la patria y no á mezquinos intereses de partido?

Si los partidos en su encumbramiento atendiesen esclusivamente al mérito, no habria partidos; lo que habria si, serian hombres útiles y capaces de formar la felicidad de la patria, porque entonces esos reptiles inmundos que remueven cielo y tierra para mantener viva la discordia, único medio que les queda para figurar en detrimento del hombre morigerado, del sábio y del laborioso, tendrian que volver á zambullirse en el fango en que los sepultara su pereza y sus vicios, del cual no debieran haber salido jamas.

Es mucho algo mas facil emitir el sufragio á favor de tal ó cual partido que adquirir nombradia por su trabajo material ó intelectual. De aqui se deduce la consecuencia de que mientras los partidos solo atienden al mérito del sufragio, la estátua de la virtud y de la justicia, tarde ó temprano tendrán que cubrir con triple velo su rostro augusto, y los males de la patria se multiplicarán al infinito: es decir, que puede llegar el triste caso de que reine la inmoralidad mas asquerosa.

—Ah! mucho me temo, padre conscrito que este caso haya llegado yá.

—¿Qué decis? ¡La inmoralidad en nuestra patria! ¡Líbrennos los dioses de tal castigo! La inmoralidad es la muerte en el esterior, la muerte en el interior y la muerte en el corazon de toda sociedad bien constituida: es una peste, la peor que pueden sufrir los pueblos: es un cáncer tan destructor que corroe poco á poco todos los miembros y que se hace indispensable estirpar de

raiz, cortando con mano segura hasta lo sano.

Si tanto se quiere, podrá disimularse que, para satisfacer sus pasiones el hombre, ponga en movimiento muchos resortes; empero, sembrar la inmoralidad, eso no debe permitirse jamás. ¿Quién sino un malvado querrá hacerse célebre por las desventuras de su patria?

La inmoralidad asi como la calumnia es el arma de los infames, á quienes ha de hacerse una guerra de esterminio sin dejarles descansar á sol ni á sombra. Mas, vos; ¿en qué fundais tan desconsolador concepto? Hablad, amigo Vibio, hablad, y nada me oculteis; ya veis cuanto sufro en este instante.

—¿En qué lo fundo decís? ¿Ignorais lo que ha pasado en los últimos plesbiscitos? Si lo ignorais, quisiera me dispensaseis de relatároslo, porque fuerza será nombraros alguna persona que os afecte de un modo cruel.

—¿Y eso os detiene? El bien de la patria es antes que ninguna consideracion personal; hablad.

—La razon os sobra, y ademas debiera yo tener presente que vos siempre habeis sido intrépido en el peligro, entusiasta por todo lo grande, inalterable en vuestras resoluciones y el mas amante de la gloria y esplendor de nuestra patria. Por tanto, debo hablaros sin ambajes, mayormente recordando ahora que de vuestros autorizados lábios hemos aprendido la siguiente máxima á la que damos ya el valor de axioma, esto es «que la ignorancia y la esclavitud, y hasta la presion que se ejerce por algun ambicioso sobre las masas, hacen los hombres perversos y desgraciados; y que solamente la moralidad, la ciencia, la razon y una justa libertad puede corregirlos y hacerlos mas dignos y mas felices.»

Sin embargo, y en prueba de lo adelantada que está en Pollentia la inmoralidad y la corrupcion que es su inmediata consecuencia, en el dia se han trocado los frenos, y atravesamos un período de miseria álgida, triste é imponente; dando el dictado de pobreza de alma á la virtud, de libertad á la tiranía, de grandeza á la hipocresía, y tal vez de ciencia á la inmodestia y al audaz charlatanismo. ¡Oh! ¿En qué hemos de parar si no se pone un remedio eficaz á tamaños males?

De todos ellos es la causa, cuando no la única, al menos la principal, cierto Catilina, verdadera síntesis del hombre que se deja arrastrar por las pasiones. Verdad y gorda es que, con una habilidad sin segundo, sabe ocultarlas á los tontos; esforzándose en hacerles creer, que él y solo él es el protector de los ciudadanos pobres.

Siempre se le ve rodeado de necios, de aduladores viles, sirviéndose de ellos para escalar el poder, y luego vejar y procurar reducir á la nulidad á cuantos ciudadanos le hagan sombra. Encenagado en todas las torpezas y vicios, y empujado por el afan del goce, pasa su vida urdiendo la ruina de familias, adorno de Pollentia. Por desgracia, tiene un personal gallardo y mucha maña para fingir virtudes cívicas, que están muy distantes de albergarse en su corazon. Empero, la belleza del tal hombre tiene un tinte infernal (cara de gato montés con corazon de lobo). El que sea algo fisonomista, desde luego conocerá que su aspecto tiene mucho de intencionado y de mala espresion, brillando en sus ojos la mirada del orgullo mas repugnante. Considérase muy superior en todo á los moradores de Pollentia; por esta razon trabaja infatigable para supeditar á sus antojos á todo bicho viviente; persiguiendo sin

tregua y ejerciendo innobles venganzas contra quien tenga suficiente dignidad para no adular su estúpida presuncion. Acostumbrado á vivir de una manera turbia, en la cual jamas se ve claro, ¿quiénes pensais que sean sus amigos y consejeros? ¡Amigos! ¡Consejeros! El no tiene los unos ni los otros, y se guarda muy bien de pedir consejo á nadie, porque no le cuadra que haya quien le haga la contra. Sus caprichos han de ser una ley, y bajo este concepto obra consecuente, rodeándose de miserables, escoria de la sociedad, que carecen de voluntad propia, y le obedecen á cierra ojos; convirtiéndose de este modo en instrumentos de sus miras ambiciosas: hombres bajos y débiles que se doblan al látigo de quien les brinda con un vaso de vino: hombres que no conocen la dignidad ó la tienen en muy poco, y que con gusto sirven de esclavos á un malvado, actualmente verdadera caja de Pandora para Pollentia.

Sus principales protejidos son las mujeres que se le venden, importándole poco que sean infames rameras, con tal que se le presenten como ídolos de la elegancia y del placer. Lo son tambien los estafadores, los traidores á quienes sonrie, los rufianes, los vagos y los aventureros. A todos estos seres degradados predica cual otro saltimbanquis, ridiculizando la virtud, la honradez y declamando contra los senadores, contra los desemviros, pretores y contra todos los ciudadanos que se hacen notables por su laboriosidad, por sus talentos, por su probidad y por su saber llamándoles miserables.

Con lo dicho, claro está, que las aspiraciones de este otro Catilina, son romper hasta el último eslabon de esa cadena sagrada que forma una sociedad debidamente

constituida, y gobernarla él despues á su modo.

En los últimos plesbiscitos, no contento con sobornar, amenazar y servirse de medios los mas reprensibles, apeló á la inmoralidad aconsejando á los deudores de buenas cantidades de dinero, que en sus necesidades recibieron sin interes de amigos generosos, que ofrecieran á estos el sufragio, con tal que se les condonasen la mitad al menos de la deuda, como asi lo hicieron y despues que lo hubieron logrado, dióles otra cantidad para que fuesen pérfidos, ingratos, traidores ó infames y..... lo fueron.

Por consiguiente, no estrañeis que con tanta frescura se cometan las mas punibles picardias, pues ellas son moneda corriente en la actualidad. No estrañeis tampoco esos motines cada mes, esos atropellos cada semana, esas riñas y escándalos cada dia, y esa inmoralidad que, cual peste destructora vá convirtiendo Pollentia en un semillero de discordias, de desdichas, de amaños, de perjurios, de perfidias y de infamias. He aquí su obra. No obstante, el tal sujeto, odre de maldades y vicios, con el mas audaz cinismo, se titula el protector de los derechos del hombre y el amante por escelencia de la libertad. ¡De la libertad, cuando trabaja dia y noche para reducirnos á la esclavitud! ¿Cuál será la libertad que intenta entronizar este faroton? Será dar libertad á sus adeptos; es decir, á la gentualla para que puedan hacer impunemente lo que les plazca, atropellando y conculcando todas las leyes en perjuicio del bien procomunal? De ningun modo puede ser otra; pues una amarga esperiencia ha acreditado que la libertad que no detiene su impetuosa marcha ante la verdad esperimental, despreciando

los tristes y análogos resultados que han dado los ensayos prácticos de los siglos que nos han precedido, no es libertad; es sí un sarcasmo contra la verdadera libertad: es la anarquía que ostenta por do quier sus repugnantes y desencajadas facciones; dejando á lo metéoro, huellas indelebles de su funesto paso: y es despotismo el mas cruel que pueden sufrir los pueblos; porque las leyes protectoras del ciudadano pacífico enmudecen, y pierden su accion salvadora, oyendose en su lugar el aterrador bramido de descadenadas pasiones, y en nombre de la libertad cométense toda clase de atentados, robos, vejámenes venganzas innobles, perfidias, traiciones, deshonras y todos los crímenes; huyendo espantadas la virtud, la ciencia, la honradez y la justicia. Y no puede ser de otro modo; pues la canalla jamas se contiene una vez suelta; pasa mas allá de las concesiones que se le hacen desbordándose y convirtiéndose casi siempre. Sí, en una arma que se vuelve contra la mano que la usa: lo que poco importaria sin los males que ha acarreado á la sociedad entera. Este es, padre conscrito, el porvenir que nos amaga.

Yo que ni aun quisiera ser esclavo de la mejor de las libertades, tendria á gran mengua estarme con los brazos cruzados no procurando conjurar la tempestad que aunque ruje en lontanaza, lastima ya los oidos del hombre de probidad. Este es el motivo porque desde hoy levantaré mi voz en grito dando el alerta á todos los ciudadanos que tienen interes en el órden y en el imperio de las leyes, sin cuyo requisito no hay sociedad posible, para que aunados nos pongamos en guardia contra estos seres dañosos, quienes, hallan que todo está en órden, cuando pueden impunemente desordenarlo todo, y al contra-

rio, piensan que todo va muy mal cuando se les impide el ejercicio de sus artimañas y de sus maldades, ó se ponen medios para obviar los males á que da lugar la sed insaciable de mando de algun ambicioso. ¿Y qué? ¿Acaso tienen otro objeto esas peroratas que suelta el tal Catilina, y que no descuida de ataviar con utopias tan lindas, como han sido, son y serán eternamente irrealizables? ¿No son esas utopias las que inflaman la mente de gentes sencillas, y que la plebe acoje con entusiasmo febril delirante y loco? ¿Y cómo no han de admirarlas y acogerlas con entusiasmo siendo casi siempre la admiracion hija de la ignorancia? Los hombres generalmente no admiran sino lo que no comprenden. Con eso queda esplicado el enigma del como se hacen prosélitos por medio de utopias por mas irrealizables que ellas sean.

Concluyo, haciendoos presente, que todos los actos del Catilina en cuestion, llevan el sello del misterio y de la tenebrosidad, porque sin duda entra en sus disolventes proyectos, que renunciemos á la dignidad de hombres y aceptemos sin decir oste ni moste esa libertad negra como hija del tártaro, con que intenta oprimirnos; haciendo de la traicion virtud, de la ignorancia un mérito; encaramando la incompetencia sobre la competencia, y que los hombres de capacidad sean escarnecidos y supeditados por la ignorancia y brutalidad de sus adeptos.

Vos, ilustre L. Flavio Paulino, que sois hombre, verdadera lumbrera de nuestra patria por vuestra asombrosa erudicion; hombre de sólida virtud, de incontrastable fortaleza de ánimo, y un entusiasta de la verdadera libertad creadora de las leyes; amen de la gloria, prosperidad y esplendor de nuestra patria, ¿os sentis dispuesto

á suscribir á semejantes monstruosidades? ¿Desde cuando ha sido tiranía anteponer la sabiduría á la ignorancia, la honradez al vicio, la competencia á la incompetencia y la justicia á las arbitrariedades? ¿Y á todos estos actos tan indispensables para la vigorosa vida de una buena sociedad, como lo es un aire puro y renovado para la salud del hombre, se tiene el descaro de calificarlos de tiranía y de robo de derechos? ¡Cuanta malicia encierran en sí estas palabras! Pero basta, porque conozco lo mucho que padeceis.

—¡Mil tempestades, truenos y rayos! esclamó L. Flavio Paulino levantándose bruscamente, y con una indignacion que caldeaba su ancha y pensadora frente; dijo:

—El colorido de vuestras pinceladas, amigo L. Vibio, es demasiado ágrio para no tomarlas por lo serio; pues en el fondo del sombrio cuadro que acabais de ponerme á la vista, destácase como un génio del mal la cabeza de un hijo poderoso de Pollentia, convertido por su ambicion estravagante en uno de los monstruos mas abominables. ¿Cómo se llama ese monstruo, capaz, muy capaz por satisfacer sus pasiones hasta de vender su patria al estrangero?

L. Vibio no pudo contestar, porque de improviso se presentó uno de sus criados diciéndo: Manlia Fabiana vuestra esposa, señor, acaba de ser acometida de un cólico violento que la desespera.

L. Vibio, sin casi despedirse de su ilustre interlocutor, fuese volando en busca del célebre médico, Marco Licino Philomuso. En el interin no podemos menos de decir, ¡rara coincidencia! pues en el mismísimo instante que L. Flavio Paulino pronunciaba tan fatídicas palabras, las

mismas decia á Flavia Paulina Mammea, dentro el templo de Apolo, situado en la sierra titulada «Cabo de Menorca» Cayo Fereor, á quien, como dejamos sentado iban á consultar nuestras heroinas. Vamos, pues, á ver lo que les pasó.

Dejámoslas recibiendo de los espresados treinta jóvenes mil chicoleos y una retahila de piropos, graciosos unos, atrevidos otros, amen de salerosas pullas dirigidas á la vieja Bobilia Tarquinia, antigua sirvienta de L. Flavio Paulino, que las acompañaba, que, al paso que hicieron reir á aquellas, pusieron á esta mas furiosa que una pantera, despidiendo de su boca pestes y pefiscos y muchos sapos y culebras, con las cuales no consiguió otra cosa, sino aumentar la hilaridad y la insolencia de aquellos jóvenes zocarrones. Uno de ellos mas atrevido y mas travieso que sus compañeros, dijola: Vamos Bobilia, no te alufes tanto por lo que dicen esos belitres de mis camaradas, son hombres sin juicio, calaverones, en fin; de lo contrario vas á arrojar los bofes de inútil rabieta. Por eso, ahora que tú y yo estamos en plena paz y concordia, dime, ¿cuántos dias hace ya que no mamas? ¿Acaso te han nacido los dientes y colmillos y te estorban para la succion? Porque, á decirte la verdad y por lo que arroja de sí tu chuche, igual al del infernal barquero Queronte, me parece que la misma loba que amamantó á Rómulo en los mismos dias te amamantó á tí tambien.

Una estrepitosa carcajada fue la consecuencia de tan inesperada como insolente pulla de Tulio Ceson, que tal era el nombre del jóven. Empero, una marcada espresion de disgusto que se retrató en el divino semblante de Paulina y de Placida, dió un giro bien distinto á la conversacion tenida hasta entónces.

Todos los dichos jóvenes eran hijos de familias distinguidas de Pollentia, y entre ellos se hacia notable por su bella presencia y hermosas facciones varoniles, Marco Emilio Faustino. Este jóven, pues, no tan solo no despegó sus lábios durante las referidas pullas sino que absorto por la hermosura de Placidia Licinia no apartaba un momento los ojos de su rostro arrebatador. Marco Emilio sufria entonces una fascinacion completa de la cual no sabia darse la razon. Agitábanse en su herida y delirante imaginacion mil proyectos sin atinar con ningun medio de ponerlos en obra. Mas la ruidosa carcajada de sus compañeros deshizo el encanto, sacándolo de su ensimismamiento; y observando el disgusto de su ídolo, sin ser dueño de si mismo ni menos dar lugar á la reflexion, saltó bruscamente en medio de ellos, diciendo: basta ya de insolencias y de chanzas de mal gusto, y el que de vosotros se atreva á soltar una sola palabra mas, se la devolveré al cuerpo del mejor modo que le plazca, y luego desembainó su espada con brio.

Sus compañeros se miraron atónitos guardando el silencio de la sorpresa por algunos segundos que tardó la reaccion á suceder á aquella. Pero adquirida esta su imperio, Tulio Ceson encarándose á Marco Emilio, díjole sarcásticamente: graciósico estás, amigo Marco Emilio. ¿Con qué por esa momia verdadera fantasma del reino de Pluton, coges el techo con las uñas y nos declaras la guerra? ¡Cuanta estravagancia! Reflexiona, hombre, que ninguno de tantos como estamos aquí se siente dispuesto á sufrir por ella el mas ligero respingon! ¿Entiendes? No me cuadra pero, y sábelo de una vez que, en ningun tiempo se diga que hemos perdido la cholla, como la has

perdido tú, provocando un duelo por esa vieja, imágen fria de la fatalidad.

Nuestras chanzas no pasaban de pura broma; y si tanto quieres esa broma, con tu delicadeza que será muy esquisita, estupenda y.... chusca además ¡Vaya si es todo eso! podias calificarla de insolencia. Sí, pero no hubiera estado por demas que, en lugar de dejarte subir con tanta ligereza la mosca á la nariz tuvieras presente, que la tal insolencia era propia de nuestra edad y de un dia de zambra y bureo como este. Tambien que ella no podia tener, siendo tu mas cuerdo, ninguna consecuencia fatal, como quizá la tenga tu imprudente y necia provocacion, ó para hablar con mas propiedad, tu fanfarronada hija de tu ridículo orgullo, de tu estupidez ó de un momento de ilusion y estravio como gustes; cuya causa creo yo conocer tanto como tu mismo.

De todos modos, por valentazo y superior á todos nosotros que te consideres, á nadie convencerás de que esa vieja mondonga sea ella la causa de tu insolente arrebato. Empero, si tu brusco arranque ha sido hacer un estemporáneo alarde de tu valor, de tu ascendiente y de tu bravura, para poner de manifiesto nuestra cobardía callando, y engrandecerte con tu soñada superioridad á los ojos de estas dos beldades, lindísimas flores de nuestra patria; aun que ya sea eso otro cantar, y por si pretendes en tus delirios sujetarnos á tus caprichos como si fuesemos ratones, y que te aclamemos á grito herido, absoluto y omnipotente Señor nuestro..... ¡Quiá! júrote por Júpiter que te engañas de cabo á rabo, y que te haré conocer que no todos los caminos son fáciles y andaderos. Ponte, pues, en guardia y procura acreditar que no

eres solo héroe en el terreno de la farsa. No bien hubo pronunciado estas palabras, cuando su espada brilló con fulgor siniestro á los ojos de Paulina y Placidia. Los restantes veinte y ocho jóvenes, de seguida, con semblante torva y desembainados los aceros, formaron un círculo diciendo: palo y duro al insolente. ¡Viva Tulio Ceson. Todo lo cual visto por Marco Emilio, acometió á su adversario con una resolucion y viveza digna por cierto de mejor causa; pero fué recibido por este último con la mayor sangre fria y con una sonrisa tan desdeñosa, que sobraba para dar un susto al miedo.

Los ataques de ambos eran tan intencionados como rudos y terribles; mas, en honor de los combatientes debemos consignar, que los quites y defensa no podian ser mas diestros. Sin embargo, bien se comprende que semejante lucha no podia durar sin que sucediera algun siniestro: la muerte de uno ó tal vez de los dos. Entónces Placidia Licinia que, á la vista de Marco Emilio habia sentido por él la primera impresion de un amor ardiente, con el prodigioso instinto que tiene la mujer para leer en el corazon del hombre, no dudando de lo que pasaba en el de Marco Emilio; temiendo por su vida, interpúsose entre los dos rivales, diciendo: deteneos jóvenes imprudentes. ¿A qué esponer vuestra vida por semejante friolera? Esta conducta es bárbara, salvaje, antisocial y atroz. En mi opinion de mujer, aunque jóven de 18 años, las armas únicamente deben de esgrimarse en defensa de la patria, y de ningun modo por caprichos de valentonadas, á las que, tan sin razon y como por sarcasmo llamais lavar manchas del honor. ¡Del honor! Quien no hace burla y chacota de semejante subterfugio ó de tan peregrina ocurrencia,

será porque está enfermo de los cascos. En efecto: ¿Será lavar una mancha del honor cometer el mayor y mas repugnante de los crímenes, como lo es privar de la vida por una bicoca, á un ciudadano, quien algun dia pudiera ser uno de los mas beneméritos defensores de la patria, ó una de sus mas brillantes lumbreras ó cuando menos un escelente padre de familia?

No estrañeis este mi lenguaje, pues lo he aprendido de la boca de Marco Licinio Philomuso que, como sabeis, su ciencia es la de conservar y no de destruir. ¿Si el tal ciudadano en un momento de irreflexion, soltó palabras que no debiera, en otro de calma no podria repararlas y hasta de confesar su culpabilidad y retirarlas? ¿Por qué, pues, apelar con tanta ligereza á medios estremos algo brutales y mas de un algo feos y criminales?

Poco importa haber errado; lo que importa sí, y que prueba mucha grandeza de alma, es saber reconocer el error y abjurarlo de corazon. Tú, Tulio Ceson, y tú, Marco Emilio tan amigos poco há ¿porqué tan facilmente os habeis vuelto encarnizados enemigos, que, al modo de dos tigres intentais despedazaros? ¿Hay motivo para tanto?

Por desgracia es muy cierto, que hay ultrajes y ofensas que solo pueden borrarse con la sangre del ofensor. Empero, ¿son de esta naturaleza las vuestras? Nó, mil veces nó. ¿Cuál será, pues, la causa de vuestro improvisado ódio, y de esa sed de venganza que os ha convertido en verdaderas furias del averno? A lo que yo entiendo, la causa de este injustificable encono es muy liviana para autorizaros á jugar vuestra vida tan sin consideracion. Hablad, justificaos, y si hay la mas mínima razon por tan fiero combate, yo misma os impeleré á renovarlo..... ¿Callais? Tú,

Marco Emilio, que tan cerca tienes la lengua de los lábios respóndeme. Y tú, Tulio Ceson, que tan retrechero y aficionado eres á escribir picantes epígramas y á soltar pullas que, por mas resaladas que ellas sean, no todos los estómagos son á propósito para digerirlos; puestos los ojos en la eterna justicia, contéstame y dime, ¿qué motivo tienes para ese insano furor que te ha impelido á intentar la muerte de un distinguido jóven á quien contabas con placer en el número de tus mejores amigos?

Si en lugar de haber pasado á vias de hecho, os dierais prudentes y sensatos, esplicaciones; sin duda os hubierais entendido, y entonces la amistad recuperara con creces sus derechos perdidos, y á la par evitado el concepto poco favorable que de vuestra sensatez ha de formar el mundo civilizado. Aguardo vuestra contestacion.

Placidia, en aquel momento supremo, poseida de un espíritu celeste y mas arrebatadora que la diosa Iris que representaba, era en un todo semejante al mas hermoso ángel que Dios enviára al mundo, para estender entre los hombres los beneficios de la paz. Sus divinos ojos despedian corrientes de fluido magnético que unido á la dulzura de su clara voz, mantenia extasiados á cuantos la miraban. De pié y con los brazos cruzados sobre su envidiable seno ostentabase mas bella que ninguna de las figuras que nos representa como tipo ideal de hermosura, la estatuaria griega. Sin Paulina Mammea que estaba allí presente fuera proclamada unanimemente por el mayor adorno de Pollentia. Despues de un rato de solemne silencio, Tulio Ceson con su admirable desparpajo que tanta y tan merecida celebridad le dió algunos años despues en el senado, dijo: No sé, Placidia, que

admirar mas en tí, si esa beldad tuya mas deslumbrante que los rayos del sol naciente, ó el raudal de razones sublimes con que has sabido afear nuestro comportamiento. Sin embargo, segun se aduce de tu discurso, yo, y solo yo, soy la causa del duelo que has presenciado, y que cual otra Iris has impedido que pasase adelante. Disimula pero que te replique, que no has sido muy justa conmigo. En cuanto á ser yo retrechero y muy aficionado á soltar pullas, al paso que estas sean oportunas, poco me importa lo demás. Con efecto: si tenemos derecho de requebrar á jóvenes que, con sus chicoleos y sus gracias nos impresionan viva y agradablemente; el mismo nos asiste para dar un inocente bromazo á quien nos inspira en circunstancias análogas, un sentimiento de repulsion, como verdaderamente nos los inspira ese carcamal que os acompaña, y que forma un chocante contraste; mereciendo á vuestro lado el nombre de lagarto, que, con tanto acierto le ha dado el vivaracho Vibio Manliano él hijo del edil.

Tales y tal será eternamente la ley que preside á nuestro instinto; esto es, ser atraidos á lo que bien nos parece, y repeler lo que nos afecta mal. No quiero suponer con eso, que estemos autorizados para insultar á troche y moche á quien nos plazca. Semejante conducta seria vituperable, injusta, brutal y estúpida. Mas, hazte cargo, Placidia, que hemos salido al campo para divertirnos á mas y mejor, y que gran parte del juicio y reflexion estaban en baja hoy; y que al fin y al cabo todo ha sido broma y nada mas. No obstante, si yo, ni remotamente sospechara, que el tal lagarto, marizapalos ó carcamal en cuestion, fuese la muy querida de mi mas querido ami-

go, Marco Emilio Faustino; suceso que no debe de sorprenderme supuesto que «hay gustos que merecen palos» no hubiera yo cometido una necedad de las mas mayúsculas esponiendo mi delicadísimo pellejo á los vigorosos pinchazos de su terrible es-pa-da; y encogiéndome de hombros dijera, allá te las hayas y con tu pan te lo comas, querido Marco Emilio de mi alma. Esta es, Placidia mi respuesta. Acógela indulgente y benigna, pues no puede ser otra la que te dé sobre este enojoso incidente.

Fácil es inferir que semejantes palabras pronunciadas en tono tan sarcástico é incisivo pusieron á Marco Emilio lívido de coraje y despecho. Empero, un efecto totalmente opuesto, produjeron en los dichos jóvenes, á quienes la imprudencia de este habia convertido en adversarios suyos. Por eso, mas que bulliciosos procaces movieron una algazara indescriptible, desatándose en dicharachos burlescos que acabaron de desorientar á Marco Emilio, quien, en su rábia impotente bufaba, pateaba y relampagueaba; todo á la vez. Al fin dijo á Tulio Ceson: Eres un cobarde y un miserable.

Lo amenazador y lo ronco de tales palabras, hicieron brillar un relámpago de reconcentrado furor en los ojos de Tulio Ceson; pero se contuvo y respondió con burlona dulzura. Pues, ¿creerás, amigo Marco Emilio, que lo que has dicho es muy nuevo para mí? ¡Qué ocurrencia tan peregrina la tuya! Con otra como ella vas á acreditarte de ser el animalito mas grande y mas gracioso de Pollentia y de todos sus contornos. ¡Qué dicha de hombre! ¿Con qué yo me soy un cobarde y ademas un miserable? ¡Pobre Marco Emilio Faustino! No puedo dudar yá que estás loco de remate; y lo peor que tampoco lo dudan

los que hay aquí presentes, inclusas Paulina, Placidia y... tu chusca querida, la marizapalos, causa de todos los disparates y baladronadas con que nos estás, mas que nécio, mortificando los oidos, sin reparar que te presentan un tarumba tan rematado que das lástima.

Marco Emilio fuera de sí, contraidas sus facciones y con los ojos chispeantes de rábia, desembainando la espada, dijo: Sal luego á batirte ó te mato como se mata á un perro.

—Nó, no quiero batirme ahora, respondió con mucha sorna Tulio Ceson; no digo que nó en otra coyuntura; pues en el estado de exaltacion ciega y frenética en que te encuentras, efecto de tu ridículo orgullo, seriame muy fácil despacharte á hacer un viaje á la laguna Estigia, y tu muerte seria para mí, un verdadero asesinato; con cuyo horrendo crímen, jamas Tulio Ceson manchará sus manos. No quiero batirme, porque no quiero desairar á esta celestial criatura que sofocada de angustias y poseida de un fin noble, sublime y humanitario; ha trabajado impávida para evitar una catástrofe, impidiendo que el duelo pasase adelante; y en verdad que era ya tiempo; pues por dos veces ha dependido de mi voluntad el que mi espada encontrase una baina cálida en tu pecho; bien lo sabes, pero tambien te aseguro que á la tercera no te hubiera hecho tan singular favor.

—Has hecho muy mal en no aprovecharte de mi impericia; supuesto que, si no quieres batirte aqui, tendrás que hacerlo en otra parte. En el interin dígote por si lo ignoras «que, quien á su enemigo compadece, en sus manos muere».

—No olvidaré esta tu leccion, haciéndote presente á mi vez, que la calma tambien tiene su término cuando se quiere como tú abusar de la bondad y prudencia de un hombre. A nuestra edad de 22 años tampoco deben ser todo calaveradas: la sensatez y la reflexion deben de tener su buena parte de imperio. Y á propósito de este imperio de la reflexion, una de las causas porque no quiero batirme, lo son las razones de Placidia que me han hecho mucha fuerza. Verdad es que, si Placidia consiente, me siento muy dispuesto á complacerte desde luego; con una condicion indispensable pero, y es, que declares esplícitamente, por quien hemos de volver á cruzar los aceros. Porque ya comprendes, que si ha de ser por Bobilia Tarquinia, ni aun quiero sacar la espada de la baina; pues te cedo gustoso cuanto de la tal Bobilia pueda pertenecerme: renuncio todos mis derechos, y.... buen provecho te haga ella.

—Demasiado sabes tú, que tanta habilidad tienes para ocultar tu interior fiereza, haciendo gala de una cordura de que careces completamente, que no me he batido sino por tus sarcasmos insolentes, groseros, torpes é injustos. ¿Quieres más?

Tulio Ceson frunció el entrecejo, y sus ojos irradiaron una luz terrible; al mismo tiempo adelantó un paso imponente y significativo hácia Marco Emilio, diciéndole: razonas como el mas torpe de los majaderos. ¿Las pullas acaso te las dirigimos á tí? ¿Quién te impelió, pues, á provocarnos? Seas razonable y consecuente por una vez. ¿O creias allá en tu cabeza que mil furias infernales tienen trastornada, espantarnos á todos con tu amenaza, como si fuesemos gilgueros? Los que estamos presentes te

tememos tanto como á las nubes de antaño; riéndonos á no poder mas de tus bravatas, de tu pueril rabieta y de tu chocante corajina. Bajo este supuesto, si tantas son tus ansias de combate y tantas las ganas de acabar con mi vida, pide permiso á Placidia, como soy yo el primero en pedírselo con el fin de satisfacerte, para que nos deje concluir nuestra interrumpida lucha, y derrama si puedes la última gota de mi sangre; preparando de este modo un festin sangriento, grato á las aves de rapiña y á tu alma feroz.

Marco Emilio seguidamente pidió permiso á Placidia para renovar el suspendido combate.

—Nó, nó, respondió con acento sentimental. Jamás reemplazaré yo el papel de la esplendorosa y benéfica Iris, con el de la negra, repugnante y cruel Nemesis. No tan solo os niego lo que me pedis, sinó que os suplico con toda mi alma y por cuanto haya de mas querido y sagrado á vuestros ojos, de que reanudeis por mí vuestra rota amistad. Esta es mi pretension irrevocable; la aceptais ó nó?

—Lo último es imposible, divina Placidia, por la sencilla razon que Marco Emilio y éste tu servidor pretendemos una misma cosa que, por una fatalidad no puede ser sino de uno de los dos; y segun colijo fundadamente de la moraleja de mi adversario, el uno de nosotros está de sobra en el mundo; pues él no se atempera á la voluntad de un tercero, por mas que este tercero sea libre y muy dueño de disponer de ella á su talante. Tal ni mas ni menos es, á mi modo de ver, su pretension, consecuencia del concepto que tendrá formado de su mérito personal y moral. En cuanto á mí, tu voluntad séame ó

nó favorable, será una ley que acataré sumiso y complaciente hasta exalar mi último aliento. Marco Emilio puede ahora matarme impunemente; mi espada no saldrá de la baina.

Al pronunciar estas palabras, pintóse en los ojos de Tulio Ceson el atrevimiento, en sus lábios algo gruesos, la franqueza, y en sus finas maneras la mas noble arrogancia.

Placidia le contempló un rato absorta. ¿Quién sabe el efecto que tan delicado comportamiento produjo en el corazon de aquella interesantísima vírgen? Al mismo tiempo pero germinaba en el de la vieja Bebilia el ódio mas implacable contra Tulio Ceson. Mas, no anticipemos los sucesos, pues todos serán referidos en lugar competente.

—¿Y tú, Marco Emilio, qué respondes? preguntó Placidia.

—Respondo que por esta vez Tulio Ceson ha dicho la verdad. Uno de nosotros dos está de sobra en la superficie de la tierra; y poco le importa á él si yo tengo vanidad ó esceso de amor propio. Cada hombre es dueño de pensar así ó asá: sobre esta materia ningun derecho le autoriza para exigirme esplicaciones. Con respecto á desistir del combate, serás por hoy obedecida; embaino mi espada y..... asunto concluido. Mas, no olvides Placidia, que Tulio Ceson se ha declarado *excubito* mi rival y como tal debo mirarle desde hoy en adelante, sometiéndome como me someto á todas sus consecuencias.

—Basta ya, y os doy las gracias por vuestra condescendencia á mis ruegos, sin quererme entrometer en ave-

riguar por quien teneis esa rivalidad. Unicamente os advierto, que sea quien fuere de vosotros dos el que intente suscitar nuevos debates sobre el finido duelo, que me tendrá para siempre por su mortal enemiga. Igualmente os recuerdo que la prudencia, la modestia, la buena moral y la grandeza de alma, son las dotes mas recomendables y que mas enaltecen al hombre á los ojos de toda muger bien nacida y bien educada. Finalmente arreglad si quereis vuestra conducta futura á lo que voy á decir.

Si una mujer ama á un hombre, sea por su bella presencia, sea por su bravura, sea por sus relevantes dotes intelectuales ó sea por esa efectiva é inesplicable simpatía, como así lo dice mi padre, que une de repente á dos personas de diferente sexo; quien tan solo inutilizase por celos al hombre amado por la mujer, desde el mismo instante el inutilizador muere politicamente en el corazon de la amante. Y no puede ser de otro modo; pues con malos medios nunca se consiguen buenos fines.

Ambos sois unos jóvenes de muy preclara inteligencia para suponer que no me hayais comprendido. Por tanto, voime tranquila y con la seguridad de que por poco que premediteis estas máximas de mi padre, quedareis convencidos de la verdad que ellas encierran. Los dioses os guarden, y una corona de olivo ciña vuestras sienes desde este momento en que os contaré en el número de mis mas dignos amigos.

No descuidó Placidia, con una sonrisa magnética de despedirse afable de los demas jóvenes, quienes la victorearon de un modo tan lisongero y satisfactorio que hicieron brotar de los ojos de la jóven lágrimas del mas espansivo placer. ¡Cuán cierto es que la afabilidad de carác-

ter tiene el privilegio de conquistar los corazones haciéndose propicias las voluntades, del mismo modo que el orgullo el de sublevarlos en su contra, y de enagenarse aquellas!

Reunida Placidia á su acompañamiento, de seguida emprendieron la marcha hácia el templo de Apolo. Poco habrian andado, cuando Flavia Paulina Mammea, díjola: doite, Placidia, la enhorabuena por el buen éxito de tu mediacion, aunque si he de decirte lo que siento, en tu papel de Iris ha tenido una buena parte otro interes de distinta naturaleza que el de evitar una catástrofe: un interes mas ardiente, mas sentimental y mas tierno; interes inspirado, promovido é impulsado por el amor de gigante que se ha encendido en tu pecho.

Placidia se puso colorada como una rosa, pero luego contestó sonriéndo: ¿porqué medio has hecho tan raro descubrimiento? ¡Sueñas Paulina!

—Por el mismo con que tu descubriste que yo solo amo á Marco Luculo Vero para complacer á mi padre, que tambien seria un sueño tuyo.

—Ah! Algo vengativa eres Paulina. Ahora conozco que te estás chanceando de lo mas lindo; y no podia ser de otro modo, porque ¿desde cuándo amo yo á otra persona que no seas tú ó mi padre?

—Desde cuando no lo sé yo á punto fijo; lo que puedo asegurarte es, el cuándo tu amor, muy diferente del que nos tienes á tu padre y á mí, esta patente á mis ojos. Placidia tú amas y de veras.

—Me das ganas de reir. ¿Amo y de veras?

—Sí, amas con todas tus potencias, con todos tus sentidos y con toda tu alma: tu corazon está cautivo y se

abrasa. ¿Entiendes? ¿Porqué tanto empeño en ocultarme una cosa tan natural y que tarde ó temprano habia de suceder, siendo tú tan estremadamente hermosa y tan justamente codiciada de tantos? Permíteme que te diga, querida Placidia, que éste tu proceder conmigo es incompatible con el de una buena amiga.

—Me has vencido, Paulina. Si en realidad lo que esperimento no es amor, será al menos sentirme muy dispuesta á amar, y eso ha sucedido media hora hace.

—Bien, Placidia. Tambien lo sabia yo.

—Igualmente sabrás quien sea el que ha cautivado mi corazon.

—Tanto como tú misma. Tú bebes los vientos para el mas hermoso de los dos que se han batido.

—¿Por Marco Emilio? ¿Crees á éste preferible á su adversario, Tulio Ceson?

—Todo lo contrario. Asi es que yo preferiria y de mucho á Tulio Ceson, porque ademas de ser un arrogante mozo, su talento distinguido y su desparpajo sin igual, le hacen muy superior á Marco Emilio; y la altivez de aquel, no tan solo no es ofensiva, sino que es simpática, noble y atractiva. Muy al reves es á mis ojos, y con perdon tuyo sea dicho, la de Marco Emilio.

—Es cierto. Marco Emilio, es algo arrebatado y salvaje.

—Salvaje, nó. Pero sí orgulloso hasta la estupidez. De aqui nace que su altivez es nauseabunda, repugnante y repulsiva. De esperar es no obstante que con el tiempo se corrija, y entónces será todo un hombre.

—Y dado el caso que no se enmiende, mi partido está tomado ya; calabazas en él. En mi corazon se ha fi-

jado la imágen y noble comportamiento de Tulio Ceson; por consiguiente, no lo ocupa todo entero Marco Emilio: algun rincon pertenece á aquel, que, tambien me ama. ¿Cuál de los dos desalojará á su rival?

—Tulio Ceson decis? Interrumpió Bobilia.

—Sí, Bobilia. ¿Qué te parece?

—Lo que me parece es, que para él habeis de guardar las calabazas y todos los favores para el lindo mozo, Marco Emilio.

—Y por qué?

—¡Vaya una pregunta! ¿Ignoráis que Tulio Ceson es todo un saco de malicia, un desvergonzado como no los hay: un burlon de primera tijera mas indigesto é insoportable que el mismo dios Momo: un armario de embustes y de insolencias? ¡Mala landre le coma á él y á los suyos! Pero basta, porque, ¡por Júpiter que despotrique!

—Tú, Bobilia, no tienes voto, porque estás picada que rabias, sin hacerte cargo, que, cuanto ha dicho Tulio Ceson no pasó de pura broma.

—¡Bromas é insultos á mí! Que vaya á insultar á su madre. ¿Nó sabe el muy calavera, que yo en mi tiempo fuí requebrada, obsequiada, alabada y ansiosamente codiciada de cien buenos mozos de un mérito superior al de ese espantajo, desuella caras de Tulio Ceson? ¡Insultos y rechiflas á mí á quien los hombres nunca han gustado de léjos.

Una carcajada ruidosa soltada por Paulina, Placidia y por los cuatro jóvenes criados hicieron ruborizar á Bobilia hasta la parte superior de las orejas. Entónces repuso: Perdonad una equivocacion; queria decir que, como deseaba ser vestal, jamás quise ver sino de léjos á los hom-

bres; por este motivo no admití sus obsequios y no me casé prefiriendo ser sirvienta del ilustre L. Flavio Paulino, en cuya casa hace 36 años que vivo.

—¿Y harias lo mismo ahora, dado el caso que se te presentase algun novio como duende caido de las nubes? replicó Placidia.

—¡Caramba con la señorita Placidia! ¿A qué tal pregunta? ¡Tal pudiera ser el nóvio!

Este coloquio que llevaba trazas de ser divertido, terminó por haber llegado al templo de Apolo.

Paulina y Bobilia entraron solas en él, quedándose aguardando en el átrio Placidia y demas. Despues de practicadas las ceremonias segun los ritos de aquel tiempo pagano, Paulina hizo llamar al sacerdote Cayo Fereor, quien se presentó al momento, y enterado por Bobilia de quien era Paulina, le preguntó cual era el objeto de su presencia en el templo.

—Digno ministro de los dioses, respondió Paulina, mi alma vive muy apenada y no puede ser de menos. Mi padre, L. Flavio Paulino en su edad avanzada ansía verme casada antes de morir, y si bien es cierto que yo deseo complacerle, tambien lo es que tengo una repugnancia invencible á contraer matrimonio á mi edad de 17 años. No penseis, que esa repugnancia nazca de que yo ame á otro que el que me ha destinado mi padre; nó, nada de eso. El jóven con quien intenta unirme nada deja que desear: es noble, alto y bien formado, valiente como un Hércules, rico como un Creso y hermoso de rostro como el que más. Sin embargo, yo no soy feliz, mi pecho se oprime á consecuencia de mil presentimientos, funestos todos, gratos ninguno.

Ademas cien veces durante la noche, he despertado azorada, latiéndome con violencia el corazon y bañada mi frente de un sudor glacial, porque en mi sueño veo revolotear alrededor de mi cama sombras siniestras, figuras repugnantes, y entre ellas, atendedme, he visto la figura de un hombre alto y bien formado, pero siempre oculto su rostro bajo una máscara impenetrable; llevando en su mano izquierda un ramo de verde olivo, y empuñando en su diestra un agudo puñal, de cuya punta salia una llama azulada que daba un aspecto lúgubre á todos los objetos por ella iluminados. Uno de tales objetos lo ha sido una magestuosa matrona rodeada de numerosos hijos, grandes unos, medianos otros y chicos los mas, á quienes fijamente miraba con el interes de la mas cariñosa de las madres. De sus rasgados ojos desprendíase un raudal de lágrimas del mismo color de la sangre. Su aspecto era abatido, triste y melancólico. De repente de lo mas hondo de su alma se exaló un grito desgarrador, de desesperacion y de angustia; aun resuena aterrador en mis oidos y por ello tiémblanme las carnes y críspanse mis nérvios. Aquel grito fue de muerte; el último de su vida, pues el hombre del puñal se lo habia clavado traidoramente por detrás en el corazon, y despues encendió una hoguera grande, inmensa, que redujo á cenizas el mayor número de sus hijos y á todo el edificio.

Podreis pensar ministro de los dioses, el efecto deprimente que produjo en mí tan terrible espectáculo. Mas, no es esto todo. Tres noches consecutivas he soñado que una formidable flota desembarcaba en cada uno de estos dos puertos, millares de hombres feroces, á quienes guiaba el mismo hombre enmascarado, y en cualquiera parte

que, éste marcaba su funesta huella, la tierra brotaba sangre y llamas, quedando luego á mi vista desastres, fuego y desolacion.

Como bien lo comprendeis, cosas tan estraordinarias, me han afligido y han apenado mi alma cruelmente; y cuando el alma vive apenada, todos los objetos parecen velados á nuestros ojos. Este es mi estado actual; nada me alegra, todo me contrista. Tened la bondad, pues, de revelarme con vuestra sabiduría divina, el significado de ensueños tan estupendos, y tambien, si puede esperar algun remedio á mis insoportables angustias.

Con semejante relato, C. Fereor quedóse anonadado y sumido en una premeditacion tan profunda como visiblemente penosa. Despues de largo rato, levantóse de su asiento diciendo: es indispensable ahora mismo sacrificar un blanco cordero al dios Apolo.

—He tenido esta prevision, y lo he hecho traer aquí.

—Muy bien. Vamos pues á implorar su clemencia, para que benéfico nos revele este arcano misterioso de los males de consideracion que nos amenazan terribles. Has obrado cuerda, Paulina, porque tus ensueños son avisos celestiales, para que con tiempo hagamos cuanto esté á nuestros alcances y posibilidad con el fin de conjurar la hórrida tempestad que se nos viene encima.

Llamados los auxiliares para el sacrificio, hízose de seguida, durante el cual reinó un silencio imponente. Examinadas detenidamente, por el sacerdote, las entrañas de la victima, con el terror de la muerte retratada en su rostro, dijo: «Los lícitos amores de una vírgen pura, y la ambicion desmedida de un hombre, tal vez serán causa de la destruccion de Pollentia, que, en tal caso con-

sumará un traidor hijo suyo; asi como los ilícitos de la adúltera Elena y la traicion de dos hijos de Troya, lo fueron del incendio de ésta.»

«En cuanto al remedio de tus angustias y pesares, te vendrá impensadamente por el puerto mayor.» Mas, ¿Serás tú, Paulina esta desgraciada vírgen? Nó lo sé. De lo que no puedo dudar, es que tú no verás la destruccion de nuestra cara patria, ni yo tampoco. La parca cruel, benéfica por esta vez, habrá cortado ya el hilo de mi vida y de la tuya tambien.

—Ah! Acabais de librarme de un peso enorme. ¡Yo ver la destruccion de nuestra hermosa patria! Mil vidas que tuviese sacrificaria gustosa para salvarla: soy hija del mayor y mas constante partidario de su prosperidad y de su esplendor. No desmereceré, pues, de mi digno padre porque abrigo sus sentimientos.

—Te creo sinceramente, pero fuerza es que yo sepa, quién es el marido que te destina tu ilustre padre.

—Marco Lúculo Vero.

—¡Marco Lúculo Vero!

—Con vuestra esclamacion me indicais algun misterio que me alarma, mayormente atendiendo á vuestra terrible prediccion. Habladme claro.

—Te hablaré como me lo exiges; este es mi deber del momento. Si te ha sorprendido mi esclamacion, mucho mas me sorprende á mí la eleccion de tu padre; y por mas que medite no sé darme una razon de ella, si no es, que, afortunadamente para los tontos, no hay ningun hombre sábio que no tenga sus ilusiones ó mejor dicho sus ratos de estupidez. Tu padre tan previsor, tan conocedor del mundo y tan ilustrado como sugeto de pro-

bidad, actualmente es presa de esta inconcebible estupidez. ¡Cómo! con su acreditada y jamas desmentida penetracion no ha visto lo que ven los mas miopes; esto es la capa de infame hipocresía con que Lúculo encubre sus vicios y su alma corrompida? ¿Cuál será la causa de su ceguedad? ¡Lúculo! ¿Quién no conoce la ambicion desmedida de este hombre? Cual otro Neron de horrible memoria, haria destripar á su propia madre y venderia su patria al estrangero, con tal que, con estos nefandos crímenes pudiese lograr su deseo. No lo dudes Paulina. Tal vez lastimo tu corazon; pues no puedo negar que Lúculo es un arrogante mozo en toda la estension de la palabra; circunstancias que es el todo para las jóvenes de tu edad, quienes, generalmente, mas atienden, incautas á las prendas personales que á las buenas cualidades del alma.

Lúculo no reconoce otro mérito que el de la baja y vil adulacion, y con tal que emitan el sufragio á favor suyo, ya tiene privilegio para ser un bribon rematado; y con semejantes escándalos canoniza los vicios y abate la virtud.

—¿Os esforzais en presentarme Lúculo odioso á mis ojos? Entónces os suplico que no lo hagais, supuesto que yo no atenderé á prendas de ninguna clase: obedeceré ciega á lo que sobre este particular disponga mi padre. No quiero suponer que no me hayan impresionado vivamente vuestras desinteresadas razones, y sabedlo de una vez, me gusta el personal de Lúculo: es hombre de muy bella presencia, pero tambien tiene á mis ojos una fisonomía tan dura, un aspecto tan siniestro, que nada favorable ha sido el concepto que de él tengo formado. A pesar de eso, si mi enlace con Lúculo ha de proporcionar algunos dias

de felicidad á mi padre, estad seguro de que sacrificaré el resto de mi vida á tal felicidad.

—Los dioses pero, no permitirán, que una jóven de un mérito tan superior cual tú lo eres; verdadero modelo de gracias físicas, de virtudes heróicas y de amor filial, sea víctima del malvado Marco Lúculo Vero. Ten entendido que al hombre generalmente no le subyuga sino una pasion; y siendo la de Lúculo la que mas desastres y mas sangre ha hecho derramar en el globo, y que cabalmente es la sed insaciable de mando que le aguijonea y tortura, todas las demas pasiones y en particular la mas sentimental y la mas tierna; el amor conyugal en una palabra, quedan acalladas, anonadadas y sin ningun imperio en el corazon de tamaños mónstruos. Puedes, Paulina, marcharte cuando te plazca, supuesto que nada mas debo decirte.

Paulina salió del templo llorosa, y mas que triste era lúgubre su celestial semblante. Al verla Placidia se sobresaltó preguntándole, con interes cordial, si se sentia indispuesta.

—Disimula, Placidia, que no te conteste; no me siento mala en verdad, pero tampoco me siento en estado de seguir la mas insignificante conversacion. En marcha todos á Pollentia, y luego peones y cabalgata marcharon callados, no oyéndose sino las pisadas de los criados, las de las cabalgaduras y el manso arrullo del mar en calma; del cual caminaban á diez pasos escasos de distancia. Al llegar al sitio en que habian topado con los treinta jóvenes, halláronle desierto.

Entónces Placidia, con el fin de distraer á Paulina y sacarla de su ensimismamiento, propuso dar un broma-

zo á Bobilia Tarquinia, diciéndola: los pájaros de esta mañana han volado ya, ni rastro de ellos ha quedado en toda esta llanura; asi son las cosas de este mundo. No obstante, aqui es el sitio en que tirios y troyanos, hace pocas horas, han andado revueltos, moviendo enloquecidos una batahola infernal, que, si mal no me acuerdo, no te ha alhagado mucho el paladar que digamos. Allí, ves, ha sido el palenque en el cual se han batido con mucha zandunga y mayor bizarria, otro Hector troyano, y otro Ayaix Telamonio; Qué donaire el suyo! ¿Verdad, Bobilia?

—Mejor, mucho mejor diriais, allí está el campo de las desvergüenzas del muy deslenguado Tulio Ceson, á quien vea yo comido de perros.

—¡Qué rencorosa te eres, Bobilia! No hay motivo para desearle tanto mal. Tulio Ceson es un jóven de mérito y que promete mucho.

—Teneis razon; pues para soltar patochadas y sarcasmos insolentes, no hay quien le iguale; para eso se pinta solo. He aquí el mérito del tal belitrazo.

—Lo que tú, Bobilia calificas de patochadas y de sarcasmos, tal vez sean chistes salerosos y flores galanas que prueban una imaginacion rica y privilegiada.

—¡Flores galanas! ¡Chistes salerosos! Sin duda os chanceais. ¿Serán flores galanas tratarme de imagen de la fatalidad, de lagarto, de marimacho y de marizapalos? ¡Vaya una galania de flores y una lindeza de chistes! Que se vaya al infierno á derramar semejantes flores. ¿Serán flores galanas comparar mi rostro al del infernal barquero Queronte? ¡Mi rostro tan lindo algun dia y nada despreciable aun! ¿Os parecen chistes salerosos, la insolente

pregunta, de cuantos dias hace ya que no mamo? ¿Y qué le importa al muy bribon si mamo ó nó? ¿Qué respondereis?

—Respondo, que, si en realidad no son flores galanas los chistes que te ha dirijido Tulio Ceson; y apesar de eso tu las recibieras como tales, le hubieras dado un solemnísimo chasco; pues de este modo perdieran toda su gracia, y él se quedara muy desconcertado y mohinísimo ademas; lo que le hubiera obligado á poner punto en boca.

—¡Buen consuelo de tripas es este que me estais dando!

—¿Qué otro consuelo apeteces, Bobilia? No ignoras que muchos de sus compañeros te han dado tanta broma como Tulio Ceson.

—Cierto es. Bien sé que Vibio Manliano el chusco hijo del edil, verdadero silo de bellaguerías ha sido el que me ha tratado de lagarto. Empero, os aseguro que su insolencia no ha caido en saco roto.

—Qué le harás?

—Eso corre de mi cuenta. No olvideis que un escarabajo tiene una bola para sus venganzas, y á mi que ya las proyecto y las tejo allá en mis adentros, no me han de faltar bolas y alguna cosita mas. ¡Bonita soy yo para dejarme manosear el rostro sin dar chillido que atruene los oidos!

—Pero yo estoy segura que tú no te vengarás.

—¿Con qué nó?

—Nó, ya te lo he dicho.

—Pues haced cuenta que os equivocais de cabo á rabo: el lagarto se ha vuelto víbora, y la víbora morderá de muerte; y así será ó dejaré de ser mujer.

—Pero tú no sabes que Tulio Ceson se arrepiente de haberte incomodado.

—¿Como así? ¿Y como sabeis tan estraña peripecia?

—De una manera la mas sencilla del mundo. Estando tú en el templo, se me ha presentado con un rostro tan melancólico y compungido que daba lástima, suplicándome que yo interviniese contigo, para que te dignes perdonarle su calaverada de haber insultado á una matrona tan respetable como tú lo eres; es una solterona en verdad, dijo, pero solterona muy digna de atencion por sus apreciables cualidades, y mas aun por la ternura de su corazon de oro.

—¡Pérfido y mas que bribon! ¿Pensará acaso el muy tuno serle cosa fácil engatusarme ahora con palabras melífluas? ¡Cuanto se engaña!

—¿Se engaña por haber creido que tú tienes buen corazon? En este caso tambien yo me he engañado; y á la verdad lo siento, porque Tulio Ceson, si le perdonas, hará por tí una cosa muy chusca y tan buena que te has de chupar los dedos de gusto. ¿En que quedamos, pues, le perdonas ó no?

—No, no y no.

—En consecuencia de tu negativa, vas á quedarte sin novio.

—¿Qué charlais sobre novios?

—Que Tulio Ceson tiene un escelente mayoral de tu misma edad, quien podria ser tu marido, y en recompensa de tu perdon, aquel haria lo que pudiese de su parte para que se casase contigo.

—¡Novios en mi vejez cuando no los acepté en mi juventud! No quiero novios.

—No se trata de novios, sino de un novio.

—¡Pero si eso será una broma como tantas!

—Nada de bromas: aqui se trata de cosas sérias.

—De todos modos, natural es que ántes de decidirme desee yo ver al tal mayoral, no sea cosa que fuese algun zapo ó vestiglo, muy pesado para broma, ó cuando ménos algun zarramplin despreciable ¿Estamos?

—Dices bien, y me alegro de que te vaya pasando la murria y estés mas razonable. Todavia eres una muger amable y muy capaz de formar la felicidad de un hombre; ultra que casándote, serás dueña de tus acciones, no teniendo que sufrir sinó á tú marido, viéndote libre de bromazos sobre solteronas.

—Ahora habeis acertado y dado el golpe de gracia; pues al pensar que las solteronas por mas honradas que sean, constantemente son la rechifla de los jóvenes, basta y sobra para aburrirse; ya lo habeis visto hoy. Por tal motivo convengo en asentar la paz con Tulio Ceson siempre pero que el novio...

Este diálogo que, con tanta maestria habia entablado Placidia, y que á no poder dudarlo pusiera patentes las miserias de Bobilia, fue bruscamente interrumpido por una esclamacion de Paulina, diciendo: oh! ¡que hermoso barco! En efecto: en aquel instante una elegante embarcacion, hinchadas sus velas por una regular brisa que soplaba en popa, deslizábase graciosa y ligera, al modo de un blanco cisne sobre las aguas; pasando tan cerca de la costa, que se distinguian perfectamente las facciones de sus tripulantes. Al verla, el corazon de Paulina dió un salto y se dilató, esperimentando en el mismo acto una sensacion de tan espansivo placer, que todas

sus melancolias se disiparon como por encanto.

La causa de tan súbita peripecia, ni la sabia ella ni la sabemos nosotros: la atribuimos si, á un feliz presentimiento, porque creemos sinceramente que el hombre tiene presentimientos debidos todos á su alma espiritual y de ningun modo á la actividad de la materia orgánica.

La repentina trasformacion de Paulina y su inesperada jovialidad, produjeron un efecto mágico; todos se pusieron alegres, no pensando en otra cosa que en solazarse. Desde luego Paulina mandó que se trajesen las viandas que llevabán de repuesto en la mula, y allí sobre la verde alfombra del bosque y un pintoresco brazo de mar casi á sus piés, comieron, rieron y se divirtieron cuanto les fue posible. Bobilia pagó paciente todo el gasto de la fiesta, abrumándola con chistes y pullas que la pusieron lívida de despecho.

Concluida la comida, Paulina y demás se dirigieron al puerto que encontraron atestado de gente admirando el hermoso barco acabado de fondear. Entre tantos mirones, destacabase la figura de un buen mozo, mas alto que todos los demas, dándose un aire tal de importancia pedantesca, que podia ser justamente considerado como un estúpido sarcasmo lanzado contra la civilizacion y contra la virtud.

Erguida la cabeza, paseaba su despreciativa mirada sobre tantos como estaban alli presentes. El tal hombre, era Marco Lúculo Vero, su edad 28 años, su rostro ovalado, de tez ligeramente morena. Eran grandes sus ojos y de mirada altanera. En fin, el conjunto de su cara era agradable, pero la dureza de su mirada y el orgullo feroz con que levantaba su ancha frente, infundian repugnancia,

desprecio, temor, lástima y respeto todo á un tiempo. Como hemos dicho su estatura era jigantesca, y sus maneras distinguidas. Al descubrir á Paulina, encarándose á ella díjola: es á la verdad bien estraño, bella Paulina, que sin decirme nada te hayas marchado á tu larga y misteriosa escursion ¿Qué respondes?

—Lo que debo; esto es que hasta hoy, solo á mi padre me toca dar cuenta de mis acciones, y á nadie mas.

—Te engañas, niña. Tú, mal que te pese, eres mi prometida por tu padre.

—Verdad empero, todavia no soy tu esposa; advirtiéndote que no es este lugar á propósito para dilucidar semejante cuestion.

Lúculo frunció el entrecejo, y con visible rabia apartose de Paulina, á la que no poco acababa de incomodar. En el interin los tripulantes del citado barco saltaban á tierra, distinguiéndose entre ellos dos jóvenes de modales finos y simpáticos además de muy gentiles, á quienes sus numerosos amigos y conocidos daban la bienvenida y cordiales apretones de mano. Los tales jóvenes venian de Roma, en donde por cuatro años seguidos se ejercitaron en toda clase de ejercicios gimnásticos, á la par de la práctica en el foro.

El uno era el muy noble Lucio Flavio Domiciano, y el otro Marco Cleonte Valerio, quien habiase dedicado esclusivamente á la ciencia militar ó sea estratégica. Lucio Flavio Domiciano, que, como su compañero, solo contaba 24 años de edad, era de un temperamento sanguineo atlético como Marco Antonio, hermoso de rostro, gallardo, de estatura elevada, aúnque no tanto como Cleonte, y mucho menos que M. Lúculo Vero. Su sem-

blante tenia una espresion aristocrática, dulce y afable; á pesar de ostentarse en él un orgullo de raza: una viva espresion de sus ojos en que se traslucia la mayor audacia y una fuerza de voluntad á toda prueba. La fijeza, brillantez y valentia de su mirada probaba la grandeza de su ánimo y la energía de su corazon. En fin, su conjunto era una figura interesante, noble y simpática: leíase en ella la bravura y una altivez atractiva.

Una vez desembarazado de sus amigos, estendió la vista, y su mirada cabalmente tropezó con la de Flavia Paulina Mammea que le dejó absorto, diciendo para sí mismo: ¡oh! ¡que criatura tan celestial! ¡Y cuanto ha aumentado en belleza y encantos en estos cuatro años que he estado ausente!

Otro tanto sucedió á Paulina, la que á su turno díjose á si misma: ¡Qué hombre tan galan y amable se ha vuelto Lucio Flavio Domiciano desde que no le habia visto! Y no podia ser de otro modo. Son prendidos ambos por una de estas simpatías inesplicables que provocan de repente, y dígase en contra lo que se quiera, un movimiento de fermentacion física, que instantaneamente da por resultado inmediato la esplosion de la primera chispa de un amor naciente, y que si le favorecen las circunstancias, pronto se convertirá en una pasion loca, delirante y ciega. Lucio Flavio Domiciano y Paulina Mammea, buscaron con avidez otra mirada, que encontraron luego significativa, fija é interesada. Los dos se sonrieron, y con aquella segunda mirada mágica, ardiente y fascinadora, sus almas se entendieron, quedando en el acto unidas y enlazadas para siempre.

Nunca podrá presentarse una jóven mas admirable y

atractiva de lo que lo estaba entónces Paulina á los ojos de cuantos la miraban. Lucio Flavio Domiciano, impelido como por una fuerza superior ó por una atraccion irresistible, sin ser dueño de si mismo, acércose á Paulina, diciéndola al oido: He venido libre de Roma, y al saludar los dioses penates, es decir, al estampar mi huella en el suelo patrio, he quedado gustosamente esclavo de tu voluntad la que eternamente será para mí una ley sagrada. Perdona oh! Paulina, mi brusca declaracion; pues el volcan que tú sola presencia ha encendido en mi pecho, no da lugar á la reflexion ni á digresiones de ninguna clase. ¡Cuán otra eres de cuando partí para Roma! Lo que habia de decirte otro dia, he querido fuese ahora mismo; mi vida ó mi muerte depende de tu determinacion.

Paulina se ruborizó, y balbuceando contestó: Lucio Flavio Domiciano, cuando partiste para Roma, era yo muy niña aun, y no obstante, ya eres el hombre mas de mi gusto de Pollentia ¡Porqué no decirlo! Sin embargo, yo aceptaria tus obsequios, si estos fueran de la aprobacion de mi padre; aun mas, con tal aprobacion seria tuya en cuerpo y alma. Arregla pues tú conducta á esta mi contestacion. Sin la aprobacion de mi padre, mientras él viva, yo no seré de nadie.

Idéntica escena pasaba al lado de Paulina. Marco Emilio, que, casualmente se encontraba en el puerto, aprovechó aquella ocasion para pedir á Placidia la correspondencia á su amor, y Placidia la aceptó sin condiciones.

En el interin, Paulina seguia conversando con Lucio Flavio Domiciano, pero Lúculo que los estaba observando atento, habia leido con bastante exactitud lo que pa-

saba en el corazon de los amantes. Desde aquel instante, replegándose en su alma de lobo, empezó á urdir la ruina de Lucio Flavio Domiciano. He aquí su monólogo. Al parecer ese chusco de Lucio Flavio Domiciano, á las primeras de cambio, trata nada menos que de sonsacarme mi novia. Empero, á buen seguro que el nene ese no sabe con quien tendrá que habérselas. ¡Semejante bicho provocar á Marco Lúculo Vero! No será cosa de arrendarle la ganancia en verdad; pero tambien lo es que á mí me sobran novias: por consiguiente ¿para qué incomodarme yo?

Sin embargo, Paulina, además de ser la jóven mas bella de Pollentia, igualmente es la mas rica como heredera forzosa de cuantiosos bienes; y estos bienes son los que merecen atencion, y quiero que con Paulina pasen á mi dominio, y así ha de ser y punto final. Por mas que Paulina mudable y veleidosa como muger se enamore de Flavio Domiciano, ¿qué me importa? Eso es poco obstáculo; valla débil y fácil de salvar. En efecto: con solo un abrazo que yo dé á ese mequetrefe, su amor y sus delirios habrán finido para siempre. Ultra de eso, ¿acaso faltan en Pollentia matones que, con solo unos cuantos sextercios lo despacharán á hacer un viaje á la laguna Estigia? No por cierto.

Concluido este monólogo sonrióse como se sonrien los infames; y luego con ademan el mas insolente y provocativo, dirigióse á L. Flavio Domiciano, diciéndole: Bien venido seas Flavio Domiciano. A la verdad, por esa tierra de Roma te has pulimentado y vuelto un mozo muy lindo, verdadero modelo de gentileza y elegancia, capaz, muy capaz de trastornar la cabeza á la mas

apuesta, recatada y juiciosa de las jóvenes doncellas. ¿No te lo parece así, Paulina?

Paulina á tan intempestiva interpelacion palideció, y con voz cascada de impaciencia respondió: No hace mucho, Lúculo, que me has precisado á hacerte presente que solo á mi padre debo dar cuenta de mis acciones, pero veo que tambien será necesario advertirte, que ningun derecho tienes para dirigirme preguntas sarcásticas, impertinentes y necias.

—Impertinentes! ¿Y porqué son impertinentes y necias Paulina? ¿No es cierto que Flavio Domiciano se ha hecho por Roma todo un gentil y saleroso mancebo?

—Tal vez digas la verdad, Marco Lúculo, respondió Flavio con marcada intencion. Paulina se esforzaba, obsequiosa en hacermelo creer así, con cuya dicha no soñaba yo. Mas, fuerza será persuadirme de que ella tiene razon, cuando un hombre como tú, modelo de atenciones y delicadeza, como de ello acabas de darnos publicamente una prueba irrecusable, me lo dices tambien. Sin duda, Lúculo, en tú admirable modestia has olvidado que con sola tú gallardía personal, darias al traste con el recato y la virtud de todas las Lucrecias habidas, que hay y que habrá en el mundo. Estas glorias, Lúculo, te pertenecen enteras y esclusivamente ¿No te parece eso exacto?,

—Lo que me parece, replicó Lúculo incomodado, que si tú manejases con tanto brio la espada como meneas tu lengua mordaz, serias todo un hombre.

—¿Y si acaso manejase yo aquella muchos algos mejor que ésta, que harias?

—Probaria de darte una leccion que no seria fácil ol-

vidases en todos los dias de tu vida, para que supieras de una vez como se ha de tratar á Marco Lúculo Vero. ¿Estamos?

—¡Vaya un pueril subterfugio! ¿Quién te estorba á darme esa tu leccion i-nol-vi-da-ble? Entiende, Lúculo, que yo rabio para instruirme, este es mi tema. Con tal fin he estado cuatro años en Roma, pero en Roma no puede aprender esa tu leccioncita, que, poco filantrópico, rehusas enseñarme; pudiéndote asegurar que la aceptaria de mil amores, basta que fuese cosa tuya, y no te digo mas, porque... *Sapienti pauca.*

—¡Eh! L. Flavio Domiciano, ¿conoces á Marco Lúculo Vero y de lo que es capaz?

—¡Con buena pregunta te descuelgas! ¿Quién no te conoce en Pollentia? Tus hazañas tambien han pasado ya los mares. En Roma llegaron á mis oidos tan brillantes como ellas son en sí, y del mismo modo, tengo yo barruntos que han de pasar á la posteridad mas remota. ¡Cuánta honra para tí! ¡Qué lástima, pero, que tus buenos amigos y compañeros no sean hombres de otra calaña!

Dígote eso, porque ninguno de tantos como te andan royendo los zancajos, ve mas allá de la punta de su nariz; lo que á tí poco debe importarte, si no es que te importa mucho, con tal que sean instrumentos ciegos de tus miras ambiciosas. Ah! perdona, Lúculo, que me he equivocado; pues queria decir de tus proyectos que tiras infatigable para el progreso material y moral de nuestra patria... ¡Quiá! ¿No es esta la razon de rodearte de miserables, de necios y hasta de viciosos, anacronismo de Pollentia, aquellos por sus bajezas y falta de dignidad que los constituye en serviles despreciables, y á los últimos

en polilla de ella? ¿No es tú único objeto el de ilustrarlos, se entiende como mejor te convenga, inculcándoles, bajo el pretesto de sus derechos imprescriptibles y de la libertad, máximas las mas disolventes, y la moralidad mas asquerosa? ¡Cosas tenedes, Marco Lúculo Vero!

No se me esconde, que á tí no te cuadra el que nadie te contradiga, porque pretendes en tus delirios que tus caprichos han de ser acatados por todos los moradores de Pollentia como leyes justas ¡Qué pretension de loco la tuya!

¿Es esta la libertad con que nos brindas, sotirano solapado y cubierto con la capa de la hipocresia mas funesta? Empero, desengáñate. Tú no conseguirás tus fines, porque escrito está en el cielo, que, nunca podrá lograrse lo que es un contrasentido.

De nada te servirán ya esas flores retóricas con que engalanas tus peroratas, solo buenas para embaucar á los tontos; á quienes alhagas y acaricias, riendote en tus adentros de su boberia; y esa tú conducta es otra de tus iniquidades. De todo lo dicho se deduce, que tú, Lúculo, eres todo un cometa con la cola preñada de desastres que sacudes sin piedad, ¡maldita mil veces sea tú ambicion! sobre nuestra hermosa patria, en la que intentas ahogar insensato y criminal, todo lo mas grande, todo lo mas digno, y todo lo mas noble y fecundo en bienes positivos, como lo son la dignidad del hombre, su entereza, su probidad y su sana moral. Este es el motivo, por el cual con tanta premura he venido de Roma, para libertar á Pollentia de un monstruo como tú ó morir glorioso en la empresa....¿callas? ¿Titubeas? Asi son todos los malvados.

Diciendo esto L. Flavio Domiciano, con gentil continente y con todo el aire de los mayores héroes, acercose á Lúculo, á quien añadió: Ya que no te allanas á darme la leccion con que me has amenazado, yo, que quiero ser mas generoso que tú, voy á darte una, para que aprendas de ser cortés con las damas. Ahi va, pues, mi leccion, y tírole una manopla á la cara que le hizo saltar á borbotones la sangre por las narices.

Lúculo dió un rugido de hiena, y luego abalánzose, furibundo contra Flavio, con propósito de ahogarle entre sus acerados brazos. Empero, jamás hombre alguno habrá quedado mas chasqueado y abatido de lo que él lo quedó; pues Flavio, agarrándole con una mano por la cintura y con la otra por la garganta, lo arrojó desde la darsena al mar.

Un grito de agradable sorpresa se exaló del comprimido pecho de mas de doscientas personas que lo presenciaron estupefactas; y no es estraño. Lúculo era el terror personificado de Pollentia, supuesto que en todas las luchas habia quedado vencedor.

Esta fácil victoria de L. Flavio Domiciano probó al mundo otra vez mas y de un modo que no admite réplica «que el hombre no se mide á palmos» y que esos jigantones, cuando creen una victoria segura y sujeta á su voluntad, topan con otro Flavio Domiciano, que los lanza en un mar inmenso y sin confines que los traga.

En el mismo instante que Lúculo, mal de su grado saboreaba el agua del mar, y tomaba un baño general que le llenó de verguenza, de rabia, de desesperacion y de furor infernal, llegó al puerto una elegante carroza tirada por cuatro briosos caballos. De ella saltaron en

el momento tres respetabilisimos personajes que fueron saludados por la multitud entusiasmada con aplausos los mas cordiales. El uno era L. Vibio, decenviro y edil, el otro el célebre médico, Marco Licino Philomuso padre de Placidia Licinia, y el tercer el ilustre senador L. Flavio Paulino padre de Flavia Paulina Mammea, á la que cuidadoso iba á buscar.

Cuando M. Licino Philomuso vió en el agua á Lúculo, dijo á L. Vibio: ahí está el inicuo, causa de la prematura muerte de mi querida consorte, Placidia Clara. ¡Cuando tendrá un verdadero arrepentimiento de sus maldades!

—Palabras y deseos inútiles, replicó L. Vibio, los ambiciosos como Lúculo jamás tienen otro arrepentimiento, que el de no haberles sido posible hacer daños mayores que los que habian hecho: el daño que infieren al prójimo es su mayor placer, su mas grata satisfaccion, su mayor goce. ¿Como quereis, pues, que Lúculo se arrepienta? Contra la ambicion desmedida no hay sino un remedio, y este remedio consiste en la union de todos los hombres honrados para abatir y aniquilar al ambicioso, reduciéndolo á un estado de impotencia tal, que en lo sucesivo no pueda hacer de las suyas.

En el interin Placidia habia enterado á L. Flavio Paulino de todo lo que acababa de ocurrir; circunstancia que puso loco de contento á L. Vibio. L. Flavio Paulino, alargando su mano derecha á L. Flavio Domiciano, dióle la bien venida, diciendole: tu ilustre padre y yo, nunca estuvimos acordes en opiniones políticas; no obstante, hasta su muerte nuestra amistad fué la mas sincera y la mas leal. Celebro, pues, que tú seas digno hijo de tan apreciable amigo: celebro tu victoria al estampar tu hue-

lla en el suelo patrio, y la celebro tanto mas cuanto se, que las mas nobles aspiraciones, la razon y la justicia estan de tu parte. El bien, el progreso y esplendor de la patria es antes que ninguna consideracion personal. *¡Quam dulce est decorum et pro patria mori.* Aqui está mi derecha, aprietala al modo de tu benemérito padre, y cuenta á L. Flavio Paulino por amigo tuyo desde ahora. Recibe tambien la enhorabuena por tu singular victoria.

—Está muy distante de ser victoria lo que ha conseguido este miserable á quien tan sin reflecsion estais adulando, padre conscrito, dijo Lúculo tartamudeando de enojo, por detrás del padre de Paulina. Yo, te reto á un duelo á muerte, L. Flavio Domiciano. Allí verá el mundo si tú victoria ha sido ó no una sorpresa.

—Acepto el duelo, respondió Flavio Domiciano sonriendo. Sabe, Lúculo que tendré especial gusto en complacerte, cuando con este esclusivo fin he venido de Roma.

—Está bien. Elige armas.

—¡Armas! Eso queda á tú talante, Lúculo.

—Entónces, lanza, espada y puñal.

—Corriente. ¿Y cuándo tendré el gusto de complacerte?

—Se te avisará con anticipacion, para que no puedas decir que M. Lúculo Vero esconde el bulto, y mucho ménos que se vale como tú de sorpresas; único medio que te queda para lograr victorias.

—Basta de baladronadas y denuestos, dijo Flavio lívido de coraje.

—Si, basta y sobra, respondieron á un tiempo el padre de Paulina y L. Vibio. Queda aceptado el duelo y nada mas hay que decir.

Lúculo se marchó murmurando y sin saludar á nadie.

—¿Estais desengañado, amigo Flavio Paulino dijo L. Vibio?

—Si. El desengaño ha sido para mi tan pesado como penoso. Yo, me estaba loco cuando no supe descorrer el túpido velo con que Lúculo encubre sus vicios, su ambicion desmedida y su alma ruin. ¡Yo entregar mi amada hija á semejante monstruo! Gracias amigo Vibio por haberme hecho abrir los ojos en esta misma mañana. Mas, no hablemos de este repugnante incidente, y vamonos á casa.

De seguida todos juntos fuéronse á Pollentia.

CAPÍTULO II.

QUE SIEMPRE VIENE DESPUES

DEL PRIMERO.

Por muchos dias no se habló en Pollentia sino del ruidoso lance habido entre Lúculo y L. Flavio Domiciano; celebrando muchísimo la victoria de este último, por la razon de que el insoportable orgullo de aquel, habíase enagenado la mayor parte de las voluntades; y decimos la mayor parte y no todas porque, por desgracia, en la sociedad hay sujetos que, al paso de poder figurar y hacer su agosto, poco les importa que el mundo se hunda. Los tales son enemigos encarnizados de la paz, tambien lo son de la virtud, del mérito y mucho mas de las luces, en atencion á que solo pueden medrar entre tinieblas; no descuidando cínicos de ridiculizar y motejar de pendejos y zamacucos á los que posponen mezquinos intereses á aspiraciones elevadas y á delicados sentimientos; senti-

mientos que no comprenden, por ser incompatibles con la ruindad de los suyos. Estos canallas eran los únicos partidarios de Lúculo, á quien divinizaban, y en recompensa, éste, con la vista fija á satisfacer sus vicios y su ambicion, los alhagaba, acariciaba y protegía esclusivamente. He aquí sucintamente demostrado el como la ambicion provoca la inmoralidad, la bajeza, la depravacion y el espíritu de pandillaje; engendro el mas monstruoso contra el sagrado de la justicia y contra el verdadero y fecundo progreso moral de los pueblos.

Los moradores de Pollentia deseaban vivamente que llegase el dia del combate ó duelo provocado por Lúculo; espectáculo muy del gusto de aquel remoto tiempo, y que creemos que no lo seria poco en el actual. Sin embargo, venian dias y pasaban dias, como asi pasaron semanas y meses, y Lúculo callaba. Veíasele, sí, andar por las calles con el mismo aire de conquistador, erguida la cabeza, mas finchado que un pavo, amenazando al cielo con la nariz; empero, el duelo en cuestion parecia haber sido relegado á un completo olvido.

¿Qué ha sido ello? se preguntaban muchos. Aquí hay misterio. En efecto: atendiendo al carácter feroz de Lúculo, á su fuerza hercúlea y al bochorno recibido en el puerto, no era de presumir que, sin un motivo muy poderoso diera un plazo tan largo á su venganza. Vamos, pues, á averiguarlo, y por ello tendremos que entrar en la casa de Lúculo, verdadero palacio situado en la ancha calle llamada de Silvano. Pasaremos tambien en silencio su descripcion, porque no queremos que esta obra sea voluminosa. Bastará decir, que Lúculo, en la tarde del 14 de enero del año 162 de la era cristiana, sentado junto á una

buena lumbre, entabló el siguiente diálogo con Tulio Menenio jóven muy instruido, hijo de uno que fue mayoral del padre de Lúculo.

—Por esta vez, amigo Menenio, no podrás calificarme de arrebatado y precipitado que es tu cantinela de siempre; pues hoy hace dos meses y catorce dias cabales que desafié á L. Flavio Domiciano, y esta es lo hora que no he señalado dia para el duelo. ¿Qué te parece señor togado?

—Me parece que tanto mejor para vos.

—¿Tanto mejor para mí? ¿Temes que Flavio me venza?

—Todo podia ser; y de todos modos ya no seria la vez primera. Vos fuisteis vencido en el puerto.

—Te engañas como todos. Lo del puerto fué pura sorpresa y nada mas.

—Fuese por sorpresa ó por otra causa, vos, bien contra vuestra voluntad medisteis la dársena con una violencia y prontitud, que obliga á dudar de lo que alegais sobre sorpresas. Para hacer volar por los aires una masa tan pesada y voluminosa cual lo es vuestro fornido cuerpo, se necesitan brazos de acero y puños de cobre tambien.

—Pero si tu no sabes la causa; por eso voy á manifestártelo aqui entre los dos. El maldito Flavio Domiciano agarróme con una mano por cierta parte blanda y sensibilísima, que, aunque siempre provoca á risa, á mi me hizo ver las estrellas en medio de tan esplendorosa tarde, dándome un patatus. ¿Comprendes ahora?

—¡Voto va á Júpiter! Desde este instante deduzco, que si ese Flavio la primera vez os agarró por tan sensibles

guedejas, en otra os agarrará por alguna parte, que si no es tan sensible, será al menos mas peligrosa. ¡Cuidado Lúculo!

—Bah! Segun veo dudas ya de mis fuerzas y de mi valor, asi sois todos: solo juzgais por las apariencias y por las circunstancias del momento.

—Yo, no dudo de vuestras fuerzas, que en verdad son de gigante. Tampoco dudo de vuestro valor, del cual tantas pruebas habeis dado; pero tambien estoy seguro, muy seguro que vuestro duelo será un lance caliente muy caliente, porque L. Flavio Domiciano tiene malísimas pulgas.

—¡Malísimas pulgas! ¿Lo sabes tú por esperiencia propia?

—Ni tampoco me siento con ganas de esponerme á tal prueba.

—Entónces, ¿cómo sabes tú eso de las pulgas?

—¿Quién no lo sabe? Pero, ¿me exigis esplicaciones?

—Sí, Menenio. Te las exijo sobre ellas y sobre todo cuanto se dice de mí.

—Tened presente que vos me obligais á darlas, y por si acaso os escuecen, la culpa no será mia: os las daré tan claras y esplícitas como se cuentan por Pollentia; amás de los hechos que yo he presenciado.

—Tú?

—Si, yo.

—Veamos estas esplicaciones y esos hechos.

—Allá van. Primeramente se dice, que vos no podeis sufrir que nadie sea vuestro igual, y mucho menos superior; circunstancia que os hace á los ojos de todos un hombre aborrecible y un tirano detestable.

Lúculo palideció. No obstante, limitose á decir: adelante, Menenio.

—Se dice igualmente, que quereis acaudalar mucho por ser la riqueza un instrumento del poder, y que con este fin procurabais engatusar con estudiadas frases y revestido de una hipocresía que jamas se ha visto otra igual al ilustre senador, L. Flavio Paulino padre de Paulina Mammea, la mas bella jóven de Pollentia y la mas rica, que no es un grano de anis.

Igualmente se dice que vos, dominado de ambicion, sois amante de las opiniones y doctrinas particulares, y que por lo mismo sois un ateista y un hipócrita rematado. Asi es que, sin ningun escrúpulo, os apropiais sacrílego parte de las candelas destinadas al culto de los dioses y una buena reparacion de sus templos; dilapidándolos y rindiendo cuentas de aquellos de un modo oscuro, y que nadie puede entender; lo que os favorece muy poco.

Lúculo dió un bufido pero calló.

—Ademas se dice, que vos no sois capaz de amar á nadie y que solo contraeis amistades cuando juzgais que pueden seros provechosas, que únicamente venerais á vuestros superiores si creeis que os han de favorecer, que armais acechanzas á los que os hacen sombra, que cabalmente son todos los hombres de probidad y que saben leer en vuestro interior, á quienes perseguis de muerte, procurando reducirlos á la nulidad, como lo intentasteis, vengativo, con nuestro célebre médico, Marco Licino Philomuso, y que quereis, insensato, que todo el mundo os respete como al mismo dios Júpiter; para todo lo cual todos los medios os parecen lícitos. Y mas se dice que vos, que siempre teneis en los lábios la palabra libertad,

la que proclamais á voz en grito sin saber por qué ni para qué, desde que intervenís en la cosa pública, habeis desterrado de nuestra patria la verdadera y sacrosanta libertad, entronizando, inícuo, las mas escandalosas arbitrariedades y el mas feroz despotismo; posponiendo el sagrado de la justicia á vuestras pasiones. Tambien que vos, que tan partidario os mostrais de los derechos del hombre y de la individualidad absoluta, vejais á todos cuantos hacen uso de su derecho, á no ser que sumisos emitan, como por obligacion, el sufragio á favor vuestro. ¿Y con qué derecho exigis á los demas que os sacrifiquen sus opiniones, sin atender, en vuestro orgullo, que semejante sacrificio lleva á la deshonra? ¿Por qué vos no emitís vuestro voto á favor de los que perseguís? ¿No tienen ellos iguales derechos á los vuestros? ¿Quién os ha dado la supremacia sobre todos los moradores de Pollentia? ¿Quién os ha dado ese derecho de persecucion? ¿Basta que os lo hayais conferido por vos mismo? ¡Buena casta de libertad es la que, delirante, intentais que prevalezca! ¿Libertad para que vos podais obrar y hacer cuanto se os antoje contra el prójimo? y para los demas amantes de sus derechos, de su dignidad, de su merecida importancia adquirida á fuerza de trabajo ¿queréis cadenas, opresion y tiranía? ¿No son estas las causas de vuestras innobles venganzas y de vuestras injustificables persecuciones? ¿Nó trabajais dia y noche para destruir la importancia social de muchos, cuyos talentos distinguidos son una gloria de nuestra patria?

Creo, Lúculo, que sin premeditarlo, siquiera, arrastrado é impelido por vuestra sed insaciable de mando os habeis metido en un avispero terrible y del cual saldreis

descalabrado. Reflexionad que algun dia vuestras persecuciones é injusticias podrán convertirse en un fantasma vengador, que os atormentará, acusará, irritará y anonadará, impeliéndoos á cometer otros mayores atentados que dejarán de vos una memoria odiosa y execrable.

En el dia ya se dice de público, que vuestra alma es un negro tejido de maldades. ¿Y eso no os impone, Lúculo? Ademas, que los hombres que conservan la conciencia de su dignidad, no pueden ni deben suscribir á vuestras estrambóticas pretensiones, como asi lo hacen.

¿Ignorais que, hasta las hormigas saben que vos sois el mas encarnizado enemigo de la poliarquía; porque eso del gobernar creeis que solo á vos pertenece? ¿Ignorais que, cuando invocais la libertad, asoma en los lábios de todo el mundo pensador, una sonrisa sarcástica y de desprecio? ¿A quién juzgais que aluden los versos que han hecho furor en Pollentia, debidos al génio creador del ilustrado jóven, Tulio Ceson?

—Qué versos son esos?

—No han llegado, aun, á vuestra noticia?

—Nó; empero, tú me los dirás; porque siendo hijos de un padre tan chocarrero como Tulio Ceson, serán lindos, chuscos y melífluos.

—Os chanceais? Los versos de ese jóven merecen otro concepto mas digno que el de ironías.

—Pues no lo han de merecer cuando lo dices tú! Por la misma razon serán tan lindos como melífluos.

—Tal vez sean, para alguien, tan amargos que en su comparacion sean dulces las tueras y sabrosas las adelfas. Ahí van ellos, juzgad.

¡Númen de libertad! ¿Por qué te invoca
en insidiosa y pérfida proclama
quien tus aras, sacrílego, derroca?

¡Tolerancia! ¡Igualdad!... y á sus pasiones
suelta la brida el que á tirano yugo
quiere forzar las libres opiniones!

Si de la patria el bien solo te guia,
¿por qué tu brazo envilecer, blandiendo
las armas de la odiosa tiranía? (*)

—Qué os parecen Lúculo estos tercetos? ¿Los calificais de melífluos, ó de amargos?

Lúculo, en lugar de responder, hizo cien estravagantes visajes.

—No contestais? ¿Qué significan todas esas contorsiones y gestos? Hablad, hombre.

—Significan, que ese truan moderno y ya majadero antiguo de Tulio Ceson, que gasta tan pródigamente requiebros para unos; á la par que abrasa á otros con pullas y sarcasmos, busca, poco cuerdo, cinco piés al gato; y,.... voto á Pluton, que.....

—Bah! ¿Seria cosa que ya lo tuvierais anotado en el libro de páginas negras; quiero decir, en el de vuestras innobles venganzas, que tan abundante cosecha de ódios os están produciendo?

—Y qué me importan á mí los ódios? Si me vengo ellos tienen la culpa.

(*) No recordamos ahora su autor.

—Tienen la culpa, porque no quieren adularos? ¡Vaya una salida la vuestra! Decid mas bien que á todo el que se atreva á haceros la mas justa de las observaciones, al instante le declarais, implacable, una guerra de esterminio; y eso, sea dicho con perdon vuestro, solo es peculiar de hombres tiranos y detestables. Probadme la contra si os atreveis.

—Nada quiero probarte, porque lo mejor será no menear el arroz aunque se pegue.

—Aguardaba yo esta vuestra respuesta; pues, con no poca habilidad, siempre eludís la discusion; y claro, muy claro está el motivo. Son de tal naturaleza vuestros proyectos, que quereis, lo que no es poco querer, que los mismos á quienes habeis inferido el mayor daño, os han de dar, por ello, las gracias de hinojos; y devolveros tambien requiebros por insultos, y elogios por desverguenzas: *Morituri te salutant.* ¿Verdad Sr. Lúculo? ¡Ah! ¡Cuán grato seria á vuestro corazon el que todos los moradores de Pollentia fueran hombres tan viles como los miserables que tal dijeron al tirano, que, por mero pasatiempo suyo los habia condenado á degollarse, desnudos, unos á otros dentro el circo de Roma.

A buen seguro que estais persuadido de que, «cuanto mas vil es el opresor, tanto mas infame se vuelve el esclavo.» De aqui se infiere, que vuestra mayor satisfaccion, el complemento de vuestra dicha, seria destruir todas las luces con que ilumina el mundo la verdadera y sacrosanta libertad, sumiendo á los pollentines en las mismas tinieblas del caos, para que, de este modo, ignorantes, bárbaros, groseros y degradados, pudierais tratarlos como á un ganado de imbéciles, como á carneros

ó bestias de carga, y entónces..... ¡qué placer tan espansivo el vuestro! Mas, desengañaos y tened presente, que el pueblo mas fiero y el mas celoso de su libertad es nuestra Pollentia; y que escepto los reptiles que os adulan, todos sabriamos morir antes que sufrir el menor ataque á la dignidad de hombres libres y pensadores. Nó olvideis, tampoco, que, si apeteceis ser amado y respetado, vos habeis de amar y respetar.

Vos no teneis un verdadero respeto á nadie absolutamente; sonreis esclusivamente á los que os adulan, sea ó nó por sus fines particulares, y no obstante, pretendeis que se os venere y respete mas que al mismo emperador de Roma: pretension absurda, y que estando en contradiccion chocante y grosera con vuestras peroratas, pone patente á los mas nécios la falsedad de vuestras estudiadas frases, de vuestras promesas y de vuestros alhagos: todo para vos y nada para los demas. Hé aquí el fondo de vuestra alma. ¿Se engañan ó nó?

Finalmente se dice, que vos para satisfacer vuestra ambicion, habeis sembrado imprudente la inmoralidad mas funesta, y que ella ha de ser vuestra perdicion. Esta es la causa de repetirse en coro por Pollentia:

En esos tiempos de errores
De pasiones y delirios
En que es virtud para unos
Lo que para otros delito,
¿Quién osa decir yo soy
Solo el bueno, tú el inícuo? (*)

¿Y qué? ¿El dar tan poca importancia á la palabra del

(*) Gil y Zárate.

hombre haciéndole faltar con mucha frescura y mayor cinismo á sus mas sagrados compromisos, no es una maldad de consecuencias aterradoras? ¿Nó es proteger la negra traicion en perjuicio de la honradez, de la verdad y de la virtud? Quién aconseja á otro y premia una picardía, es materialmente tan infame como el que se allana á cometerla. Este es el motivo porque con tanta exactitud se dice por Pollentia «que lo que es virtud para unos, es para los otros delito.» Mas, mal que pese á todos los ambiciosos y tiranos de la tierra, la virtud será siempre virtud, y el delito jamás será otra cosa que delito; porque la verdad es única y eterna, y para brillar ninguna necesidad tiene de atavios y perifollos; pues por mas combatida, por mas ultrajada y escarnecida que ella sea, siempre aparecerá radiante y victoriosa confundiendo á los hipócritas y á los malvados.

Tened entendido tambien, Lúculo, que, cuando un hombre honrado ha recibido ultrajes que tocan al alma, y esos ultrajes son de la naturaleza de los que vos, prevalecido de vuestra heredada riqueza, habeis inferido á muchos, procurando eclipsar y destruir su importancia social ganada á costa de un sudor de sangre, tales hombres pueden perdonar, sí, pero nunca olvidar. Mas regular es que procuren combatiros por cuantos medios estén á su mano. «Ojo por ojo y diente por diente como vulgarmente se dice;» pues quien siembra vientos precisacisamente ha de recoger tempestades; en este caso estais vos.

De cuanto os he espuesto debeis inferir, que vuestras glorias de hoy brillan al modo de un fuego siniestro en noche oscura y tormentosa. Soñabais y delirabais cuando

os propusisteis haceros popular repartiendo latigazos á derecha é izquierda. A los hombres de probidad solo se les conquista con la templanza, la moderacion y los beneficios. ¿Quiénes son vuestros amigos en la actualidad? Algunos sugetos sencillos que unicamente saben juzgar por las apariencias; esto es, deslumbrados por el boato que ostentais. Teneis tambien el apoyo y el respeto de los díscolos, de los babazorros y de los viles aduladores. En recompensa, sois odiado de todos los ciudadanos que tienen honra, luces y patriotismo. Por tanto yo que siempre tengo presente los favores que algun dia dispensó vuestro buen padre al que lo fué mio, no puedo menos de aconsejaros que cambieis de conducta. Aun es tiempo, Lúculo, para colmaros de una verdadera gloria, descartandoos de esos tunantes que os adulan; verdaderos vampiros que chupan insaciables la sangre del pueblo, y que á vos os están royendo los zancajos sin piedad, y unios de buena fe á hombres de probidad y ciencia, capaces de formularos un sano consejo.

—No des consejos á quien no te los pide Menenio, respondió Lúculo con arrebatado acento. Yo tengo la culpa de que un miserable plebeyo como lo eres tú, á mis barbas hayas sacado á lucir toda esa retahila de insultos é inmundicias.

A tales palabras, levantóse bruscamente Menenio, y con toda la dignidad del hombre probo injustamente ultrajado, dijo: La verdadera nobleza, Lúculo, consiste en el ejercicio de las virtudes y en una honradez á toda prueba, todas las demas inclusa la del nacimiento son mentira, vanidad, miseria, humo, bambolla; nada en fin. ¿Lo entendeis? Tiempo há, que yo me sé que os creeis autori-

zado para dar sofiones algo duros de sufrir y tambien para soltar cualquiera espresion por ofensiva que ella sea á vuestros interlocutores; al mismo tiempo que no permitis que estos os hagan la menor de las observaciones en beneficio vuestro. Los lábios de Menenio, quien se honra de ser plebéyo, jamás se despliegan para dar salida á insultos y mucho menos á inmundicias. ¡Inmundicias! A no poder dudarlo vos retirareis esta palabra tan poco culta.

—Retiraré gustoso tales palabras, si tus intenciones no han sido insultarme.

—¡Insultaros! ¿Y por qué? Quien como yo os hable con tanta entereza será porque desea vuestro bien. Mis palabras son avisos y consejos de los cuales hareis el uso que os plazca; nada os impongo.

—Muy bien. Siéntate Menenio, y sigue tu relacion hasta el fin: sientome muy dispuesto á escucharte sin interrumpirte. Eres hijo del mayoral á quien tanto apreciaba mi padre, y eso basta.

—Escuchad, pues. Sin duda recordais que el 24 de diciembre último hizo un dia primaveral, que, quizá en ninguna parte tales dias llegan á Mallorca en magnificencia y esplendor, y cabalmente coincidió con la fiesta cívica que todos los años se celebra en memoria de la conquista de Pollentia por Quinto Cecilio Metelo. A las once de su mañana tuvo lugar el espectáculo de la lucha entre hombres y fieras en el anfiteatro destinado á este objeto.(3) ¿Por qué no asististeis á ella?

—Estábame indispuesto y tuve que guardar cama.

—¿Vós enfermo en dicho dia?

—A qué tal pregunta?

te, decian, cubierto con su armadura no puede presentar un aspecto mas marcial y victorioso.

A la señal del clarin empuñó con ambas manos su mortífera clava, é impávido y sin inmutarse ni alterarsele en lo mas mínimo el color de su rostro aguardó la terrible acometida del feroz oso blanco que se soltó. Al salto que este dió para abrazarle, hurtole el cuerpo con el mas vistoso donaire, y entónces descargóle la clava con tanta fiereza que le rompió el espinazo de por medio. El oso cayó rugiendo de un modo lúgubre y echando por boca y narices un grueso caño de sangre, quedándose cadáver en pocos minutos.

Ya debeis inferir que un pueblo tan entusiasta como lo es nuestra Pollentia, de la bravura y de todo lo verdaderamente grandioso, rompió en vítores y aplausos que frenético y delirante tributaba á Marco Cleonte Valerio, llamándole valiente entre los valientes. Empero, éste encojiéndose de hombros, dijo: la fiesta ha concluido con demasiado prontitud; por lo que suplico que se me suelte otro con bozal, para empeñar otra lucha mas entretenida.

Concedida la demanda por el Pretor abrióse la jaula á otro oso que acometió á Cleonte con furor. El héroe se dejó abrazar por la fiera, y entónces se trabó una lid cuerpo á cuerpo, que, todo á un tiempo daba gusto, terror y espanto. Rato habia ya que hombre y fiera se esforzaban para abatir á su contrario sin lograrlo ni uno ni otro, hasta que al fin cayó el oso en tierra; clavándole en el mismo acto una afilada daga en el pecho, que le hizo vomitar su espíritu feroz.

—Perfectamente. Mas, ya sabes tú que yo he sido el primero de Pollentia que ha hecho semejante hazaña.

—Cierto es lo que decis; empero, eso no mengua la gloria inmarcesible de que se colmó Cleonte.

—Puedes, Menenio, dejar de referir las hazañas del tercero, porque á lo mas serán iguales á las de Cleonte.

—Os engañais de cabo á rabo; pues las antedichas hazañas son tortas y pan pintado en comparacion de la que me resta á relataros. Veamos sinó. Luego de salido Cleonte, entró en el palenque, L. Flavio Domiciano, armado de una reluciente coraza, premio tambien ganado en mayo último, en los juegos olímpicos de Roma, trayendo con su mano izquierda un fino casco adornado con tres vistosas plumas, blancas las dos y encarnada la otra. Igualmente relucia en su cintura el mango de una daga. Su sola presencia arrancó instantaneamente vivos aplausos á la multitud; la que no dejaba de mostrarse alarmada, temerosa de algun funesto fracaso, supuesto que tenia que batirse con el fierísimo leon, traido pocos dias habia de la Mauritania. Sin embargo, la calma, frescura y serenidad retratadas de un modo el mas marcado en su hermoso semblante varonil, infundian grata esperanza en el agitado pecho de los espectadores. En el interin, mil lindas jóvenes saludábanle risueñas interesadas y amorosas, deseándole una victoria la mas completa. Parado en medio del anfiteatro á la señal del clarin, cubrió su cabeza con el casco, y desembainada una afiladísima y ancha cuchilla corta, aguardó con la sonrisa en los lábios á que se soltase el leon. Abierta la jaula saltó á la arena rugiendo, que de espanto helaba la sangre en las venas, paseando su sangrienta mirada por todos los que habia allí, quienes viéndole tan fiero y monstruoso, palidecieron de un justo temor. Todo el mundo habia perdido la serenidad; solo L. Flavio

Domiciano manteníase impasible espiando todos los movimientos de la fiera. ¿Cuáles serian en aquel momento de cruel prueba los latidos del corazon de la jóven amante del adalid? Júzguelo el lector por sí mismo. Al fin, viendo el leon una presa á su alcance, rugió amenazando sangre, destrozo y muerte, y batiéndose frenético los hijares con la cola, dió poco despues un salto rápido como la flecha cayendo de golpe sobre Flavio, que al verle venir habia puesto una rodilla en tierra. Por de pronto, nada se vió, sino que hombre y fiera rodaron confundidos en una sola masa informe. Un grito de terror exalóse en el pecho de mas de veinte mil personas que estaban presentes, clamando todas para que se auxiliase á Flavio. De repente todo aquel plañidero ululato, cambióse en esclamacion alegre y delirante de entusiasmo, sucediendo á la palidez de los semblantes un hermoso encarnado vivo. ¡Cuán bellas estaban en aquel instante feliz las jóvenes que se encontraban allí!: y no podia ser de otro modo, pues L. Flavio Domiciano, que podríase llamar el querido de las jóvenes, á quien se creia muerto y destrozado por el leon, acababa de levantarse ileso todo salpicado con la sangre de éste, que se revolcaba agonizando, por estarse destripado desde la parte inferior del pecho hasta la inferior del vientre, cuyas entrañas tenia afuera. Tal fué el vigoroso golpe con que apremió al leon.

Golpes tan tremendos y definitivos, solo pueden darlos hombres tan serenos y valientes como L. Flavio Domiciano, y como vos, Lúculo.

Falta deciros, que, tan pronto como vieron á Flavio debajo del leon, saltaron intrépidos al palenque para librarle si habia lugar, Cleonte Valerio y Tulio Ceson, pe-

ro por fortuna solo tuvieron que estrechar locos de contento la mano victoriosa de su buen amigo Flavio.

En un momento la plaza se llenó de toda clase de gente, desde la mas encumbrada hasta la mas humilde: senadores, decemviros, pretores, ediles, flámenes, artesanos y labradores, todos á porfia saludaban y obsequiaban al vencedor del leon; dándole parabienes sin fin: aquello fue una ovacion cordial, entusiasta, loca y frenética; porque L. F. Domiciano, y sea dicho con perdon vuestro, Lúculo, ademas de su simpática figura, hermosa y bien formada como no hay muchas, se ha hecho muy popular y conquistado el aprecio público ya por su bravura innegable y ya por su trato fino y cortés con todo el mundo. Todos los ciudadanos hablan con amor y con religioso respeto de este jóven; lauro el mas glorioso con que puede adornar las sienes todo hombre público. ¡Cuanta verdad es que el hombre distinguido y que aspira á dejar un rastro luminoso de gloria, debe de conquistar el respeto y el amor de sus conciudadanos, con la honradez, con la templanza, con la modestia, con los beneficios, con una decidida proteccion al mérito y con la estricta justicia! Asi ni mas ni menos lo hace L. Flavio Domiciano. Por tanto, no hay que estrañar, que, cuando se le vió en inminente peligro entre las garras del leon, tuviera tantas simpatias y que hubiera no pocos desmayos de muchachas; siendo muy notable el que sufrió una lindísima jóven de las mas nobles de Pollentia.

Lúculo impaciente y agitado largo rato habia, preguntó, furioso, quién era la tal jóven.

—No lo adivinais?

—Quiero que tú me lo digas.

—Era Flavia Paulina Mammea vuestra prometida

—¡Paulina Mammea! Otro desmayo se la espera pasado mañana ¡pobre niña! ¿Quién no la compadecerá tan tierna, tan sentimental como se es? y....

—¿Qué significan estos puntos suspensivos de vuestra no acabada frase?

Lúculo respondió con una fisonomia enérgica y sombría: significan una verdad amarga; esto es, que Paulina Mammea es mudable como las otras mugeres; reservada y coqueta, si así le conviene, sumisa y altanera, melancólica ó alegre, y tan irresistible en su abandono como en su indiferencia, es á la par tan hipócrita y despreciable como muchas: muger cuyo doble caracter hasta el presente dormia en su alma. En fin estoy convencido que la razon de las mugeres no puede llamarse razon: todas son arrastradas y dominadas por un maldito capricho, y la que sale juiciosa, no es porque tenga juicio, sino porque el capricho ha despuntado por ahi en vez de despuntar por otra parte.

—Creo, Lúculo, que calumniais irreflecsivo á Paulina; y eso no es regular ni propio de un hombre como vos. Si Paulina se ha enamorado de otro, con su pan se lo coma; lo mejor es seguir mi tema en este particular.

—Veamos tú tema, Menenio.

—Mi tema es el de muchos; libertad para todo el mundo; quiero decir, que si una muger cerdea, otra al puesto y.... asunto concluido.

—Tienes razon. Mas, sea como fuere, pasado mañana demostraré á ella y á todos los moradores de Pollentia, que no será cosa tan fácil á L. F. Domiciano salir tan bien librado de mis manos como se salió de las garras del leon.

—Qué intentais?

—Ahora mismo le enviaré un avisò, para que á las once de pasado mañana se verifique nuestro duelo á muerte en la llanura del puerto mayor, prévias todas las formalidades que se requieren y á la vista del mundo todo.

—Esta al menos, suceda lo que sucediere, os será mas honrosa que la de haber intentado matar á Flavio Domiciano por medio de una alevosía.

—Yo?

—Vos. Eso es lo que se dice de público. Recordad que os he prometido esplicaros mi sorpresa, cuando habeis dicho que el dia 24 de diciembre último estabais enfermo.

—Y aun ratifico lo mismo.

—No obstante, yo, á las once de su noche os vi pasar por delante la casa de Lucio Dèntilio Modesto (4) ¿Me lo negareis?

—Tambien es cierto. Mas, ¿qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Mucho. ¿O vos estabais enfermo ó no?

—Todo el dia me sentí desazonado, y por la noche estuve mejor y salí á cierta cita. He aqui esplicado el enigma. Esplicame tú ahora tu misterio.

—Misterio, yo no tengo ninguno que aclararos, pero á su turno todo lo sabreis. En el interin reanudaré el hilo de mi interrumpida narracion. Atended. A las dos de la misma tarde, reunidos todos los mas esforzados jovenes de Pollentia, empezóse en la plaza de la concordia el juego del disco, y fue una cosa sorprendente que L. Flavio Domiciano que llegó á ella á las tres lo arrojase una quinta parte mas distante de lo que lo habian arrojado los mas esforzados. Desde aquel momento, él y Cleonte fueron tenidos y unanimemente proclamados

por los mayores adalides de nuestra patria.

—¡Voto á las furias del infierno! ¿Han olvidado ya á Marco Lúculo Vero? Yo te juro, Menenio, que pronto se acordarán de mí, y que tambien ese odioso L. F. Domiciano, de quien algo imprudente te has constituido en apologista suyo, será estrujado entre mis brazos, con la misma facilidad que tu estrujas una esponja.

—Sea como decis. Pero tened en cuenta que, si os habeis de incomodar por la exactitud de mi relacion, desde ahora queda concluida. ¿Quereis que yo os diga lo que está pasando á gusto de vuestro paladar desfigurando la verdad solo por complaceros? Entónces lo mas prudente es hacer punto final.

—Tienes razon. Sigue, pues, sin ocultarme nada.

—Os repito que asi lo haré, mayormente pareciendome que os alimentais de ilusiones, que, por gratas que os sean distan mucho de la realidad. Segun debe inferirse de vuestras palabras, contais por cosa muy fácil aplastar á vuestro talante á L. Flavio Domiciano, juzgando seros tan poco costoso como á mi estrujar una esponja. Yo, quiero suponer que sea como lo pensais, pero si sucede todo lo contrario; quiero decir que, si os ha de sudar el hopo para defender vuestra vida de sus terribles aproches, ¿no será mas prudente dejaros de bravatas y baladronadas que pueden seros fatales? ¡Necia confianza es aquella que no disminuye el peligro! Bueno y santo es que tengais valor y no deis cabida á temor de ninguna clase. Empero, mejor y mas cuerdo será prepararos para entrar en una lid digna de vos.

Una infernal sonrisa contrajo los labios de Lúculo que replicó: Si Flavio Domiciano, que tanto te espanta, supie-

ra multiplicarse en tres como él es, entónces tendrias razon; la lid seria digna de mí.

—Sois, Lúculo, una chocante especialidad; pues en todo, sin que haya quien os apee del burro; quereis ser superior á los demas hombres: nadie en vuestro concepto puede ser vuestro igual. Creo que el tiempo se cuidará de daros un desengaño que no podeis apetecer.

Sigo. A las tres y cuarto L. F. Domiciano, Vibio Manliano y Tulio Ceson marcháronse á la torre del faro acabado de construir á espensas de Obtato Servilio (5) sobre la elevada cúspide del mas próximo monte occidental (*) Yo les seguí desde lejos, porque queria, como ellos, disfrutar del sorprendente golpe de vista que se goza allí. Además, no podreis formaros una idea de tan bella tarde: en el horizonte rodaban algunas nubes doradas que, mas bien adornaban el hemisferio que serle impertinentes. La brisa balsámica que se mecia en la admósfera estaba en perfecta concordancia con la pureza y limpidez del cielo.

Llegado á la áspera subida del monte, oiase el grito estridente y prolongado del halcon suspendido sobre algun picacho, acechando, sin duda, alguna presa para cenar. Una vez á su cúspide, nada mas bello y encantador que el paisage que se descubre. Por la parte oriental ostentase magestuoso y poético el monte que representa una aguila enorme en actitud de desplegar sus alas para remontar su atrevido vuelo á la region de las nubes. A sus pies y lados veiase su esplendida y mágnifica vegetacion, matizada con los auríferos tintes del sol poniente, los cuales formaban un estenso feston entre la base de sus coli-

(*) El monte de S. Martin de la cueva.

nas. Por ambos lados descubrianse los dos brazos de mar que, al modo de dos caudalosos rios la bañan y abrazan por Norte y Sur. Mas cerca veíase nuestra hermosa ciudad con sus pulcros edificios coqueta y jigantesca. Empero, tan embelesador panorama hizóse mas esplendente y arrebatador luego de haber anochecido; pues sus inmensas luminarias en celebridad de la conquista, daban mil formas estravagantes y fantásticas á sus suntuosos edificios. A la verdad, en aquella apacible noche, pudierase comparar desde dicha altura, nuestra Pollentia á un firmamento al reves del que brilla constante sobre nuestras cabezas.

Las siete serian, cuando la reina de la noche, nos mostró su misteriosa faz, llenando de lánguida luz el espacio y dando á todos los objetos un barniz argentino. Al momento dejóse sentir una fresca brisa que estinguió sucesivamente todas las luces que componian la inmensa luminaria, como se estinguen de igual modo los sueños de esperanza de una alma desolada, y como asi sucedió á la digna y apreciable esposa de nuestro insigne médico, Marco Licino Philomuso á consecuencia de las injustificables persecuciones que este sufrió que la lanzaron al sepulcro ¡Maldicion y anatema contra el autor de semejantes males!

Lúculo se agitó, tosió é hizo ademanes de impaciencia, pero guardó silencio. Menenio, como si nada hubiese notado, continuó.

Pronto todo quedó á oscuras, porque el viento arreció empujando negras nubes que en un instante apagaron el resplandor de la luna. Entónces L. Flavio Domiciano dijo á sus compañeros: marchemos á Pollentia, ya veis

que todo ha concluido, y sin mas empezaron á bajar del monte con una rapidez aturdidora. Yo les seguí á alguna distancia, pero pronto los perdí de vista, porque mi marcha no podia verificarla tan aceleradamente como ellos que son un verdadero tipo de energia física y de admirable ligereza, siendo yo el reverso de la medalla. Sin embargo, tuve tiempo para convencerme tristemente de que la traicion, desde algun tiempo acá es ya una costumbre en Pollentia, y los traidores se venden á bajo precio; y todo eso es una consecuencia indeclinable de la inmoralidad, que á paso de gigante avanza en nuestra patria. ¿Quién tiene la culpa, quién? ¿Quién será el autor infame del cúmulo de males que nos abruman? ¿Puede garantizarse la seguridad de los ciudadanos con un estado tal de cosas? No, mil veces no. Nuestra situacion, pues, exige remedios estremos y perentorios. ¿No vemos todos los dias ponerse acechanzas á la vida del hombre probo por los discolos y los estafadores de oficio? ¿No vemos dispensarse la mayor proteccion á las aves de rapiña, y á esas gentes desarapadas, viciosas y miserables, en recompensa de sus atentados los mas antisociales? ¿Pensareis, Lúculo, que lo dicho sean suposiciones hijas de la cobardia ó de una imaginacion delirante? Si tal pensais, atended. Encontrábame ya al pié del monte de su parte occidental, repasando en mi abrumada imaginacion los sucesos estraordinarios de aquel dia de vivas emociones; emociones, que sin poderlo remediar, dejan un recuerdo indeleble de ellas en quien las presenció como yo mismo. Reinaba por todas partes un silencio pavoroso, si bien interrumpido, de vez en cuando, por el triste canto de alguna ave nocturna; únicas pastorales ó ditirambos que he-

rian mis oidos. Mas, de improviso cambióse la escena, dandose á sentir voces confusas y ruido de armas que aumentaba progresivamente, saliendo todo de la hondonada ó garganta, formada por la estremidad del monte y su colina contigua de la parte del norte, que, como sabeis figura ó remeda un callejon ancho sin salida; desembocando en el camino inmediato, y que conduce directamente á Pollentia. Sin trepidar subí el corto y bajo repecho que me ocultaba el combate, y al llegar á su cumbre, la luna descorrió su cortinaje de negras nubes, é iluminó aquella escena de sangre, hija de la infame traicion. Agachado entre grandes matorrales fui el único espectador de aquella.

Una voz vigorosa dijo: todos á mi, canalla infame ¡Lástima voto á Pluton, que no esté entre vosotros el qûo os ha pagado para cometer semejante felonía propia de su alma vil! Concluidas estas palabras, lanzóse contra los asesinos mas terrible que la amenazadora llama del relampago. Siguieronle intrépidos Tulio Ceson y Vibio Manliano; siendo cosa estupenda ver tres hombres tomar la ofensiva contra seis despues de haber resistido el brusco ataque de ocho.

Yo, no sabré deciros si las hazañas que nos cuenta Homero de sus héroes griegos, Aquiles, Diomedes, Ayax, Telamonio y demas fueron ó no superiores á las de estos tres jóvenes; lo que puedo aseguraros es, que la espada de L. Flavio Domiciano era un rayo aniquilador; pues cada uno de sus golpes sacaba un hombre de combate: parecia que su cuerpo estaba defendido por la egida de Belona.

En cuanto á sus compañeros, aunque heridos de al-

guna gravedad, bien merecen coronar sus sienes con el lauro de los héroes.

Pronto la victoria se declaró completa para los tres: y no podia ser de menos; pues de los ocho hombres hubo dos muertos y tres heridos de mucha gravedad, los otros tres buscaron su salvacion en la fuga.

Los heridos declararon haber sido pagados por Sicino Paluto, y que nada mas sabian.

A no poder dudarlo, estareis enterado, que el distinguido orador togado, Cayo Memio, se esforzó en el tribunal á pedir que Sicino Paluto fuera arrojado desde la Peña roja en los inmensos precipicios de que está rodeada por la parte del norte, diciendo. «En un estado es mucho menor inconveniente dejar sin galardon los hechos ilustres que sin castigo los delitos, porque el hombre de bien si no es premiado, lo mas que hace es entibiarse, pero el malo si no se le castiga empeora.»

Ademas, añadió, que estaba muy conforme con la opinion del emperador Valentiniano I. quien decia «que la severidad es el alma de la justicia, y que esta ha de ser el alma del poder supremo.» (*) Sin embargo....

—Sin embargo ¿qué?

—Que Sicino Paluto, en lugar de ser condenado á ser precipitado á los abismos, como asi lo exigia la vindicta pública, unicamente se le ha hecho pagar una multa.

—¿Y que hay de malo en eso?

—Lo que hay de malo es una monstruosidad muy reprensible en los jueces que prueba la corrupcion actual.

(*) No recordamos en la actualidad cuando fue el imperio del tal emperador. Empero eso no disminuye el valor de esta su máxima.

La ley debe de ser igual para todos; pues en mi simple opinion, jamás tendremos verdadera libertad hasta que la justicia se siente en un trono á donde no alcancen las pasiones de los hombres, y mientras no sea así, la libertad que proclamais, sirviendoos de frases rimbombantes y campanudas, para que produzcan mayor efecto. Será una farsa, mentira y decepcion.

Sicino Paluto, por sus premeditados asesinatos, merecia la muerte y que se le habia de dar por un saludable escarmiento; y no obstante, pasease con la frente erguida como si hubiera hecho un hazaña en prez y gloria de la patria ¿Es eso justo? ¿Quién ha sido el protector del criminal Sicino Paluto? ¿Lo sabeis vos, Lúculo?

—¿Con que fin me lo preguntas Menenio?

—Porque se os acusa de ser vos quien urdió tan criminal atentado con el fin de deshaceros de L. Flavio Domiciano; porque se saben vuestras intimas relaciones con dicho Paluto, que es un hombre turbulento, un miserable salido no sabemos de donde y hasta se ignora su alcurnia, y á pesar de eso, bajo vuestra proteccion ha hecho fortuna; fortuna que todo el mundo atribuye á sus escandalosas estafas: porque se saben las orgías nocturnas que se tienen en su casa, á las cuales vos asistis, respirando alli una admósfera vinosa y corrompida sí, pero muy grata para vos porque está impregnada de adulaciones que os embriagan, cubriendoos los ojos como con una túpida benda que os oculta vuestro descrédito, que, de dia en dia va tomando dimensiones colosales: todo el mundo habla mal, muy mal de vos, Lúculo.

—Y bien, Menenio. Haz cuenta, á mi modo, que gran parte de los moradores de Pollentia han dado en la rara

mania de imitar á los moscardones, y como ellos su tema es el zumbar; asi como el mio es otro muy distinto. Sigan ellos el suyo, y dejenme con el mio.

—¡Ah! ¿Intentais poneros en pugna con todo lo mas grande, lo mas noble, lo mas morigerado, lo mas sano y lo mas respetable de un gran pueblo como lo es el nuestro? ¿Intentais, irreflexivo, cambiar tambien sus hábitos y sus costumbres que tanto le han enaltecido hasta aquí? ¡Qué intento infernal el vuestro! ¿Cuáles son los medios con que contais para regenerarlo á vuestro modo?

—Eso corre de mi cuenta. Todo pueblo grande ó pequeño, morigerado ó corrompido, ha de tener quien le mande, y yo quiero mandar en Pollentia ó sucumbir en la empresa ó que sucumba Pollentia. ¿Entiendes?

—Oh! oh! ¿Con que en tan poco teneis vuestra patria?

—¡La patria! Mi patria es este mundo.

—Estoy aturdido, Lúculo. ¿Para satisfacer vuestra sed insaciable de mando, todos los medios os parecen lícitos?

—Todos. Los fines justifican los medios, hombre.

—¡Mentira y blasfemia! Jamas con una alevosia como la vuestra se justifican medios. Vos sois un.....

—Qué soy? Habla sin temor, Menenio.

—¡Yo temer! Nada en el mundo es capaz de amedrentarme cuando se trata de defender mi cara patria. Soy otro Caton, y antes de sufrir el menor lupanar de ella sabria arrojarme á una hogera. Por tanto, responded ¿Decis la verdad, que, con el fin de satisfacer vuestra sed de mando, considerais que todo os es lícito?

—Te la he dicho pura.

—Entónces yo, á mi vez os digo que sois un malva-

do y un traidor que, con tan siniestros fines habeis sembrado la inmoralidad en nuestra patria, habeis atropellado, vejado y perseguido á hombres que valen muchos miles mas que vos y que vuestros cuantiosos bienes. ¡Maldicion contra vos, contra esos reptiles inmundos que os sostienen y contra los viles que os adulan!

Al pronunciar Menenio estas palabras, levantóse con las mejillas encendidas y centelleantes los ojos de noble indignacion. Apesar de eso ¡quien lo creyera. Lúculo mantuvóse sereno, concretandose á decir: Estás loco, Menenio. Me hallo en mi casa, y si me place te haré añicos y los arrojaré á mis perros. ¿Por que me insultas, pues?

—Os engañais. Tanto os temo como á mal que no llega, y en prueba de lo que os digo, os advierto, que si intentais moveros de esa silla en que estais repantigado, os atravesaré de parte á parte con un dardo envenenado, obra esclusiva de un descubrimiento mio, que he traido adivinando lo que habia de suceder, porque conozco vuestro genio arrebatado y la lepra de vuestra alma. No ignorais que, sin embargo de la delicadeza de mi constitucion física, mis tiros de dardo jamás fallan; siempre dan en el punto del blanco á que los dirijo. Ademas, que, con solo un rasguño que os abra el dardo, vuestra muerte es inevitable dentro el término preciso de cuatro horas: sin duda no habreis olvidado la prueba que hicimos con varios perros.

—Cálmate y siéntate, Menenio, y sabe que yo no puedo ser enemigo tuyo bajo ningun concepto; asi lo prometí bajo juramento á mi padre moribundo. No creas què sea tu dardo terrible, muy terrible en verdad, que me hace mantenerme con tanta calma ante arranques como los tu-

yos, que, debo confesarlo, ellos te honran. Empero, piensa tambien que del mismo modo que la patria es con demasiada frecuencia ingrata á los eminentes servicios que le han prestado hijos distinguidos, ella á su vez ha de saborear las amarguras, que con sus ingratitudes acibara los dias de sus mejores servidores. Acuérdate de lo que dijo Escipion el grande «ingrata patria ni aun mis huesos tendrás.» ¿Qué hizo tambien Coriolano? ¿Qué hizo Julio Cesar? No obstante, si tú eres uno de los que á todo trance quieren sacrificarse por ella, yo respeto debidamente tus sentimientos nobles y elevados. ¿Porqué tú no respetas los mios?

—¿Porqué me preguntais? Porque yo siempre seguiré á ciegas la siguiente sublime máxima de un compatricio ilustre, quien dice:» ¡Infeliz de aquel que insulta á su pais, cánsese la patria de ser ingrata ántes que nos cansemos de amarla, sea nuestro corazon mas grande que sus injusticias! ¿No os parece eso noble y grandioso? Creo, Lúculo que, á no estaros subyugado por la maldita vanidad unida á una ambicion sin limites, tambien adoptariais de mil amores y seguiriais al pié de la letra cuanto encierra de sublime y filantrópico esta santa máxima ó precepto. Empero, como la ambicion desmedida es la pasion mas fatal y la que nunca ceja ni está satisfecha jamás, y tambien la que con mayor facilidad da de través con el hombre, cegandole y haciendole cometer desaciertos á cual mas gordo é irremediable; en vos ha sido la tunica de Neso, que, al colocarla en vuestros hombros, sofocó, abrasó, estinguió y consumió todo lo que teniais de bondad, de amable, de justo, de morigerado, de noble y de grande; convirtiendoos en un ser feroz y dañino.

—Quizá te acercas á la verdad, Menenio. Yo, al modo de Julio Cesar ¿porqué ocultartelo? mas bien prefiero ser ciegamente obedecido de estos que me rodean, por mas zafios y paparos que se sean, lo que á mi poco me importa, que ser mandado por aquellos. Eso, no obstante, no impide que yo tambien ame á la patria.

—¿Quién puede dudarlo? Demasiado claro está que vos amais á la patria, si, pero la amais de la mismísima manera que los cazadores aman á las liebres, á las cuales acosan, destripan y descuartizan despues. Bajo este concepto, bien pudiera decirse que fuisteis criado unicamente para hacer daño como la pantera y el lobo. En efecto: las lágrimas que habeis hecho derramar injustificables en Pollentia, son tan abundantes, como numerosas son en recompensa las maldiciones que os dirigen, y... váyase lo uno por lo otro.

Lúculo se puso lívido, y temblando de coraje, replicó con fingida calma: Tienes al menos, Menenio, el mérito de la franqueza, al mismo tiempo que aprecias en poco tu vida. Sin embargo, casi estoy para aconsejarte, que no continues siendo tan franco, y que no hagas mas alarde de tú frescura que caracterizo de un valor temerario y necio. Lo mejor será que cambiemos de conversacion, supuesto que no hay la mas remota esperanza de que tú y yo lleguemos á estar acordes.

—Tal vez os equivocais tened presente «que solo un necio y un bribon no mudan de opinion» *sapientis est mutare concilium*. Si vos hasta hoy habeis seguido una marcha detestable y errónea, ¿quién os impide el coronar vuestras sienes con un lauro glorioso reconociendo y abjurando vuestros errores?

Levantóse bruscamente Lúculo, y con tono amenazador dijo: basta ya, Menenio: esta conversacion me irrita y me empalaga: cuanto hago es arrastrado é impelido por el destino: mi marcha está trazada y llegaré al fin que me he propuesto, si la muerte no viene á sorprenderme en medio del camino que he emprendido.

—Entended, amigo Lúculo, que, con la edad vienen los desengaños, con la ambicion, los disgustos y pesares. ¿Porqué vos que tan preclara inteligencia teneis, cerrais los ojos al abismo que se abre á vuestros piés? ¿Por qué, cuerdo, no retrocedeis ahora? Disimulad que os diga, que vuestra conducta actual ha sublevado contra vos á todos los ciudadanos de capacidad, todos los honrados y cuantos tienen interes en el órden, en el imperio de las leyes y en el progreso y esplendor de nuestra patria: y así ha de ser precisamente; pues la inmoralidad que cunde y se enseñorea de Pollentia ha creado un órden natural invisible que es ya una verdadera calamidad. No olvideis que los dioses permiten al hombre obcecarse, para que se pierda, cuando traspasa su mision sobre la tierra. He concluido supuesto que así me lo exigis.

—Has hecho muy bien. Vamos á otro asunto. ¿Has dicho que se me acusa de ser yo el autor del criminal atentado contra la vida de L. Flavio Domiciano y sus dos compañeros?

—Sí.

—Los jueces averiguaron á tiempo, que el autor del proyectado asesinato lo fué una muger vengativa; y solo se castigó á Sicino Paluto con una multa, porque este fue quien dió diez sextercios á Vitelio Agripina por una comision que la tal muger habia dado sigilosamente á este

último. Sicino Paluto por el consabido dinero que adelantó, recibió una alhaja de doble precio de los sextercios. Igualmente recibió por bajo mano la multa á que fue condenado, porque no descubriese á la muger.

Un alto personage constituyóse en fiador de la culpable, hasta el fallo del tribunal. Ha hecho un rico regalo á Tulio Ceson, otro de no menor cuantía á Vibio Manliano, y tambien ha pagado la cura de Vitelio Agripina y la de los demas heridos. Esta es la verdad. De lo dicho deducirás que no es prudente aventurar juicios por las apariencias.

—Decis bien. Empero, ¿Cómo el tal personaje se ha olvidado del principal héroe, L. F. Domiciano?

—No lo ha olvidado, no. Para este se reserva otro regalo de un valor inmenso; sus cuantiosos bienes muebles é inmuebles y su linda hija por añadidura, la muy hermosa Flavia Paulina Mammea. Mas, él habrá hecho la cuenta sin la huéspeda, toda vez que yo me sea en el campo lo que siempre he sido.

—Ah! Ahora empiezo á ver claro. Vos estais celoso de Flavio Domiciano, y confiais mucho en vencerlo.

—Y de matarlo tambien, hombre.

—Recordad que os he dicho que vuestro adversario tiene malísimas pulgas.

—Espero limpiarlo de ellas de tal manera, que no quede peligro de que vuelvan á picar á nadie.

—Vos si que picais de alentado en demasía. Ahí veremos: Lúculo.

—Ahí verás, Menenio.

—¡Cuidado que la nueva prueba no os salga tan al reves como la de marras! quiero decir como la del puerto.

Una espresion de infernal furor pintóse en el semblante de Lúculo al oir estas palabras, pero calló manteniéndose por un rato en profunda meditacion, despues preguntó: ¿Era valiente Cayo Nerva?

—El mas valiente que conocíamos.

—Y no obstante?

—No obstante, vos en vuestra primera lucha le ahogasteis entre vuestros brazos. Por consiguiente, vos erais mas esforzado que él; del mismo modo que L. Flavio Domiciano puede serlo mas que vos. ¿Ignorais que entre lo bueno siempre se encuentra mejor, así como entre lo malo peor?

—Eres, Menenio, invencible en la charla, lo confieso. Mas, dime, ¿tienes fé en la ciencia astrológica y en los estupendos pronósticos de Cayo Lobenio Niger?

—Para tener verdadera fé, fuerza es *credere quia absurdum;* y como yo no entiendo una palabra de astrología, prefiero admirar á creer.

—Ah! Eres un hombre insorprendible; pues para todo tienes salida y te encuentro prevenido. De todos modos, si tú no crees, basta que yo crea.

—Qué quereis decir?

—Quiero decir, que, habiendo llegado á mi noticia la habilidad de Cayo Lobenio Niger para sacar exacto el horóscopo á una persona, caí en la tentacion de querer saber cual será la suerte que me tiene reservada el destino en el duelo que tengo aplazado con mi rival L. F. Domiciano.

—Y la sabeis ya?

—En la misma noche del atentado cometido contra mi rival y sus dos compañeros, fuí llamado para las diez

en casa de Cayo Lobenio Niger, con el fin de manifestarme el resultado de sus observaciones astronómicas; y despues de examinadas detenidamente las lineas de la cara palmar de mis manos, díjome: que podia asegurarme, como me lo aseguraba, que yo no moriria en el combate con L. F. Domiciano. En esta atencion, siendo el duelo á muerte, ¿quién de los dos ha de morir? ¿Qué objecion ó réplica podrás oponerme?

—Ninguna, si no es «que de cuerdo y de loco, todos tenemos un poco» A la verdad, la única consecuencia posible de vuestros estravagantes antecedentes, salvo pero un robusto *distingo* dificil y duro de pelar, es que L. Flavio Domiciano morirá á vuestras manos; y por ello os daria yo las mas lisongeras albricias, si no me lo estorbase ese maldito *distingo* que ha venido á ponerseme de por medio cual otro entrometido duende. Además, que el hombre prudente debe de confiar mas en una buena espada y mejores puños; amen de mucha habilidad en el manejo de las armas, que en cuantos pronósticos formen, no digo Lobenio Niger, sino todos los astrólogos de la tierra juntos.

Os he dicho, que de cuerdo y de loco todos tenemos un poco, porque se me estraña que un hombre como vos sea supersticioso, y confie á cierra ojos con el dicho ó pronóstico de un embelecador *at alias* cual lo es C. Lobenio Niger y todos los que como él tienen pretensiones tan absurdas, No encuentro otra esplicacion respecto de vuestra creencia, sino «esas contradiciones singulares del corazon humano siempre dispuesto á lanzarse en pos de lo desconocido, á pedir á la vida alguna otra cosa de la que encuentra en sí, á dejarse atraer por los contrastes y las discordancias, mas bien que por las analogías y semejan-

zas. No hay remedio: la inclinacion del hombre hacia lo grande y lo maravilloso ha hecho que en todos tiempos se complazca en espectáculos extravagantes y contradictorios; y cuando la realidad no ha ofrecido ese pábulo á su imaginacion, ha sabido hallarlo en la fantasía ó en la fábula» ¿Cómo podeis creer, que C. L. Niger sepa leer en el porvenir de ningun hombre? La razon se subleva enérgica contra esa soñada habilidad, en términos que favorece muy poco á quien se deja seducir por esos tunos, embusteros y bribones. Segun vuestra creencia al pronóstico de Niger, L. F. Domiciano ha de morir en el combate, atendido que vos no morireis en él. Supongo pero, que no habreis reflecsionado de que, en caso que murais vos, de seguro no ireis á reconvenir á Lobenio Niger por su engaño. ¿Verdad?

Este diálogo fue interrumpido por un criado de Lúculo que se presentó con un papel en la mano, diciendo: Señor y amo, Vulpio Corinito, el valiente y el tan veloz jóven como el ciervo en la carrerra, criado predilecto del muy noble L. Flavio Domiciano, acaba de entregarme para vos estos dos papeles, y en la calle aguarda vuestra contestacion.

Lúculo tomó los papeles, mandando á su criado que se fuera, y ya le llamaria á su tiempo. Salido el criado leyó lo que sigue: «L. Flavio Domiciano á Marco Lúculo Vero. Ocupando incesantemente en confeccionar y urdir nuevas maldades con que apestas ruin á nuestra nobilísima patria, de la que eres tú su mas feo anacronismo; á la par que perturbas el reposo y tranquilidad de sus moradores, te habrás olvidado sin duda del duelo á que, con tan despreciable fanfarronada, me retaste. Dos meses

y catorce dias cabales hace hoy. Por esta y otras muy poderosas razones, ahora, que, gracias á los dioses, y á la habilidad de nuestro sabio médico, Marco Licinio Philomuso, la víctima de tus persecuciones inicuas, ya estoy completamente restablecido de las heridas que recibí en defensa de mi vida por los infames asesinos que apostaste en la colina junto al monte del faro, yo, á mi vez te reto á un duelo á muerte á las once de mañana, en la llanura contigua á la sierra de la entrada del puerto mayor, y dejo las armas á tu eleccion. Los pretores y demás autoridades están ya avisadas, como lo verás por el adjunto permiso que se me ha dado por duplicado; advirtiéndote que si no aceptas, en el primer puesto en que te encuentre te aplastaré las narices á sendos garrotazos.

L. Flavio Domiciano.»

A proporcion que Lúculo iba leyendo esta carta; su rostro, haciéndole traicion, convirtióse en espejo fiel de las terribles sensaciones que en aquel momento agitaban su negra alma, no dejando de ser curiosas las peripecias que presentaba en colores. Primero, palideció; seguidamente volviose pálido lívido, y rojo subido por fin. Despues, y sin hablar una sola palabra, paseóse largo rato á grandes trancos por dentro el aposento; parecia que habia olvidado completamente á Menenio.

En su vista este tosió, y Lúculo como si despertase de un sueño letárgico parose y dijo: Ah! Perdona mi distraccion, ni aun me acordaba de que estuvieras aqui, Menenio. Empero, espero que me lo disimularás, haciéndote cargo que, á veces la impresion vence á la razon, y en-

tónces el hombre no es dueño de reprimir aquella que le domina de un modo absoluto. He sido atrozmente insultado, y este insulto pide sangre y muerte, y sangre y muerte habrá, no lo dudes.

—Qué hay? preguntó Menenio con no poca socarroneria.

—No lo sabes?

—¡Buena pregunta la vuestra! ¿Estoy yo obligado á adivinar lo que se os escribe?

—Tienes razon. Toma y lee.

Menenio leyó la anterior carta, y con mucha sorna dijo: No veo un motivo para enfurruñaros de un modo que me hizo temer que hubierais perdido el juicio.

—¿No ves bastante motivo, cuando en este papelucho se me trata de asesino?

—Lo peor es meneallo, Lúculo.

—No te entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que L. F. Domiciano está en su derecho para trataros así; pues cree que vos fuisteis quien pagó á los que intentaron asesinarlo tan alevosamente. Probadle vos de una manera convincente de que está equivocado; circunstancia qué os honraria muy mucho.

— ¿Estás loco Menenio?

—Quien está loco sois vos, y loco de remate.

—¿Y por qué Menenio?

—Porque esos aspavientos y ese trastorno que habeis demostrado tan puerilmente, prueban de que sois poco cuerdo y no muy valiente. Una hora hace ya que el jóven criado de L. F. Domiciano aguarda en la calle vuestra contestacion á un duelo á que se os reta, y no obstante, vos no la dais, acreditando con tal conducta que te-

meis y temblais. Tomadlo como mejor os plazca.

Sin replicar Lúculo á semejantes observaciones, sentóse á la mesa, tomó la pluma, meditó sombrio un buen rato hasta que al fin su fisonomía se iluminó de un modo siniestro: habia concebido un proyecto que le satisfizo, sonrióse y escribió lo que sigue: «Marco Lúculo Vero á L. Flavio Domiciano. He recibido tu insolente escrito, y te contesto, que, sobre lo que dices de asesinos apostados y pagados por mí para que te asesinasen, mientes como un embustero. Mañana te lo haré conocer con la punta de mi espada que te enseñará el como se ha de tratar á Marco Lúculo Vero.»

Concluido este lacónico billete leyólo á Menenio para que emitiera su parecer. Menenio contestó que nada tenia que replicar. De seguida llamó á su criado diciéndole: Entrega este papel á Vulpio Corinito. Salido el criado dijo á Menenio: Puedes marcharte y quedas convidado por mí á la fiesta de mañana. Ahora me interesa estarme solo porque tengo algunos asuntos que arreglar.

Menenio salió, y al encontrarse en la calle vió á los dos criados que, en buena paz y concordia entraban en la taberna de Cayo Panza. Estos dos lo entienden de lo lindo se dijo para sí: «Con pan y con vino se pasa el camino.» Mucho deseo saber lo que charlarán porque presumo que no dejará de ser tan chusco como interesante. Tentaciones tengo de sorprender su conversacion; empero, aquella súbita espresion de alegria feroz que se ha retratado en el semblante de Lúculo al querer escribir la contestacion á su rival me hace temer algun proyecto siniestro que embrolle y complique la situacion de las cosas demasiado grave ya de si. ¿Quién puede dudar que

Lúculo es un maestro en maldades? Aquella sonrisa es la misma de una de las furias del averno; ella indica, pues, un plan infernal en contra del digno y apreciabilísimo jóven, L. Flavio Domiciano. ¿Quién sabe si se ha propuesto asesinarlo en esta misma noche? Vamos sin tardanza á trabajar para impedir un atentado. Concluido este soliloquio, dirigióse con paso apresurado hacia la plaza de Minerva en donde vivia L. F. Domiciano. Antes de llegar á ella, encontróse con M. Cleonte Valerio, quien le dijo: ¿A donde vas tan apresuradamente querido Menenio?

—Voy á avistarme con L. F. Domiciano, para manifestarle cosas que me han dado recelos fundados. Vengo de casa de Lúculo con quien he tenido un altercado de dos horas largas.

—¡De casa de Lúculo!

—Qué se te estraña?

—Que hayas tenido debates con él y que no haya hecho gigote de tí.

—Vamos á casa de L. F. Domiciano y todo lo sabrás.

Asi lo hicieron, encontrando allí reunidos y en animada conversacion sobre el duelo á muchos jóvenes, entre los cuales habia Tulio Ceson, Posthumio, Marco Emilio, Rutilio Modesto, Vibio Manliano, Lucio Cornelio y otros que daremos á conocer en el curso de esta obra. Tan luego como L. F. Domiciano vió á Cleonte y á Menenio, salióles al encuentro y con la afabilidad que le caracterizaba, dióles un cordial apreton de mano haciéndoles tomar asiento. Entónces dijo á Menenio: ¿A qué debo la honra de verte en esta tu casa por la vez primera?

—La honra es toda para mi, jóven tan noble por la cuna como ilustre sois por vuestro digno comportamiento.

—Te advièrto, Menenio, que yo no admito distincion alguna entre tú y yo. Eres hijo de un honrado labrador, que reconociendo la delicadeza de tu constitucion física, te dió la carrera de las letras en la que has hecho progresos que honran á nuestra patria, y que te han dado un grado de nobleza mas elevado y brillante que la que pudieras haber heredado; esto es, que la que es unicamente debida á la casualidad, á la cuna en fin. Las luces son pura cosecha del cielo, del mismo modo que las tinieblas y los vicios lo son del averno; y como la ignorancia y los vicios pueden encontrarse en la nobleza de cuna, claro está, que tal nobleza ahora y siempre será inferior de mucho á la adquirida por el ejercicio de las virtudes y por la sabiduria que está en perfecta armonía con la realidad de las cosas; es decir con la verdad, de la cual difiere la sabiduria sofística. Arregla, pues, tu trato conmigo á este mi modo de pensar; tú por tú ó vos por vos. ¿Entiendes? Yo, deseo sinceramente honrarme con tu amistad, aunque quizá sea por pocas horas; pues hágote saber que á las once de mañana he de batirme de muerte con un formidable adalid. Si, formidable, no me hago ilusiones. Lúculo que es el tal adalid, es hombre duro de pelar, ya por su fuerza hérculea y ya por su habilidad en el manejo de las armas. Sin embargo, si la suerte quiere que yo muera mañana, tendré por una felicidad que tú seas mi amigo hasta mañana.

Enternecido Menenio y al mismo tiempo sofocado de emocion, abrazó á L. F. Domiciano, estampando en su frente un ósculo de paz, de cariño, de alianza, de simpatía y de gratitud. ¡Cuánta diferencia, dijo, del nauseabundo lenguage de Lúculo al tuyo, que todo él es hijo de la mo-

destia y del verdadero valor ¡La amistad con que me brindas, me engrandece, me engrie, me envanece y enloquece tambien. ¡Cómo no aceptarla con todas mis potencias y con mi alma toda! ¡Ah! Desde este instante tus amigos serán acatados como tales por mí, y tus enemigos lo serán mios tambien. Ahora escucha la causa de mi presencia en esta tu noble casa, en la cual se respira una admósfera pura y espansiva tal como la da de sí la virtud. Estadme atentos. Ya sabeis que algunos deberes me ligaban á la casa de Lúculo, y me han ligado á ella hasta hoy que la he abandonado para siempre: estoy completamente libre de compromisos con tal sujeto.

Cien veces habia intentado entablar una razonada discusion con Lúculo con el santo fin de hacerle ver el abismo que se abre á sus piés impulsado por su maldita ambicion. Empero, otras tantas la habia cortado con un bufido de cólera salvaje tan luego como la empezaba. A la una de esta tarde ha tenido lugar al fin dicha discusion que, al cabo de dos horas ha sido interrumpida por el reto de L. F. Domiciano; con cuya discusion me he tristemente convencido de que «*Quos Deus vult perdere dementat.*» (*)

Menenio siguió refiriendo con todos sus pormenores cuanto habíale pasado con Lúculo en la conferencia que dejamos descrita. Despues añadió. De lo dicho he podido deducir, que el ambicioso es un monstruo de cien cabezas, para quien no hay lógica que valga ¡Y cómo puede haberla! Las aspiraciones y principales delicias de to-

(*) Estamos cansados de hablar el lenguaje del paganismo. Por consiguiente, en lugar de decir dioses, frecuentemente diremos Dios.

do ambicioso son violar los derechos mas sagrados del hombre, sujetar sus semejantes y convertir en esclavos todos los seres que Dios ha creado libres. Por eso procura afianzar su dominio con el terror y el espanto. ¡Cuánta sangre ha hecho derramar inocente en el universo esta desastrosa pasion!

Me he convencido igualmente, que, cuando la ambicion al modo de la de Lúculo, ha llegado á su apogeo, se abusa del raciocinio descaradamente; se abusa de la paciencia de sus mismos adeptos, se abusa de todo, y hasta se abusa de lo mas sagrado, si llegan á creer que de este modo ha de convenir á sus ruinosas miras. En esta atencion, cuando se trata nada menos que de supeditarme á los caprichos de un malvado, que pretende estúpido, loco y ciego, que se los acatemos como leyes; cuando se intenta privarme hasta de la libertad de pensar, bien inmenso, real y positivo que recibí de Dios, cuando para conservar mi subsistencia se intenta obligarme á renunciar á mi dignidad, y sacrificar mis opiniones á las suyas, y adular miserable, como tantos, su estúpida presuncion; tiranía la mas insoportable y que aventaja á todas las demas, por imprimir en la frente de los que se sujetan á ella el sello de la bajeza y degradacion, lejos, muy lejos de arrastrarme vil, bajo semejante yugo, tengo bastante valor para levantar mi débil vòz y para anatematizar al ambicioso, aplastarle si puedo, y hacerle lamentar eternamente acarreándole el desprecio general, justo pago de su conducta, como él intenta hacernos gemir á todos con las cadenas de hierro que nos prepara. Con lo dicho quedais enterados de los relevantes motivos por los cuales he abandonado á Lúculo. Falta avertiros, que creo sincera-

mente, que, en este mismo instante fragua, en sus infernales conciliábulos, algun atentado contra la vida de nuestro apreciable amigo, L. F. Domiciano.

—Lo creemos tambien, respondieron muchos. Mas aqui traigo un acero, dijo Cleonte, que sabrá como otros muchos, responder victoriosamente á semejantes interpelaciones de Lúculo y de toda la caterva de reptiles que le rodean; no hay cuidado por esta parte!

—Me da cuidado, dijo L. F. Domiciano, que mi criado Corinito no haya vuelto aun.

—Dejadle, respondió Menenio. Corinito está enfermo de curiosidad y atarido de frio, y para curar de aquella y ahuyentar á este, se está en la taberna de Cayo Panza con el criado de Lúculo, á quien Corinito hará servir de espia si es necesario; estoy seguro de atinar.

—No lo dudo. Corinito sabrá sacar partido de aquella especie de buho. Al entretanto nosotros cenaremos supuesto que está preparada para todos mis amigos, y Menenio tambien honrará mi mesa ¿Verdad? Vamos amigos mios, á cenar.

Luego sentáronse todos á la mesa en la que se les sirvieron abundancia de viandas y escelentes vinos. En ella reinó la alegría mas completa. Nadie hubiera podido sospechar que fuese la víspera de un ruidoso y peligrosísimo duelo. L. F. Domiciano era de todos el que se estaba mas jovial. En el interin vamos á dar cuenta de otros sucesos que se pasaban al mismo tiempo.

Viendo Corinito la tardanza del feroz Lúculo en contestar al reto de L. F. Domiciano, sospechó, previsor, alguna trama infernal contra su querido amo, y desde luego propúsose averiguarla á todo trance. Pasada una lar-

ga hora ocupada en coordinar su plan, vió que Cayo Junio el criado de Lúculo lo llamaba, á quien respondió de detrás de una esquina de enfrente la casa de Lúculo, en donde habíase retirado para resguardarse del viento Norte que soplaba algo recio y muchos algos incómodo y frio, diciendo: Aquí me estoy, maldito Junio, Julio y Agosto. ¿Qué es lo que quieres? ¿Me traes al fin la respuesta?

—¡Vaya si te la traigo! Ahí va ella, y de seguida puedes ya tomar el pendingue á trote tan largo como gustes.

—¿Por qué no me la has traido una hora há, alma de cántaro? ¿Te habrias propuesto, con esa tu cachaza de marcomano, convertirme en una estátua de hielo?

—¡Bestia que tú eres desde el vientre de tu madre! ¿Acaso dependia de mí? ¿No era el amo quien habia de contestar?

—¡El amo! Sí, el amo. ¿Empero cómo es posible que tu amo que tiene un geniazo como una víbora y mil veces peor que todas las furias del averno con tantas lindezas que el mio le ha estampado en las narices, haya tardado tanto tiempo en contestar á un reto? Esto es un subterfugio tuyo, so tunante. Lo que yo creo es que tú, y solo tú eres la causa de esa tardanza: alguna de esas ninfas, á quienes desde aqui he visto sacar por la ventana un palmito tan chusco ¡huy! que creo á fe de Corinito que seria capaz de trastornar el juicio al mas ardiente partidario del celibato, te habrá entretenido y hecho olvidar, que tu buen amigo Corinito se estaba rabiando en la calle, y tiritando de frio, aguardando al muy belitre Cayo Junio, á quien poco le importaba el que yo tuviera frio, calor, rabieta, corajina, al paso que tí te entretuvieras en recibir arrumacos de.....

—De quién?

—De la Sempronia, hombre; ya está dicho.

—Bah! O bien estás loco ó calamocano. ¿Nó sabes tú que la Sempronia es la querida predilecta de Lúculo mi amo?

—¿Y qué importa eso? De la mismísima manera que Lúculo con escándalo de la sana moral se entretiene, libertino y sin freno, en hacer cabriolas á otras muchas, pudiera Sempronia procurarse consuelos con un jóven tan garboso como tú lo eres.

—Dices la verdad, empero, si Lúculo llegase á sospechar que yo me andara en esos trajines pegándosela atrevido. ¡Dioses sempiternos! ¡Aquí fué Troya!; pues con solo que descargase una de sus manazas sobre mí ¡pobre Cayo Junio! Desde luego haria yo una mueca á este mundo, porque me quedaria aplastado con la misma facilidad que se aplasta á una hormiga; y Sempronia no vale tanto segun me lo dicta el chirumen. A propósito de la prodigiosa fuerza de Lúculo, sabe Corinito que yo temo mucho por la vida de tu buen amo, L. F. Domiciano.

—De cobardes nada se escribe, amigo Junio de mi alma. Ademas, que yo me sé por muy buen conducto, que la Sempronia esa bebe los vientos por tí. Mas, ahora me ha ocurrido una idea feliz, y es que nos vayamos á la taberna del gordinflon y mas tunante aun, Cayo Panza, y allí á cubierto de las travesuras de este maldito norte que nos sacude cruel, hagamos libacion al amigote Baco, y charlaremos cuanto se se nos plazca en bien ó en mal del prójimo segun se nos antoje. ¿Convienes?

—El mal está pero en que no vengo prevenido; quiero decir que no traigo dinero.

—¿Y para qué lo necesitas? Por hoy el gasto de la fiesta corre todo enterito de mi cuenta. Vamos, pues, allá.

Al verlos Menenio entrar en la taberna, pensó que Corinito habíase propuesto sondear al criado de Lúculo, con el objeto de descubrir algun negro complot, y así era en efecto. Despues que los dos hubieron apurado todo el contenido de una buena botella de aquel escelente vino de Pollentia (la Alcudia actual) tan celebrado por Plinio, los ojos de C. Junio se animaron de tal modo que, con propiedad podia decirse que chisporroteaban.

Entónces Corinito entabló nuevamente la interrumpida conversacion, seguro que haria vomitar cuanto Junio encerrase de misterioso en su buche. Te decia en la calle, querido Junio, que la Sempronia bebe los vientos por tí, y debo añadirte tambien, que, si te acomoda yo podré hacer mucho para que te corresponda amòrosa.

—Ella á mí? No lo creas. No olvides que Lúculo es su amante, que la carga de alhajas y de ringorangos que la seducen y la ciegan. Ultra que Lúculo es un pajarraco tan negro como su alma, y mas temible que tres tigres; es un hombre tan malo, añadió C. Junio con creciente exaltacion, que seria ambicion intentar serlo tanto como él. ¿Entiendes?

—Quizá no sea Lúculo tan malo como me lo supones.

—Lo es mas, mucho mas. Nadie lo sabe tanto como yo, porque me soy su rodrigon contínuo, y le conozco á fondo, y tambien sé maldades suyas que no saben muchos.

Corinito se dijo á sí mismo. ¡Si me habré engañado¡ Ya verémos. El se esplica muy lindamente, y yo que le tenia por un alcornoque, no sé que pensar.

—Qué sabes Junio?

—Sé que hasta durmiendo sueña en hacer daño, mucho daño al prójimo: este es su tema. Si como yo hubieras visto desde mi retrete los visajes y estravagancias que frecuentemente hace en sus monólogos, urdiendo ó fraguando males y siempre males contra todo el género humano, porque dice, que él fué echado al mundo para disponerlo todo, para manejarlo todo y para mandar como absoluto señor en Pollentia; y subyugado, arrastrado é impelilido por esta idea, amenaza á cuantos cree que pueden oponerse á sus deseos, y amenazando dá puñetazos en la mesa que, si no aturdiesen de espanto, harian rebentar de risa al mas loco.

—Bien. Yo quiero dar de contado que sea tan malo como lo pintas. Empero, ya sabes que está retado á un duelo á muerte para mañana á las once. Supone, pues, que si muere á manos de mi jóven amo, que entónces la Sempronia podrá sin obstáculos entregarse toda enterita á tí.

—Pero tú, Corinito supones una cosa difícil. Lúculo es demasiado valiente, forzudo y feroz, para que yo pueda concebir tal esperanza.

—Sin embargo, bien recordarás la facilidad con que mi amo lo arrojó al mar.

—Tienes razon. Yo no me acordaba de esta hazaña que llenó de admiracion á todo el mundo. ¡Oh! Sí. L. F. Domiciano es todo un valiente entre los mas valientes; es hombre de gran corazon, y que no permite que nadie le meta la mano en la horcajadura. Ni hasta los mas fieros leones pueden con él. ¡Caramba! Cómo me habia yo olvidado torpe de esos brillantes antecedentes! Creo ahora muy posible, que Lúculo muera á manos de L. F. Domiciano;

y si tal cosa sucede felizmente, estoy seguro, que por ello habrá luminarias en el infierno, y racion doble para las arpias y furias que lo pueblan.

—Segun infiero de tu lenguaje, tú no eres muy amigo de Lúculo.

—¡De Lúculo!

El semblante de C. Junio cubrióse de una espresion lóbrega, pero calló.

—Cuando te callas algo te tapas querido Junio.

—Si me tapo? Y se encogió de hombros.

—Habla, hombre. ¿No sabes que yo soy tu leal amigo?

—Quiero creerlo así. ¿Ignoras Corinito mi historia?

—Hasta el presente me estoy á buenas noches.

—¿Ni tampoco sabes nada de ella?

—Ni una palabra.

—Pues no quieras saberla.

—¡Bah! ¿Por qué eres tan desconfiado? Enterame de tus cuitas, y si algo puedo yo hacer á tu favor aquí me tienes en cuerpo y alma, para servirte.

—Dime antes, quién es la persona que te ha hablado de mí y de Sempronia?

—Optimia Clara, doncella de Flavia Paulina Mammea.

—Bien. Ya no dudo de lo que me has dicho, porque sé que Optimia es amiga secreta de Sempronia. Sin embargo, fuerza es, Corinito que me jures de no revelar un terrible secreto que voy á manifestarte, y despues pídeme lo que quieras.

—Convenidos. Te lo juro por la laguna Estigia.

—Ya no puedo callar. Acércate porque he de hablarte al oido. El verdadero nombre de Sempronia es el de Annia Fundana.

—¡Annia Fundana! ¿La jóven que, dos años hace fue de noche arrebatada de su casa de campo allá, en los confines del cabo de Menorca, de la cual nadie habia podido averiguar su paradero?

—La misma. Su padre que la defendió como un leon fue muerto atravesado por un dardo, y su madre pocos dias despues murió de dolor y pesadumbre.

Yo, que era su prometido y que un solo beso que he recibido en los dias de mi vida de sus lábios virginales, me habia prometido felicidad por un siglo, hice cuanto pude para morirme, pero como vés, no pude conseguirlo. Apelé despues de un año de divagar por aquí y por allá á la aruspicina, y se me contestó «que en Pollentia impensadamente encontraria lo que tan desatinado estaba buscando; empero, seria en un lugar rodeado de peligros que pudieran comprometer facilmente mi existencia.»

Por esta vez el oráculo ha salido demasiado exacto. Seis meses hace, que disipados todos mis medios de subsistencia, tuve que allanarme á servir de criado y sirvo á Lúculo. Considera cual seria mi sorpresa, mi dolor, mi desesperacion y mis rabiosos celos al encontrar en casa de éste, nadando en medio de la opulencia, del fausto, del lujo, del oropel y circuida de una admósfera voluptuosa y corrompida, á mi querida Annia Fundana; á mi prometida que se habia hecho triplemente hermosa desde el aciago dia en que la perdí y que solo contaba quince años escasos; y para la cual he disipado todos mis bienes, buscándola por toda Mallorca, é interrogando por ella enloquecido á los seres inanimados, como lo son las selvas, bosques, montes y valles:

Aire, fuego, mar y tierra,
Hablad si teneis sentido.
¿En dónde teneis mi amada,
¿En dó la habeis escondido?

A esta triste cancion que cantaba, delirante, nunca tuve otra contestacion que el mugido imponente de algun toro salvaje, ó del eco de alguna montaña. Por tanto, no debes estrañar que, cuando la ví como te he dicho, recibiese una impresion tan viva, que mis facciones se volvieron lívidas, temblándome las carnes, como las de un azogado y crispándose mis nervios: y no podia ser de otro modo; pues todo lo habia perdido de un golpe hasta la esperanza que es el bálsamo consolador de los mortales.

Por fortuna, nadie sino Annia se apercibió de mi trastorno. En su vista dirigióme una de aquellas bravías y terribles miradas que todo lo dicen, al mismo tiempo que no admiten réplica. Despues sonriome, poniéndose un dedo en los lábios y una mano en el corazon. La pantomima era muy clara para no comprenderla. Serenéme, pues, y esperé esplicaciones, si puede haberlas para un desdichado que le sean satisfactorias. Para abreviar mi narracion me concretaré á referirte lo principal, y el tiempo ya se cuidará de poner en claro todo lo demas. Cuatro meses pasaron sin que Annia me hablase otras palabras, y aun como al descuido, que las que siguen tan lacónicas como misteriosas: «Prudencia, Cayo Junio, calla y espera; de lo contrario te perderás y me perderias sin provecho.» En el interin todo me hacia ojos, pero nada ví que con razon pudiera darme celos, escepto que Lúculo des-

hacíase en toda clase de atenciones y obsequios á Annia; y si bien es cierto que ésta le sonreia, no lo es menos que su sonrisa era melancólica y poco cordial; pues un tinte misterioso y lúgubre cubria su hermoso semblante. Ya comprendes, Corinito, que en eso consistia todo mi consuelo y toda mi felicidad, colocado como me estaba en una situacion tan falsa como de sí insoportable: aquello era un infierno en mis entrañas. Cansado ya de un estado tal de cosas, pensaba seriamente jugar el todo por el todo, tomando una determinacion violenta y salir de dudas «herrar ó quitar el banco» me decia á mi mismo, y de esta manera imprudente y atolondrado hubiéralo puesto por obra, si en la tarde del mismo dia no lo impidiera Annia que se presentó sola en el jardin en que yo trabajaba. Al verla sola íbame nécio á arrojarme á sus piés, lo que conocido por ella la hizo palidecer de muerte, apresurándose á decirme: ¡Cuidado Cayo Junio, querido mio! Sigue trabajando como si yo no estuviera aquí; quiero decir que me escuches impasible y sin dar muestra de la mas mínima impresion; nos están observando de detrás aquella celosía de enfrente, porque ni un solo instante se me pierde de vista. Atiende: yo te amo con todas mis potencias; tú fuiste mi primer amor y tú serás el último. Empero yo circuida de misterios para mí impenetrables, he podido convencerme de que estoy sola en el mundo y completamente arruinada ademas; porque esta ruina debia entrar indispensable para conseguir los proyectos infames que se han tirado sobre mi persona. Primero la miseria, y la deshonra para postres. No hay otra razon de mi rapto, no hay otro motivo para mi encierro y para mi cautiverio actual. Mi ruina la han con-

seguido completamente, supuesto que tú estás arruinado tambien. ¡Cuán cruel es nuestro destino! Mi libertad por ahora es imposible. ¿Conseguirá Lúculo mi deshonra?

—Nó, miéntras yo respire.

—Tú? ¿Qué puedes tú, amigo Junio, contra Lúculo?

—Qué remedio hay?

—Aquí lo tienes.

Annia sacó de su seno una pequeña daga que me enseñó cautelosamente.

—Con qué Lúculo intenta deshonrarte?

—Lo ha intentado ya muchas veces; primero, con alhagos. Segundo, con súplicas y hasta con lágrimas. Y tercero, á la fuerza, y el muy infame se saliera con la suya, si una ocurrencia feliz no le hubiera desarmado.

—Qué ocurrencia?

—Le supliqué de rodillas que me permitiese cumplir religiosamente con un voto que hice á Diana.

—Qué voto? me preguntó.

—De no casarme hasta haber cumplido diez y siete años.

—Cuándo los cumples?

—El dia 15 de enero próximo.

Lúculo meditó largo rato, y al fin dijo: convengo en que cumplas tu voto, pero te advierto, que, si entónces te resistes, te entregaré á mis criados y á los esclavos, para que hagan de tí lo que les acomode.

Ya sabrás, querido Junio, lo que ocurrio á L. F. Domiciano, á quien aquel desafió de muerte.

Tambien sabrás que Lúculo con estrañeza de toda Pollentia no señalaba dia para el duelo. Pues el no señalar dia fue con un intento depravado, y con este mismo in-

tento el dia 14 de enero le enviará un billete para que se verifique el duelo el dia 16. Ya ves que el plazo es muy corto, y lo que se me espera si no me entrego esclava y ciega á este mónstruo vomitado por el averno. Mas, en el interin que dia y noche estoy meditando librarme de Lúculo y de mi deshonra, te doy las mas espresivas gracias porque sabes remedar á un semi-idiota, con lo cual evitas toda sospecha tanto por parte de Lúculo como por la de todo el mundo: asi ni mas ni menos conviene á mis proyectos: calla y espera. Sé que por mí abandonaste el estudio de la ciencia de Esculapio en la que progresabas y te distinguias mas que tus demas compañeros del colegio, lo que sentí en el alma. Sé que, para averiguar mi paradero muerta ó viva has contraido muchas deudas, y sacrificios como estos no los olvida una mujer que tiene honra como yo y que ama como te amo yo. ¿Entiendes? Ignoro quien fue mi raptor aun que lo sospecho; cuya sospecha poco valdria en una demanda judicial contra un hombre tan poderoso como lo es Lúculo, ademas de bribon el mas diestro para tirar la piedra y esconder la mano, y eludir de este modo toda responsabilidad. Ignoro tambien quien sea el asesino de mi padre; todo lo ignoro para entablar una demanda judicial, porque nada puedo probar, y todo lo sé para mi misma, que es lo mismo que no supiera nada. En la noche de mi rapto fuí llevada en un completo desmayo á una lancha tripulada por doce foragidos que de seguida hicieron rumbo hácia la costa del Sur, y antes de amanecer estábamos saltando á tierra frente á nuestro puerto mayor.

Sin pérdida de tiempo fuí conducida á una casa de campo situada en un collado detras la cordillera de montes que me ocultaban la vista de Pollentia mi cara patria.

¡Cuántas lágrimas derramé allí por mis padres y por tí!

En dicha casa se me trató con todas las atenciones imaginables, nada me faltaba y todo me faltaba á un tiempo. Verdad es que daba largos paseos por el campo solitario de aquella comarca, pero siempre acompañada de un hombre robusto, de poblada barba negra y de aspecto feroz y de dos mujeres que no podrian ser tomadas por tipo de finura. Desde que entré á dicha casa se me llamó Sempronia, por mas que les dije mi verdadero nombre. Fácil es adivinar la causa de este cambio de nombre; se quiso borrar hasta el rastro de mi persona; con lo que conocerás que todas las medidas estaban bien tomadas.

Muchos meses estuve sepultada allí, y nunca ví á Lúculo. Por fin, un dia se me dijo que iba á partir para ser encerrada en un convento de vestales, y así se hizo; al cual llegamos ya muy entrada la noche. Aquí como allí, siempre tuve guardias de vista. Sin embargo, pude contraer relaciones y una consoladora amistad con Optimia Clara, doncella apreciable de Flavia Paulina Mammea que á menudo me visitaba. Tres meses habria que me estaba en el convento, cuando se presentaron en él, Lúcio Dentilio Modesto edil y flamen, y Marco Lúculo Vero. Despues que ellos hubieron hablado largamente con la superiora, Lúculo en tono el mas dulce é insinuante, preguntóme hipócrita, si yo tambien era vestal. Respondíle negativamente, y entónces demostrando el mayor interes, pudo obligarme incauta á hacerle una detallada relacion de mi triste historia. Bien, dijo. Desde ahora me declaro el protector y encargado de mejorar tu suerte. Quedas nombrada la primera doncella de la que será mi esposa.

—¿Quién es vuestra prometida?

—La muy noble Flavia Paulina Mammea.

—Así es, dijo Optimia Clara, y por mi parte te cedo gustosa, mi querida Sempronia, mi plaza de primera doncella.

—No se hable mas de eso, replicó Lúculo. Las dos sereis primeras. Por el presente, Sempronia vendrá esta misma noche á mi casa, porque arregle las cosas segun su delicado gusto; y sin esperar mi consentimiento á su propuesta, fuese con su acompañante. En la misma noche fuí llevada á casa de Lúculo; es decir, un mes antes que tú. ¡Oh! ¡Cuántos y cuán terribles asaltos ha dado el infame á mi honor! Te advierto que Optimia Clara no sabe mi verdadero nombre, ni tampoco debe saberlo aun.

—Falta que me digas, como sabes que estás arruinada.

—¡Ah! ¿Ignoras que un hombre tan perverso y tan ducho en toda clase de picardias como lo es Lúculo nunca deja cabos sueltos ni flancos descubiertos? Bien recordarás que la bastarda Domitila, jóven de mi edad, algunos meses antes de mi rapto se embarcó de noche con un soldado ligur, de quienes nada mas se ha sabido.

—¡Vaya si lo recuerdo! Vosotros la recibisteis por compasion, y se la trababa en tu casa como si fuera hermana tuya.

—Asi es la verdad. Mas, ahora verás como esta compasion de mis padres ha sido la causa de mi ruina. Seis meses despues de mi rapto y muertos mis padres, un pariente mio lejano reclamó mis bienes, acreditando con documentos falsos, todo obra de Lúculo, que yo era bastarda; comprobado todo lo cual con dichos documentos, se

le dió posesorio de mis bienes, que luego vendió á Lúculo. ¿Comprendes el abismo en que tú y yo estamos metidos?

—Sí. Lo comprendo y rabiando impotente.

—No obstante, yo estoy recuperando mis bienes.

—Cómo?

—Saqueando al infame Lúculo, ultra de lo que él me está regalando en alhajas de gran valor; las que te entregaré el dia feliz que podamos escapar de las garras del malvado que me oprime. Empero, aqui viene mi cancerbero, el maldito mayoral, que nunca me pierde de vista. A buen seguro que querrá saber de tu boca de lo que hemos charlado. Díle que tú quieres alistarte de voluntario para ir á hacer la guerra á los suevos y marcomanos, y que yo te aconsejaba que asi lo hicieses. Hasta otra ocasion.

Tan luego como Annia hubo salido del jardin, acercóse á mí el grosero mayoral, diciéndome con un gesto avinagrado: ¡Eh, bergante! ¿Qué estabas charlando con la Sempronia?

—¿Qué estaba charlando?

—Sí. Habla, so tunante, y guárdate de hacer el remolon.

—Bah! Segun veo te interesa mucho saber que es lo que he charlado.

—¡Vaya si me interesa! ¿Piensas que no he visto yo las carocas que la hacias?

—Carocas! Hablas muy gordo, y sin embargo mientes que te las pelas. ¡Carocas! ¿Serán carocas tratar de alistarme de voluntario para ir á hacer la guerra á marcomanos y suevos?

—Tú?

—Yo. ¿Qué te parece?

—Lo que me parece es que has perdido la cholla; pues quien está bien como tú, no debe de pensar en ir á pedir cotufas en el golfo. Ahí irás por lana y volverás trasquilado. Mas, dimé ¿qué te ha aconsejado la Sempronia?

—La Sempronia se ha limitado á decir, que yo pensaba bien en querer ver mundo, y que tal vez haria yo una carrera brillante.

—La Sempronia tal vez no sabe «que no se encuentran mendrugos en cama de galgos.»

Este diálogo concluyó porque Lúculo llamó al mayoral. Esta es, amigo Corinito, mi historia sucintamente referida. Mañana mi querida Annia cumple los 17 años. ¿Qué será de mí y de ella? ¡Qué situacion tan perra la mia!

—Calla y espera, Cayo Junio. Mas, ahora importa que procures averiguar si Lúculo tiene algun proyecto inícuo para eludir el combate con L. F. Domiciano. Anda y rastrea, porque trabajarás para tí y para Annia. A las nueve te aguardo aquí.

Los dos criados salieron de la taberna tomando cada uno una direccion diferente.

Seguiremos á Corinito que mas ligero que una liebre en un momento estuvo en casa de su amo, á quien, como dejamos sentado, encontró cenando rodeado de sus numerosos amigos. Al verle L. F. Domiciano, díjole: ¡Eh! so bribon! ¿Cómo has tardado tanto en volver? ¿Me traes la respuesta?

—Aquí la teneis. Ella es tan chuscota que arderia en un candil. Leed.

Leida en alta voz, Cleonte dijo: La pimienta se le ha subido á las narices, está bien. Mañana arreglaremos cuentas á muchos; es un presentimiento que me hace latir el corazon de júbilo, ya veremos si me equivoco. Otro tanto me sucede á mí, añadió Tulio Ceson. Mas, venga lo que viniere, ya no nos sorprenderá; conocemos el gigante á fondo.

—Cierto es, respondió L. F. Domiciano. Empero tú, Corinito ¿en qué has empleado el tiempo?

—A qué no lo adivinais?

—No queremos cansarnos en ello, habla tú.

—Yo, Vulpio Corinito, que, para acertar siempre pienso mal de los avechuchos negros tales como el gigantazo Lúculo, he empleado el tiempo en destripar á un hombre.

—Mejor dirias una botella, replicó Menenio.

—Uno y otro era indispensable señor togado, y así lo he hecho. De todo lo cual deduzco que mi buen amo, mañana abatirá al gigante Lúculo, y lo tengo yo tan seguro, que apuesto quince y tarja.

—Advierte, Corinito, que *Omnia sunt hominum pendencia filo*. No hay esperanza que no falle, hombre.

—Que pendan de un hilo ó de una cuerda, tal como lo pienso sucederá, mi señor amo. Solo siento que cuando habreis abatido á Lúculo hareis una de las vuestras; quiero decir que no lo rematareis; por eso os hago presente ahora «que al que se hace de miel lo comen los mosquitos.»

—Segun tu lógica aplastante, repuso Menenio, tú no le perdonarias. ¿Verdad?

—Un millon de truenos! Al pensar con las maldades

que acabo de saber de Lúculo, sudo, rabio y tiemblo. Si hay quejosos, la culpa es de quien oprime y atiranta la cuerda. Mis narices pongo que si le rendís y no lo matais, os habeis de arrepentir de ello. Escuchad.

Corinito les refirió cuanto habia sucedido en la taberna con Cayo Junio, al mismo tiempo que, en casa de Sicino Paluto pasaba lo que sigue. Sentado Lúculo en un lugar preferente y rodeado de unos veinte hombres de mala facha, algunos cargados de arambeles, otros haraposos que eran los mas, y entre estos mas de un adulador bajo y vil, escuchaba con la gravedad de un necio los piropos que le dirigian. Lúculo, decia uno, es todo un hombre, y Lúculo correspondió á quien lo dijo con una mirada benévola. Lúculo decia otro es el padre de los ciudadanos pobres, y Lúculo se sonreia. Lúculo es el mas amante de la libertad, y Lúculo volvia á sonreir. Lúculo decia un tercero es el hombre mas capáz de Pollentia, y otra vez la mas satisfactoria sonrisa entreabrió sus lábios. Al fin, Sicino Paluto, el gabilan de uñas muy afiladas, y en cuyo rostro estaban dagueorrotipados de un modo el mas marcado, el cinismo mas audaz, la insolencia mas repugnante y el descaro mas aturdidor y despreciable, dijo: No os canseis amigos y compañeros mios. Lúculo es nuestro todo, sin él ¿qué seríamos nosotros? Tendríamos que estarnos retirados en casa sin que nadie se dignase saludarnos siquiera. ¿No sucedia así antes que Lúculo fuera nuestro protector? Por tanto, aclamemosle por omnipotente y absoluto señor nuestro.

Sí, sí, respondieron todos. ¡Viva el gran Lúculo!

No griteis, dijo Lúculo levantándose, y luego un silencio sepulcral sucedió á una infernal algarabia. Ahora, ami-

gos mios que acabo de recibir una prueba tan elocuente de vuestro afecto á mi persona, quiero daros una gran noticia. Mas, antes dime, amigo Paluto, ¿has preparado la cena para todos.

—Y escelente. ¿Descuido yo nunca el dar cumplimiento á vuestras órdenes?

—Perfectamente. Sabed, pues, que mañana á las once he de batirme con L. F. Domiciano.

—Muy bien. Empero no os batireis solo, Lúculo. Nosotros queremos derramar la sangre por vos. Allí nos arrojaremos como lobos hambrientos sobre L. F. Domiciano y los suyos, y sin piedad lo pasaremos todo á sangre y fuego, y entónces sereis dueño absoluto de Pollentia, porque, voto á Pluton, no quedará con vida ni uno solo de vuestros contrarios; y luego .... sus bienes..... ya me entendeis.

—Deliras, Paluto. La justicia está alerta motivada del ruidoso atentado cometido á la bajada del monte del faro. Tú no sabes que con el fin de sobreseer la causa, he tenido que gastar dos talentos de plata, y aun asi de nada me hubiera servido, si por fortuna no fuese nuestra cómplice cierta mujer vengativa. ¡Cuánto debemos á esta feliz casualidad! Ademas, que allí no faltarán buenos soldados para reprimir todo desórden, ultra que L. F. Domiciano tiene amigos valientes que os darian una terrible felpa. Si, os harian pedazos, no me hago ilusiones. Marco Cleonte Valerio basta para mantener en jaque toda la furia y ardimiento de cuatro de vosotros; y no digo nada de Túlio Ceson, de Vibio Manliano, de Posthumio, Marco Emilio Faustino y cincuenta mas, entre ellos el valiente criado de Domiciano, Vulpio Corinito. Y luego, todo redun-

daria en mengua de mi acreditado valor. Nó, mil veces nó. Nada de asonadas: basto yo solo para acabar con L. Flavio Domiciano; y eso con mucha prez y mayor gloria mia. Para vosotros ya tengo una importantísima comision que os manifestaré al fin.

—Ya lo creo que bastais solo para despachar de prisa hacia la laguna Estigia, á un ente como L. F. Domiciano, y tambien bastais para tres como él.

—Sin embargo, fuerza es convenir que es valiente, bravo y astuto por añadidura. No ignorais por donde me agarró, mal intencionado, allá en el puerto.

—En efecto: el lance fue pesado en demasía para broma. Yo le hubiera cortado la mano. ¡A un hombre como vos, jugarle semejante pieza! Ni al mismo dios Momo ocurriera una treta tan estravagante como burlesca. Grima y coraje me dá al pensarlo. ¡Qué belitre se es ese L. F. Domiciano! Empero, si yo estuviera en vuestro lugar, mañana en recompensa lo escabecharia y por escarmiento de los otros le arrancaria esas partes blandas y tan sensibles y..

—Ya te entiendo, no digas mas. Quizá sean estas mis intenciones. En el interin sabe, que esta noche he de pasarla con la Sempronia.

—Qué estais diciendo?

—Que todavía no lo hé hecho, por causa de un voto que ella hizo á Diana.

—¿Vos tan complaciente?

—Qué malo eres Paluto! Lo que se difiere no se pierde, hombre.

—Verdad. Empero, la ocasion solo tiene un cabello, y menester es tirar de él á tiempo. Esta noche no es buena para eso.

—Y la razon?

—Porque vos necesitais todas vuestras fuerzas para mañana, y por ello no habeis de pasar mala noche: habeis de dormir á mas y mejor y no fatigaros.

—Tonterias tuyas, Paluto.

—Arregladlo como querais. Tiempo há que me sé, que jamas seguis el consejo de quien bien os quiere.

—Ah! Quizá digas la verdad. Mas, si por un azar de la suerte yo muriera en el duelo, ella se burlaria de mi necedad.

—¡Rayos y truenos! ¡Buena es esa! Creo, Lúculo que soñais ó habeis perdido la chaveta. ¡Vos con mas fuerzas que el mismo Hércules, y mas fiero que ningun tigre de la Mauritania, pensar morir en el duelo! ¡Qué habeis de morir hombre! ¡Pues no faltaba mas sino que os dejaseis matar como un niño! ¿Quién es vuestro adversario para abrigar un temor tan pueril y tan poco digno de vos? Dejaos de necedades; sed lo que habeis sido siempre, y mañana á la noche celebrareis vuestra victoria en los brazos de una ninfa tan bella como la misma Venus.

—No dejan de hacerme fuerza tus sanas razones. Lo pensaré. Ahora acercaos á mí porque tengo de deciros al oido lo que debeis hacer dado un caso. Asi se efectuó. Nadie pudo saber en que consistia tal encargo. Unicamente se oyó nombrar la Peña roja.

Todo este diálogo, fue escuchado entre bascas mortales por Cayo Junio agachado detras de una puerta. Ya se comprende que de lo último solo se oyó lo de la Peña roja, y tambien la órden que dió Lúculo para que se le dijese que se fuese á cenar á su casa, y volviese á las once para acompañarle. Por esta razon, al salir Paluto para

trasmitirle la órden de Lúculo, lo encontró dormido; esto es fingiéndolo de lo mas lindo. De seguida fuese volando á la taberna de C. Panza, en donde ya le esperaba Corinito. ¿Qué hay amigo Junio

—Misterios como siempre. Y luego le contó cuanto habia visto y oido en casa de Sicino Paluto.

—Bien. Vete al instante á casa de Lúculo, y entera á todo trance á Annia.

—¿Cómo hacerlo?

—Discurre. Y diciendo esto fuese rápido como una flecha á dar cuenta de todo á L. Flavio Domiciano y á sus amigos.

—No me engañé, dijo Menenio. Aqui hay un proyecto infernal. ¿Quién lo adivina para desbaratarlo?

—Yo, respondió Corinito. Dejad á mi cargo lo de la Peña roja, y vosotros estad prevenidos á todo evento. Respondo con mi cabeza de que no me equivoco.

—Pero dinos al menos que es lo que piensas?

—Pienso lo que podeis pensar vosotros; nada mas diré.

CAPÍTULO III.

UN DUELO ENTRE DOS TITANES

Y OTRAS COSAS.

La noche del 14 al 15 de enero que fué la que precedió al dia del duelo de L. F. Domiciano con M. Lúculo Vero, estuvo muy serena. Por esta razon, al amanecer, los campos, tejados y cúpula de los edificios, presentáronse engalanados con un blanquísimo lienzo de escarcha adiamantada por lo brillante. El frio, pues, era intenso, tanto como puede serlo en Mallorca. No obstante; apenas los altos picachos de los montes de la parte occidental de Pollentia fueron coloreados con el tinte purpúreo de los primeros rayos del sol de aquel pulcro y despejado dia, vióse á una jóven hermosa como el recuerdo de un primer amor, atravesar con paso apresurado, la larga y ancha plaza de la Concordia, dirigiéndose, acompañada de una doncella y de un criado, á la inmediata calle de Apolo. Como siempre, aquella jóven de mágica presencia, arrancó, á cuantos la vie-

ron, esclamaciones de justa admiracion. ¡Oh! cuántos encantos indefinibles te adornan! decian en coro los jóvenes que encontraba. ¡Bendita mil veces sea la madre que por tí pasó dolores! decia otro. ¡Cuánta habilidad tendrá el artífice que te forjó! repuso un tercero. Sin duda ha madrugado tanto por el mismo motivo que lo hemos hecho nosotros. ¿Será la querida de alguno de los contendientes? Empero, ella recibió con tanta indiferencia aquellos obsequios, como impasible se mostraba al frio de aquella hora. Llegada á la espresada calle, desapareció entrando en el palacio del anciano L. Flavio Paulino en donde la siguieron sus acompañantes. Mas, sin que ella ni estos lo notase, quedóse en observacion desde la esquina cercana, un hombre de mala catadura. El tal hombre, verdadêro avechucho de mal agüero, era Sicino Paluto. La jóven, si no lo has adivinado ya, caro lector, era Placidia Licinia. Al verla Paulina corrió á abrazarla. El cielo te ha enviado sin duda á esta hora. Hoy, querida de mi vida, es para mí un dia terrible de angustiosa espera, y diciendo esto volvió á abrazar á Placidia. ¡Qué grupo tan interesante y tierno era aquel! Abrazadas, siendo ambas preciosas perlas de la creacion, parecíanse á los dos ángeles de Dios que representan la paz y la fraternidad entre los hombres. ¿A qué debo la felicidad de verte tan de mañana, Placidia?

—He previsto la zozobra en que estarias, y he venido para alentarte, haciéndote presente que L. F. Domiciano es muy valiente, ya lo viste en el puerto y en el anfiteatro de fieras. Ademas, que, cuando Dios concede un bien, es de esperar que tras él vengan otros. Tú me has dicho cien veces que tu enlace con Lúculo hubiera si-

do la infelicidad de toda tu vida. Pues bien: L. F. Domiciano salió vencedor en el puerto, salió victorioso é ileso de las garras del leon, y tambien Dios le salvó de los asesinos apostados á la bajada del monte del faro; de la misma manera lo verás hoy victorioso de Lúculo, no lo dudes. No olvides que Lúculo es todo materia, todo lodo. ¡Desdichado de él, dice mi padre, por que su espíritu está muerto y lo estará para siempre! Dios no puede estar de su parte. También dice tu ilustre padre y con él toda la parte mas sana y pensadora de Pollentia al tratarse de Lúculo y de sus adeptos. A aquel y á estos solo débese decirseles: «fuera vicio, codicia, servilísmo, traicion, lepra del pueblo, hez y oprobio de la raza humana.» ¡Cuánta diferencia de lenguaje al tratarse de L. F. Domiciano! ¿Y sabes porqué? Porque este jóven es el reverso de la medalla. Todo en él es grande, hermoso y atractivo: fuerza, valor y coraje; nada le falta, nada le espanta: desafía y arrostra los mayores peligros con una sangre fria que no tiene segundo. Sin embargo, bien sé por esperiencia propia, que los afectos del corazon, son nuestros tiranos, y que quien espera desespera. Si tan brillantes antecedentes, mi querida Paulina, no bastan para tranquilizarte, recuerda al menos que tu padre, á pesar de tanto como aprecia á L. F. Domiciano, nunca permitirá tu enlace con éste hasta que se haya batido con Lúculo. A propósito de L. F. Domiciano, á las once de ayer noche, me suplicó que tú pasases conmigo á presenciar el duelo, igualmente que te advirtiese que esta mañana temprano el mismo vendria á suplicártelo.

—Eso no puede ser. No quiero otro sofoco como el que sufrí en el anfiteatro de fieras. Tampoco quieró que

tu vayas, te necesito á mi lado: tengo miedo, tengo frio, impaciencia; no se que tengo: un presentimiento en fin que me quita el reposo, me oprime y me abruma. Nó, nó. Ni iré ni tu irás.

Apenas Paulina hubo pronunciado estas palabras, se le presentó L. F. Domiciano mas alegre y mas risueño que nunca. ¿Qué has dicho, Paulina, alma de mi vida?

—Que no quiero ir á presenciar tu duelo. Tal vez....

—Temes verme morir? Todo puede ser. ¿Para qué ocultartelo? Lúculo es un terrible adalid, pero tambien bajo este concepto hay mayor gloria en su vencimiento. Mas, si la suerte me reserva el morir, al menos los dioses me concederán la muerte de los valientes, y verte antes de espirar.

—Paulina con los ojos amasados en lágrimas replicó: no iré, Flavio.

—No vendrás? Harás muy mal. Mi amor te lo pide.

—Tu amor! y se detuvo temblando, y encendida como una rosa á la que besa tras el frio de una larga noche el ardiente rayo del sol.

—Habla, Paulina. Imprime la esperanza en mi corazon, y descansa que ella me servirá como la egida de Minerva para cubrir mi cuerpo; alienta mi espíritu.

—Si eso te es necesario, sabe, Flavio, que yo te amo mas que á mi padre, mas que á mi vida y tanto como á los dioses. Vete, lucha y vence. Empero, si el cruel destino permite que mueras en el duelo, yo te juro por mi amor que no seré de otro hombre; pronto pasaré á reunirme contigo en los campos Eliseos: toda tuya aquí mientras vivamos, y allí por toda una eternidad. Aprieta mi mano y sal de esta tu casa con la seguridad dé que na-

da hay mas cierto que lo que acabo de decirte. Estoy serena ya, nada temo, porque confio en tu gran valor, en la hermosa y justa causa por la que vas á combatir y en Dios que te protegerá contra el tirano de nuestra patria. Si, mi corazon que solo late por tí me lo dicta en este momento supremo.

Diciendo esto, Paulina alargó la mano á Flavio, y éste imprimió en ella un ardiente beso.

En el mismo acto, abrióse una puerta de enfrente y apareció la magestuosa figura del anciano L. F. Paulino padre de Paulina, quien en tono dulce y jovial dijo: Perfectamente, hija mia. Has hecho lo que debias infundiendo esperanza en el corazon del muy digno L. F. Domiciano. Ahora me toca á mí. Toma Flavio esta mi espada, cuya empuñadura es de finísimo oro, para que hoy te sirvas de ella en tu duelo. No ignoras los muchos laureles que ella ha proporcionado á Roma en la guerra que hice á los suevos y marcomanos. Hoy, pues, tambien á tí espero que te conquistará un lauro inmortal, abatiendo á Lúculo, el coloso de la tiranía de nuestra patria y la causa de todos los males que la abruman. Otro favor te dispenso porque lo mereces. Paulina hija mia, abraza á Flavio para que se vaya satisfecho á prepararse para la lid.

Paulina, casi temblando, y cubierto su incomparable rostro con el subido color de púrpura del pudor virginal, obedeció á su padre, y con toda la efusion de su alma pura abrazó á Flavio. ¿Quién sabe la energía y valor sobrenatural que aquel casto abrazo infundió á L. F. Domiciano? Lo cierto es, que, desde tan dichoso momento su corazon palpitaba con una emocion tan estraña como nueva para él, tan pura como su amor y afecto, inmensa co-

mo su valor que le hizo considerarse invencible. Despues de haber dado las mas espresivas gracias al padre de Paulina por la espada, fuese á su casa para disponerse á marchar al sitio señalado para el duelo luego que llegase la hora.

Al mismo tiempo Lúculo rodeado de sus adeptos daba repetidas órdenes y paseábase impaciente por dentro su espacioso aposento. ¿Ha venido Sicino Paluto? preguntó.

Contestaronle que nó. A tal respuesta su fisonomía adquirió una espresion siniestra que le presentó á todos los presentes como un ser feroz inspirado por el espíritu infernal de la venganza. ¡Cuánto tarda el maldito; y la hora del combate está muy cerca! ¿Tendré que entrar en él sin estar seguro de que mis proyectos se efectuen?

—No, dijo con voz carrasposa un hombre que acababa de entrar. Vuestros proyectos serán cumplidos en todas sus partes.

—Ah! ¿Eres tú Paluto? ¿Por qué me has hecho rabiar con tu tardanza, saco de trampas?

—¿Y qué me importa á mí vuestra rábia y vuestro atolondramiento de niño mal criado?

—¿Qué estás charlando hombre ruin y perverso?

—¡Ruin y perverso! Me gusta la salida: ella es digna del gran Lúculo. ¿Pensabais acaso que solo vos fueseis en Pollentia el ruin y el perverso? Ya veis, pues, como os engañabais; teneis un compañero.

—¡Maldito de cocer! siempre te eres el mismo.

—Y por qué no he de serlo? ¿Y qué motivo os obliga á enseñarme ahora los colmillos? Me disteis una comision árdua y difícil; y para desempeñarla en provecho vues-

tro, ultra que haber tenido que sudar la gota gorda, á pesar del frio, y de hacer de las tripas corazon, tambien ha sido preciso soltar la mosca; quiero decir gastar mi dinero para darla feliz cima. ¿Lo entendeis? Alguna víbora os ha picado hoy, señor Lúculo, y no sabiendo de quien quejaros, la pegais con el primero que se os presente. ¡Qué humorada!

—Tu majaderia raya en insolencía. ¡Cuán desvergonzado eres Paluto!

—Dad una vuelta á la redonda compadre camorra, miraos los piés, y entónces.....

—Y entónces qué?

—Y entónces vereis que siempre habeis sido peor que nadie, y ahora mismo sois mas vil y mas infame que ninguno de nosotros; porque al fin y al cabo, ¿por quién trabajamos? ¿No nos habeis convertido de hombres que nos eramos en meros autómatas ó monigotes con una patata por cabeza, para que solo obremos y nos movamos á impulso de vuestra voluntad? ¿Y si con el fin de hacer nuestro agosto, nos hemos allanado á obedecer ciegos á vuestros caprichos, pensais por eso que no nos debemos apreciar en lo que valemos? ¿O creeis allá en vuestros adentros que nuestra cholla sea de cal y canto? ¿Nos considerais como perros para azuzarnos cuando se os antoje y meter leña y chismes? Entrad en cuentas con vos mismo y ved lo poco que podeis sin nosotros. ¿Por qué, pues, nos maltratais con tanta ligereza? Por un friolera que no vale la pena de mentarse, al momento os poneis mas colérico que un gallo enamorado. Insultar sin distincion y tan facilmente como vos lo haceis no es propio de hombres prudentes. ¿Cuáles son nuestras pretensiones? Vos las sabeis. Llenar

nuestra panza con poco trabajo, y ayudaros en todo.

—Mejor dirias, insolente Paluto, llenar tu bolsa estafando al prójimo.

—Siendo yo un acerrimo partidario vuestro, en algo debo imitaros, mayormente teniendo como tenemos tanta analogía de sentimientos. La diferencia que hay es que nosotros os servimos, porque nos gusta hacer bajo vuestra sombra, la guerra á los que son mas que nosotros y saben mucho mas que nosotros. Eso nos engrie, nos alhaga y nos divierte; nos envalentona, haciéndonos jactanciosos, pendencieros, cínicos, trampistas, pérfidos, desvergonzados y..... traidores. ¿Porqué callarlo? ¿No somos todos aquí hombres de esa calaña? Al paso que así os convenga, ¿no es esa vuestra moraleja, señor Lúculo? Apuesto cuatro sextercios á que no os atrevereis á negarme una verdad tan gorda. ¿No somos pérfidos y hasta traidores para serviros? En verdad nos cuadra mover turbulencias, asonadas, disturbios y meterlo todo á barato, porque con estos siempre se pesca algo. Empero, ¿lo haríamos sin vuestra aprobacion? De ningun modo. De aqui no pasa nuestra ambicion. ¿Se contenta con tan poca cosa la vuestra? ¿Cuál es el motivo que os impulsó á crear un órden tal de cosazas? Hablad, señor Lúculo. Hoy estamos en dia de cuentas.

—Dilo tú si te atreves, so tunante.

—¡Vaya si lo diré! Vos declarasteis la guerra á todo el mundo, porque todo á la vez quereis ser senador, tribuno, pretor, decemviro, edil, flamen, decurion y.... rey absoluto como Tarquino; y no digo mas porque basta, solo que, si no hemos de estar tan amigos como antes, buenas noches y hasta la vista; y descansad, señor Lúculo.

que ha de llover y mucho antes que me volvais á ver.

Al pronunciar Paluto estas palabras levantóse para marcharse. Mas, Lúculo orgulloso entre todos los hombres honrados y pensadores, arrastróse vil y miserable á las plantas de un reptil tan despreciable cual lo era Siciano Paluto, diciéndole con una sonrisa tan dulce como le permitió fingir su exasperacion interior: No seas tan vivo de genio, amigo Paluto; cuanto te he dicho ha sido broma, lo he dicho por reir.

—Por reir! Si ha sido asi, nada tengo que replicar; tan amigo vuestro ó mucho mas que antes. De todos modos, la esperiencia nos enseña:

Que cuando la rueda ande
Es mejor risa pequeña
Que la lágrima mas grande.

Sentémonos y riamos y divirtámonos cuanto podamos, miéntras llega la hora en que nuestro gefe Lúculo rompa la crisma á ese necio, L. F. Domiciano. ¡Pobrecito! ¡Buena se le espera! Sin duda se estaba loco de atar al retar á un duelo á nuestro valiente campeon. No tengais lástima de él, Lúculo; matadlo sin compasion.

Lúculo se sonrió, y respondió muy jovialmente: No os dé cuidado lo de Flavio. Ahora solo son las nueve, vamos todos á almorzar, y así lo hicieron.

He aquí lo que son ni mas ni menos estos seres dañosos dominados por una ambicion detestable. Jamas sufren la mas insignificante observacion que para su bien les haga un hombre de probidad y de luces, y se allanan, inmundos, á disimular, degradados, cualquiera insulto de

los miserables de que se rodean, con tal que sean instrumentos ciegos de sus planes inícuos.

En el interin reinaba en la ciudad una animacion indescriptible; todo el mundo esperaba ansioso la hora del duelo, parecia que iba á tener lugar uno de esos grandes acontecimientos que forman época. El combate célebre entre horacios y curiaceos, en el cual se jugó la suerte de dos grandes pueblos, no pudo escitar el interes y curiosidad en mayor grado que el que ostentaban los rostros de los moradores de nuestra antigua capital. Todos en dicho dia habian abandonado el lecho á los primeros resplandores del alba. ¡Cuánta impaciencia! Cada hora les parecia una semana. Por todo lo cual no hay que estrañar, que Placidia al salir el sol encontrase tanta gente por las calles. En ellas se decia en coro: Hoy puede ser un dia grande, porque si L. F. Domiciano vence á Lúculo como lo esperamos, esta ciudad recuperará la paz, la concordia y la fraternidad de otro tiempo; habremos acabado de una vez con esa contínua zozobra y esa insoportable agitacion que sufrimos por causa de un mal hombre: no viviremos ya como salvajes echando roncas á cada hora. ¡Maldita ambicion que tan sin piedad destruyes el bienestar de tantas familias beneméritas y virtuosas! ¡Confúndate el averno! Esta cantinela repetíase por todas partes.

A la misma hora se almorzaba tambien en casa de L. F. Domiciano, quien se estaba algo inquieto, porque su criado Corinito no parecia, ni nadie sabia noticias de él, siendo así que habia mas de hora y media que faltaba. Al fin del almuerzo presentóse Corinito, y al verle su amo díjole: ¿De dónde vienes, gandul?

—De gandulear, querido señor y amo.

—¡Buena respuesta por cierto!

—¡Vaya si es buena! ¿Os las doy yo nunca malas?

—Haz lo que te mando y no te metas en dibujos. Di, ¿de donde vienes?

—Voy allá. Vengo de muchas partes ¿He de empezar por la primera?

—Empieza por la que quieras, al paso que concluyas pronto. Son las nueve y media ya, belitre.

—Yo no me llamo belitre, señor amo. Soy Vulpio Corinito hijo de una cabra como me decis, y gracias, un millon de gracias por el obsequio.

—Te lo digo por tu suma ligereza y por la habilidad que tienes por salvar precipicios y trepar por peñas inaccesibles á las mismas cabras, nada de ofensas, Corinito.

—Ya me lo sabia yo, amo mio; tampoco lo digo por tanto.

—Vamos al avio, hombre.

—Vamos al avio. Escuchad. Hoy 15 de enero del año de Roma tantos, porque ahora no me acuerdo á punto fijo cuantos son, sin embargo de acercarse á la friolera de mas de nueve siglos que fue fundada por Romulo y Remo hermanos y gemelos por mas señas, y amamantados por una loba que es otro distintivo sin segundo, me he levantado del lecho al punto de amanecer y seguramente todos sabeis cuan divertido ha sido el frio de esta madrugada, porque todos habeis hecho lo mismo que yo. Sin embargo he apechugado con la escarcha, y sin hacer el menor caso de ella he tomado el pendingue hacia la casa del tramposo Sicino Paluto. Desde ella he pasado á casa de Lúculo.

—De Lúculo? dijo Menenio.

—Si, señor togado. ¿Habeis olvidado ya que alli tengo un amigo?

—Tienes razon. ¿Y de la Sempronia que ha sido?

—La niña ha sabido salir del atolladero. A la hora de las once el Sr. Lúculo la ha encontrado vomitando los bofes entre angustias y gemidos, que han obligado al gigante á volver grupas mas que de paso. Nada he podido averiguar en casa de este ni de aquel sobre proyectos de la Peña roja. En su vista he ido allá y ya me teneis aqui. Ahora ¿qué hay que hacer, amo mio?

—¿Qué hay que hacer? Nos has dejado á todos con un palmo de narices con tu cuento que no es cuento ni cosa que se le parezca.

Tambien tú, picaronazo, á tu vez, cuando te callas algo te tapas ¿Te has propuesto hacernos devanar los sesos y torturarnos en congeturas? Habla Corinito. ¿Qué has visto en la Peña roja?

—He visto una naturaleza vírgen con toda su pompa bravia. He visto rocas y precipicios, matas y pinos y guijarros á millares que me estropeaban los piés.

—¿Y qué mas?

—Ah! ya no me acordaba. He visto un gavilan de largas uñas que se llamaba..... Galerio Planco.

—¿El mayor ladron de Pollentia?

—El mismo en cuerpo y alma.

—¿Y que hacia alli?

—Alli nada hacia, pero queria hacer. Tenia órdenes reservadas de su compinche Paluto, y esperaba de éste ¿qué me se yo?

—¿Y actualmente que ya no espera?

—Cá! Creo que no.

—¿Qué has hecho Corinito?

—He hecho lo que el queria hacer de mí.

—Y que queria hacer de ti?

—Lo que yo he hecho de él y nada mas.

—Pero acaba de una vez ¿qué has hecho de él?

—Queria el maldito enseñorearse á toda costa del boqueron que sirve de entrada única á la Peña roja, y yo pretendia lo mismo. Por este motivo nos hemos trabado de palabras que en un instante han parado á ser insultos groseros; y de insultos ha resultado lo que no podia menos de resultar. Estabamos solos, y el muy canalla se ha abalanzado á mí puñal en mano; y como yo no me sentia en disposicion de admitir semejantes obsequios, para evitarle el trabajo de repetirmelos en lo sucesivo, al descargarme el golpe que yo aparentaba recibir temblando, he dado un salto desviándome del alcance del puñal, y su puñalada ha quedado inútil para siempre; pues no soy tan necio que haya aguardado darle tiempo para tirarme segunda estocada. En esta atencion, me he abrazado con él, lo he levantado en el aire como vos hicisteis en el puerto con Lúculo, y zas! lo he arrojado á los abismos de la parte del norte, y alli se estará hasta que los cuervos le saquen á dar un paseo por los aires. ¡Pobrecito! ¡Si hubierais visto la prisa que se daba en bajar al abismo! Era cosa de hacer rebentar de risa. Empero, tengo yo barruntos, al menos asi me lo dicta el magin, que no ha de ser él solo quien haga tan precipitado viage hoy.

—¿Qué antecedentes tienes para tu pronóstico?

—Los mismos que vosotros. Sin embargo, ¿á qué iba Galerio Planco á guardar la entrada de la Peña roja? Aqui hay un misterio, un proyecto tenebroso. Yo no atino

en que puede consistir semejante plan, pero no por eso es menos cierto que él existe. Otra vez os repito que os esteis prevenidos á todo evento, porque en cuanto á lo de la Peña roja yo respondo.

—¿Respondes? ¿Y quien guarda su entrada ahora?

—Yo.

—No te entendemos.

—Basta que yo me entienda. Mas, son ya las diez, amo mio, y ya me comprendeis.

—Dices bien, vamos á armarme, y vosotros Cleonte, Tulio Ceson y demas que habeis de acompañarme idos á armaros, y aqui os espero.

Asi lo hicieron.

En esta hora de las diez, un grato calor habia reemplazado al frio, porque un sol semejante al del mes de junio habia derretido en poco tiempo toda la escarcha. Mas de veinte mil personas de todas edades y sexos estaban ya aguardando en la llanura del puerto mayor, convertida en un campo de animacion y vida. Unos gritaban, otros reian, otros brincaban y todos á la vez instigados por un instinto feroz que solo puede morir por una pletora de civilizacion, estábanse poseidos de un entusiasmo frenético y loco, solo para presenciar la destruccion ó la muerte de uno ó de dos de sus semejantes. Aquel bosque humano, al modo de una marea siempre creciente, supuesto que por momentos aumentaba el número de espectadores, movia un rumor indescriptible y que solo podemos comparar á los suspiros de una playa lejana combatida por un numeroso ejército de embravecidas olas, y que llegan confusos á nuestros oidos. Todas las conversaciones versaban sobre el combate que habia de tener lugar

dentro un término tan corto. Cada cual hablaba segun sus inclinaciones, el espíritu dominante, segun sus simpatías, la analogía de sentimientos y segun los antecedentes del valor y esfuerzo de los dos adalides que iban á combatir. Muchos estaban á favor de Lúculo, á quien deseaban una pronta victoria. Empero, la mayoría y particularmente la parte mas sana estaban á favor de L. F. Domiciano

No debe de estrañarse, que un hombre tan malvado como lo era Lúculo, tuviera partidarios numerosos. Atiéndase que Lúculo era un hombre con no poca habilidad para embaucar á los tontos y á los sugetos sencillos, ademas de ser suficientemente rico para comprar partidarios, y bastante poderoso para intentar hacer añicos aquello que se le resistia. Asi es que, al entrar á caballo en el palenque, resonó un grito de «viva Lúculo» que se dejó sentir á la distancia de media legua en contorno. Como dejamos dicho, Lúculo era un arrogante mozo, pero en aquel dia, armado de relūcientes armas y á caballo, su figura era simpática é imponente.

En su derecha llevaba una lanza muy formidable y que manejaba como si fuera un delgado junco. En su brazo izquierdo un dorado escudo que no debió ser mas grande el del célebre Aaix Telamonio. ¡Oh! decian muchos al contemplarle tan terrible, ¡En buen avispero te has metido Flavio Domiciano! ¡Sin duda tenias huero el juicio al retar á un duelo á tan terrible adalid! Empero, tales esclamaciones fueron instantaneamente acalladas, por otro viva dado á L. F. Domiciano que resonó mucho mas aturdidor que el que habia resonado á favor de Lúculo, pues aquel acababa de entrar en el palenque por la parte opuesta, ostentando sobre su brioso y negro corcel tanto do-

naire y gallardia tanta, que los mismos que habian victoreado á Lúculo, no pudieron menos de admirarle ¡Qué jóven tan simpático! ¡Ah! Este es el vencedor del leon. ¡Qué mirada tan valiente la suya! Ahora que le vemos nos parece que á Lúculo tendrá que sudarle el hopo para vencer á un tal adalid. De este modo discurrian volubles segun las impresiones del momento. L. F. Domiciano empuñaba una lanza que, si no era mas gruesa que la de su adversario, al menos era igual. Llevaba puesta una rica coraza, premio como dijimos en otra parte, que se le confirió en los juegos olimpicos de Roma. El casco era tambien el mismo que llevaba en el anfiteatro de fieras. En su ancho escudo leiánse en letras doradas «Por la libertad y la gloria de mi patria Pollentia.»

Poco despues llegaron al sitio los jueces con su presidente, el pretor y senador Anco Marcio y una escolta de doscientos lanceros y cien ballesteros. Colocados ya en lugar competente, llamaron á los que habian de batirse, y puestos ya á su presencia díjoles: Afuera cascos y responded á mis preguntas. Descubiertos ya; nótose que Lúculo estaba pálido, y todo á la inversa L. F. Domiciano que ninguna alteracion sufria su hermoso rostro varonil. Lúculo era un innoble jayan en aquel instante crítico: sus cabellos indómitos revueltos, eran digno adorno de una fisonomía bella si, pero repugnante por estar impresas en ella, las señales de los vicios, de la debilidad y del recelo. Todo lo contrario era L. F. Domiciano. Al verle tan sereno y en cuya fisonomía se retrataba toda entera la pureza de su conciencia, á la par de un valor indomable y preludio de una victoria decisiva, sus amigos se enorgullecieron contemplándole sonriendo, los neutra-

les apetecieron su amistad noble y desinteresada, y muchos de sus enemigos admiraronle estupefactos deseándole el triunfo.

—Sois vos el noble Marco Lúculo Vero?

—Sí, señor pretor.

—Con qué condiciones aceptais el duelo?

—Solo lo acepto á muerte.

—Sois vos el muy noble L. F. Domiciano?

—Servidor vuestro, señor pretor.

—Qué condiciones poneis al duelo?

—Que el vencido quede á disposicion del vencedor.

—Aceptais, señor Lúculo?

—Acepto.

—Qué motivos teneis para retar á Lúculo?

—Graves. Primero: para libertar á nuestra nobilísima patria de un tirano cual lo es Marco Lúculo Vero. Segundo: para vengar las heridas que recibí defendiendo mi vida de los asesinos que apostó á la bajada del monte del faro.

—Mientes como un villano, replicó Lúculo furibundo.

—Retiraos, dijo el pretor, cada uno á su puesto, y esperad la señal del clarin para empezar el combate.

En el interin que el señor pretor y senador Anco Marcio espera el que le de la gana de mandar el toque del clarin para que los adalides se rompan la crisma, nosotros carísimo lector, ocuparemos este tiempo, enterandote tan sucintamente como podamos, de lo que pasó á varios personajes de esta historia en los dos y medio meses que habian trascurrido.

El respetable anciano, L. F. Paulino fue cruelmente afectado por el comportamiento de Lúculo, á quien ha-

bia destinado, engañado con su hipocresía, por esposo de su hija única, Paulina Mammea. Por esta razon adoptó desde aquel momento una conducta reservada y prudente, habiéndose propuesto estudiar detenidamente el caracter y circunstancias de todo nuevo pretendiente á la mano de su querida hija Paulina antes de dar á esta el beneplácito á sus relaciones amorosas. Además, que temia mucho que Paulina conservase oculto en su corazon un amor gigante á Lúculo, mayormente cuando el mismo habíala impelido á corresponderle. Este temor tenía le desazonado é inquieto. Cada vez que L. F. Domiciano le visitaba, nunca le perdia de vista, espiando disimuladamente todas sus acciones y pesando sus palabras. Empero, pronto se convenció que Flavio amaba ya en sumo grado á su hija; circunstancia que no dejaba de alhagarle en estremo, porque de cada dia iba descubriendo las grandes y recomendables cualidades que le adornaban. Mas de cien veces habia sorprendido miradas furtivas y ardientes que dirigia á Paulina, quien se ruborizaba sí, pero á las cuales correspondia con cierta timidez que su padre no comprendia; pues este atribuíala al oculto amor que aun conservaba á Lúculo.

Otro motivo muy poderoso obligaba al padre de Paulina á mantenerse con tanta reserva y no menor cautela, y el tal motivo era el reto á muerte concertado con Lúculo, hombre tan feroz como esforzado y valiente. Sin embargo, el amor de los dos jóvenes habia hecho ya tantos progresos, que no podia contentarse á hablar solo con señas. En su vista, Flavio dijo á su criado Corinito: Me interesa que procures entablar relaciones estrechas con Optimia Clara, doncella principal de Paulina Mammea,

con la cual siempre véote entretenido, para que me proporcione ocasiones de hablar de noche en el jardin con su ama.

¿Entiendes?

—¡Por Júpiter olimpico! ¡Qué comision tan disparatada me dais, querido amo mio! ¿Ignorais que Optimia es hermosa, incitante y de mirada vibradora?

—¿Disparatada? ¿Por qué disparatada?

—Porque voy á daros un solemne chasco; pues yo trabajaré para mi y no para vos. ¡Qué ocurrencia tan grata á Corinito la vuestra! Decid, ¿y cuándo he de poner en ejercicio esa linda comision?

—Cuanto mas pronto mejor, ahora mismo.

—Bien. Y si trabajo para mí ¿qué me direis?

—Trabaja para tí cuanto quieras; lo que me importa es que me sirvas y pronto.

—Asi será y descansad, trabajaré para ambos.

—Mas, temo á la maldita Optimia, porque es honrada de una manera feroz.

—Tanto mas gloriosa será tu conquista, hombre, ultra que tu te eres tan buen soldado de Marte como de Cupido, y un buen sabuso por añadidura. Anda, intriga, enreda y vuelve con una respuesta á pedir de boca.

—Me hareis engreir con vuestras alabanzas. Me voy y hasta la vista.

Pocas horas despues, tirados y coordinados sus planes de ataque y defensa, salió Corinito á desempeñar su comision. A las nueve de la noche volvió á casa de Flavio mas alegre què una gaita, diciendo: La cosa ha salido mejor de lo que esperaba; á media noche al jardin.

—¿De veras? ¿Como lo has arreglado para hacer capitular la fiereza de Optimia?

—El cuento seria demasiado largo; por lo mismo me concretaré á lo principal. Las dos de la tarde serian, cuando he visto á la bella Optimia entrar sola en el jardin, y yo sin ningun cumplimiento la he seguido allí. Luego hemos empezado la conversacion como se empieza siempre en semejantes casos; es decir con un pretesto cualquiera. El mio ha sido preguntarla, cuantos amantes tenia ya su lindísima ama. Por aqui, me ha respondido, ponemos muy mala cara á todo lo que no sea L. F. Domiciano. Seguidamente le he dicho: ¡qué hermosa é incitante estás Optimia! Eres muy capaz de volver loco á todo un Corinito. Despues le he hecho varias preguntas sobre Paulina, y sobre lo primero que me acudia en el magin, y todo eso con chicoleos y dicharazos que he procurado cargar de tanta sal y pimienta como me ha sido posible, con lo cual ha reido á mas no poder. A las preguntas y propuestas de salir vuestra querida á la ventana del jardin, han seguido las negativas, las negativas para las cuales ya me estaba prevenido y preparado muy de antemano, han sido combatidas por calientes piropos que me la han puesto blanda como una cera, alegre y de un escelente humor todo complaciente. Poco despues y cuando lo he creido en sazon le he estampado en su tersa frente algunos besos que me la han puesto mas encarnada que cresta de gallo, pero en recompensa se ha vuelto arisca. Entónces la he regalado el anillo de oro que me habeis dado, y tan compungido como hipócrita, la he pedido perdones mil, ofreciéndome á ella amante rendido, y jurándola que yo ya no seria de ninguna otra muger; lo que estoy decidido á cumplir

con todo rigor hasta que se me antoje enviarla á paseo, para poner otra y otra y hasta otras en su lugar. Empero, eso, amo mio, no se lo he dicho á ella, os lo digo á vos en confianza.

—Eres un picaro gordo, Corinito.

—Cosas vuestras, señor Flavio. Y si á ella le diese la humorada de cerdear, y yo por ello me enfurruñase y me pusiera triste y de mal humor ¿qué me diriais vos? No seas un necio de baqueta, Corinito, anda, anda á otra parte con la música.

—Tienes razon. Mas, al fin ¿como habeis quedado?

—El resultado ha sido que ha aceptado mi propuesta en todas sus partes; esto es que yo me soy su prometido y no he de tratar con ninguna otra muger, y que desde aquel instante dichoso ella mediaria con vuestra querida Paulina, y con tal fin me ha dejado solo, y al cabo de dos horas ha vuelto con la respuesta que á media noche Paulina os aguarda en la ventana del jardin. ¿No os chupais los dedos de gusto ahora, amo querido? ¿No he desempeñado lindamente mi cometido? ¿Qué mas quereis de Corinito?

—Que te vayas á cenar, dado el caso que los besos no te hayan quitado el apetito.

—Todo al reves, me lo han despertado rabioso, y voy á zamparme tasajo como el puño, comiendo á dos carrillos y en prueba de que os digo la verdad pura, venid conmigo y os desengañareis. Nada hay como los besos para despertar una hambre canina y lobuna.

—Zampalos á tus solas y buen provecho te haga. Mas, advierte, que á las once hemos de estar dispuestos para marchar al jardin.

Efectivamente, á las once y cuarto, amo y criado estuvieron allí, y al cabo de media hora abrióse una ventana y apareció Paulina tan hermosa como la estrella mas brillante del firmamento. Al verse á solas los amantes se extasiaron, y las horas por ellos pasaban con inconcebible rapidez. La conferencia fue viva é interesante para los dos. No, Flavio, dijo resueltamente Paulina. Yo, te amo en tanto ó mayor grado como ninguna muger haya podido amar á un hombre; sin embargo, mientras mi padre no consienta en nuestro enlace, moriré de melancolia y de consuncion sí, pero yo no seré tuya ni de nadie. Lo mejor será que veas de interesar á favor nuestro, al egregio personage, Quinto Cecilio Catulio (5) intimo amigo de mi padre, y si logramos por este medio su beneplácito, ¡ah! ¡cuán feliz seré entónces! A todas horas podré verte, sonreirte, acariciarte, demostrarte la pura llama en que por tí se abrasa mi corazon, y decirte como te lo digo ahora tambien: Flavio, mi querido Flavio, yo te amo como tu me amas, te adoro como me adoras y te idolatro como me idolatras; es decir hasta la tumba. Vete querido de mi alma, cuatro horas han pasado ya, y ese frio relente puede dañarte. A Dios, y cerró la puerta.

Al mismo tiempo Corinito, bajo de otra ventana pasó las cuatro horas en dulce coloquio con la bella Optimia, y si bien es cierto, que no tenia la mas remota intencion de amarla no lo es menos que, despues de tan largo coloquio, cambió mucho de modo de pensar. Por este motivo, cuando estuvieron de regreso á casa de su amo, algo mohino se puso á cantar:

Nadie diga en este mundo
De esta agua no beberé.

—¿Qué estás cantando Corinito?

—La palïnodia, amo mio.

—Y por qué la palinodia?

—Porque en este picaro mundo, nadie puede decir «de esta agua no beberé.»

—No te entiendo

—No me entendeis? Suponed que yo en cuatro horas me he vuelto un necio como vos.

—¿Y porqué soy yo un necio?

—Porque estais enamorado hasta los tuetanos, estais loco, y yo mas que vos, somos dos babas. Esa maldita sirena de Optimia, esta noche mè ha enamorado, me ha perdido y vueltóme un imbécil. Me abraso, me ahogo y me pirro por ella; ya no soy Corinito no, soy menos que un nenè, soy un tarumba ¡Júpiter Santo! ¡Cuanto fuego ha lanzado á mis entrañas la maldita!

—Cálmate, Corinito, vete á dormir y mañana será otro dia.

—Ni mañana ni mil mañanas. Quiero casarme con Optimia tan luego como vos os caseis con Paulina.

—Me alegro de tu resolucion. ¿Qué quieres que yo haga por tí?

—Que me caseis con Optimia, nada mas.

—A la verdad estás loco.

—Y de remate ¿No os lo decia yo?

—Todo se compondrá, vete á dormir.

Dos dias despues Quinto Cecilio Catulio se personó con el padre de Paulina, y despues de cambiados los saludos de costumbre entre tan elevados personages, aquel dió cuenta de su embajada pidiendole la mano de Paulina para L. F. Domiciano.

—Siento, ilustre Catulio el no poder por el presente acceder á vuestra demanda, no digo que no en otra ocasion, y espero que tambien vos sereis de mi modo de pensar. Atended que yo mismo, engañado por la refinada hipocresía de Lúculo, impelia mi hija á amarle como se debe amar á un digno esposo. ¿Quién me asegura que mi pobre hija haya olvidado en un mes el amor de Lúculo? Fuerza es que el tiempo borre de su memoria hasta el nombre de un tal sugeto. He aqui un motivo de mi negativa. En esta atencion, vos podeis encargaros de sondear su corazon; advirtiendoos, que lo que necesita Paulina es un hombre tan bueno y de concieneia tan pura como la suya misma, que esté dotado de suficiente sentido comun para no buscar ensueños, quimeras y tonterias, y solo sí, la felicidad de toda su vida. Con esta ocasion podreis hacer, con vuestro elocuente lenguaje, que ella se ponga en guardia contra los peligros de esas imaginaciones ardientes, inquietas que se lanzan en pos de lo desconocido, y que á fuerza de despreciar la felicidad tranquila y los deberes naturales, nutrense de utópias, de mundos ideales, y por remate acaban en hacerse culpables y desgraciados.

En obsequio de la verdad debo deciros, que L. F. Domiciano es un jóven de altas prendas, es digno, noble por su cuna y mas noble aun por su conducta. Nada puedo decir en su contra: antes todo lo contrario; tengo repetidas pruebas de que es un hombre apreciabilísimo bajo todos los conceptos. No obstante, entre él y Lúculo hay concertado un duelo á muerte, y este es otro motivo de no aceptar vuestra propuesta hasta pasado el duelo. Nada mas tengo que añadir á lo espuesto. Ahora entrareis en

el aposento de mi hija y sondead su corazon.

Introducido que fue en la estancia de Paulina, al verle se puso de un color de rosa subido, y despues de tomado asiento, dijóla con mucha dulzura: Sin duda, hermosa Paulina, sabes la causa de mi presencia en esta tu casa.

—Me la presumo al menos, ilustre Catulio.

—Pues bien, preciso es que te espliques conmigo, de cuya esplicacion sincera creo que depende la felicidad de toda tu vida.

—Esplicaos, Catulio.

—Amas todavia á Lúculo?

—De ningun modo; mas bien le odio, nunca le he amado.

—Tu acento, Paulina, es el de la verdad. Empero, dime francamente ¿por qué no amaste nunca á Lúculo?

—Porque el amor de Lúculo, era un amor de especulacion, y no es cosa de hacerse tiestos por semejantes amores; porque las pasiones de Lúculo son violentas é implacables, y bajo este concepto nada respetan ni nada comprenden: porque su fisonomía imperiosa y altanera me imprimió un sentimiento de repugnancia y repulsion, que en vano intenté vencer: porque instintivamente comprendí el imperio de este amor sostenido por su orgullo feroz: amor mas próximo á la cólera que á la ternura, á oprimir que á acariciar, al odio que á un sentimiento noble. Sin embargo, para complacer á mi padre combatí mi repugnancia procurando mirar á Lúculo á traves de un prisma el mas favorable. Nada absolutamente, nada conseguí. De cada dia y de cada hora mi repugnancia aumentaba, y si los sucesos posteriores no hubieran minado por sus cimientos los proyectos de mi padre, yo en estas horas

seria víctima del amor que profeso á este, porque me estaria bajo el yugo avasallador y tiránico de Lúculo. No estrañeis, pues, ilustre Catulio, los rápidos y jigantescos progresos que ha hecho en mi corazon el amor que ha sabido inspirarme L. F. Domiciano. Lúculo en fin me repugnaba y me repugna mucho mas en la actualidad, porque es un hombre todo materia, todo maldades y todo inmundicia. Nada mas tengo que deciros, sino que, si Flavio muere en el duelo, me quedaré soltera toda mi vida.

—Bien, Paulina ¡Cuán digna hija eres de tu ilustre padre! Cuán sublime y digno de imitacion es tu amor filial! Voime encantado de tu hermosura divina y mas aun de tus virtudes y de tu sana moral. Tú y L. F. Domiciano nacisteis el uno para el otro. Los dioses os unan en santo consorcio en esta vida. A Dios, y cuenta á Quinto Cecilio Catulio como un amigo y admirador tuyo.

La noche que siguió á estos sucesos sobrevino mas negra que boca de lobo, á las diez de ella, Corinito, fuese casualidad ó con el objeto solo de contemplar las paredes que encerraban á su querida Optimia, hallábase sentado frente al jardin de casa de Paulina, y con no poca sorpresa suya y muchos y punzantes celos, vió que un hombre subia con toda cautela la cerca del jardin; circunstancia que le obligó á ponerse en atenta observacion, acariciando el mango de una afilada daga que maquinalmente habia empuñado. Tal vez se dijo sea mi amo, que, sin darme cuenta de su escursion ha vuelto para ver á su amada. Pronto el hombre desapareció saltando dentro el jardin, oyendose á poco un ligero ruido que hizo al abrirla con tiento la puerta de una ventana. ¡Por las furias del infierno! esclamó silenciosamente y furibundo Cori-

nito. La puerta de la ventana es la que corresponde al aposento de la muy ladina y pérfida Optimia. Mis ojos que se han de comer gusanos lo ven, no es que se me mienta ni que se la calumnie. ¡Vaya una infame! Y yo, bestia y bragazota de mí, que tan candidamente me fiaba de sus juramentos, y me la creia mas casta que cien Penelopes, y mas ferozmente honrada que mil y cuatrocientas Lucrecias! Chúpate esta y vuelve por otra. No es mal chasco para tí Corinito y.... cuer.... ya á las primeras de cambio. ¡Quiá! A mí pero no se me la pega sin piedad, sin que yo mueva un cisco infernal. Ya veremos, voto á Pluton, quien de los dos llevará esta noche el gato al agua. Y sin mas comentarios, saltó tan sigilosamente las tapias del jardin, que sin ser oido llegó hasta casi bajo la misma ventana en que estaba hablando Optimia con el desconocido. Corinito lo vió todo, pero poco á poco y al modo de un gato retírose, saltó otra vez á la calle y aguardó á que saliera el desconocido. Este no se hizo esperar, pero cabalmente salió por una parte algo distante del puesto en que aguardábale Corinito, y no bien se estuvo en la calle, cuando fue bruscamente acometido por cuatro hombres que le atacaron con furor. A tal ataque, el desconocido dando un salto atras resguardó sus espaldas con la tapia del jardin, y desde allí defendióse con tanto brio que mantuvo á raya la impetuosidad de los asesinos, haciendo morder la tierra á uno de ellos pasado de parte á parte de una estocada. Entónces, los otros tres sobre manera enfurecidos propusiéronse dejarlo clavado en la pared, y probablemente lo lográran, si Corinito rápido como el mismo, no hubiera volado en su ayuda, diciendo: ánimo, amigo mio, no temais á esos infames, aqui estoy yo para

sentarles las costuras con vos. A tan inesperado ausilio como caido del cielo, el desconocido respiró tomando en el mismo acto la ofensiva ausiliado del valiente Corinito, quien atravesó de una estocada á otro foragido. Los otros dos restantes huyeron despavoridos; empero de poco les sirviera su ligereza, si Corinito no hiciera alto á la voz de su compañero que le dijo: basta de sangre querido Corinito; vamonos pronto de este lugar siniestro. Algun ser oculto es el autor de este atentado. Yo no puedo sospechar quien sea, porque ya sabes, que el mayor placer de Tulio Ceson es hacer todo el bien posible al prójimo. El tiempo ya se cuidará de descubrirlo todo. Acompáñame ahora á casa de Marco Licinio Philomuso para que me cure una herida que he recibido en el brazo izquierdo, que, aunque muy lijera me duele bastante.

Creemos que el dolor de la herida, que no fue mas que un rasguño, era un pretesto para ver á Placidia Licinia, de quien se estaba perdidamente enamorado, como ya lo saben nuestros lectores.

A las doce llegó Corinito á casa de su amo que al verle preguntóle algo mas serio que de costumbre; de donde venia en aquella hora.

—Vengo, amo mio, de cazar aves sin plumas.

—Has hecho al menos buena presa, belitre?

—Hemos cazado dos cuervos, y allí se están tomando el fresco.

—Con qué tú no eres solo?

—Conmigo estaba vuestro buen camarada, Tulio Ceson.

—Tulio Ceson!

—¿Qué significan esos espavientos? ¿Pensais que yo miento?

—Ya se que tú nunca mientes, sino cuando se te antoja. Empero, estraño que Tulio Ceson se fuera contigo á semejante caza.

—Mas estrañareis que yo me lo haya encontrado en dulce coloquio por la ventana con mi querida Optimia, y sin embargo nada hay mas cierto.

—Con Optimia!

—Segun veo esta noche todo os admira y sorprende. Os he dicho que con Optimia. ¿Qué tiene eso de estraño que cause admiracion á un hombre como vos? ¿No es Optimia una de esas ninfas capaces de volver el juicio al mas pintado? ¿No me ha vuelto á mí todo un baba, que de los cinco sentidos me ha robado tres? Y no obstante, ¿no soy Corinito el mismo baladron que tanto bravateaba considerándose invulnerable y con un pellejo impenetrable á las mas afiladas flechas de Cupido? ¿No soy yo quien pensaba juguetear con el fuego sin quemarme y pronto tuve que cantar la palinodia? ¿Tambien no sois vos que siempre decis que la principal nobleza del hombre consiste en el ejercicio de las virtudes y en una honradez á toda prueba?

—Y aun ratifico lo mismo. ¿Empero, qué?

—Abundando en los mismos principios que vos ¿por qué Tulio Ceson despreciando rancias y vetustas preocupaciones no ha de intentar buscar su felicidad enlazándose con una plebeya? ¿La sangre de una plebeya no tiene un color tan hermoso como la de la mas relamida aristócrata.

—¿Quién lo duda? Mas, veo que tu Corinito, en pocas horas te has vuelto un filósofo tan chusco como Séneca ó como Sócrates. ¡Qué peripecia tan feliz la tuya! Ayer

eras todo un calavera, y hoy un filósofo. ¡Bah! Aquí hay misterio.

—Si fuese verdad lo que decis, en tal caso solo probaria una vez mas la exactitud del axioma. «No con quien naces sino con quien paces.» Empero, os lo confieso aqui paladinamente entre los dos. Yo, en lugar de haberme convertido en filósofo, me he vuelto un imbécil ni mas ni menos: estoy enamorado á no poder mas, y con eso todo está dicho. Ademas, que, para aceptar lo serio de la vida, como he oido decir al anciano L. F. Paulino vuestro suegro en ciernes, el hombre tiene necesidad de llegar á cierta edad, y yo cabalmente todavía he de vivir mucho para alcanzar la tal edad.

—Dejemos esta discusion porque se hace tarde, y dime lo que te ha sucedido esta noche en la caceria de aves sin plumas.

Corinito le refirió lo que dejamos sentado, y despues añadió: vais á ver ahora como mi filosofía puede arder en un candil, y como vuestro buen concepto es un sublime disparate. ¡Corinito filósofo! ¡Cuchufleta vuestra para divertiros á mi costa! Muy bien, querido amo: siempre tengo un placer de que yo os divierta de un modo y de otro. Escuchad. Como os he dicho, convencido yo que era Optimia la que habia salido á la ventana para solazarse traidora con otro hombre, la sangre se me subió arrebatadamente á la cabeza, pareciéndome que todas las furias del averno zumbaban al rededor de mis oidos. Las arterias latíanme con fuerza y mi corazon palpitaba violentamente como si quisiese salírseme del pecho. Entónces mi filosofía, que de mil y cien leguas no es socrática, me dictó librarme de una vez del fuego que devoraba mis entrañas, y con este

filosófico propósito salté la tápia, andando á gatas, llevando mi filosófica daga en los dientes, ocultándome tras el tronco de los árboles frutales hasta que llegué á puesto en que no perdia una sola palabra de cuanto decian el hombre y Optimia. Con lo dicho os basta para penetraros del modo como amo yo á esa jóven; es un delirio, una locura y una pasion volcánica. Intentar unicamente sonsacármela, equivaldria á condenarme á sufrir mayores tormentos que los que están condenadas á pasar eternamente las hijas de Tantalo. Sin embargo, no os ha de sorprender que yo por menos de un tris la envie á paseo con toda su hermosura, sus gracias, sus encantos, sus melindres y sus monerías. Tal es mi filosofía actual: ella será tan estrambótica como querais, pero no es otra y..... punto redondo.

—Adelante, Corinito.

—Adelante voy. La primera palabra que llegó á mis oidos de los que consideraba amantes ocultos, calmó como por encanto la efervescencia de mi sangre. Siento mucho Tulio Ceson, decia Optimia, tener que manifestaros, que Placidia Licinia está comprometida y tambien enamorada de vuestro rival M. Emilio Faustino. Verdad es y os lo puedo asegurar que ella os juzga preferible á aquel; circunstancia que, en cierta manera debe de alimentar vuestra esperanza. ¡Quién sabe lo que en sí encierran de favorable á vos tales conceptos! En efecto: cuando una muger hace comparaciones, y estas comparaciones la entretienen y hasta le arrancan una declaracion de esta naturaleza, creedme que no todo está perdido. Ademas, mi ama Paulina frecuentemente la habla bien, muy bien de vos, y ella se envanece, se engrie y sonrie sí, pero siem-

pre contesta, que está comprometida. Yo, no puedo intervenir directamente con Placidia, porque no querria que yo la conceptuase ligera de cascos; vos la conoceis. Os advierto que no volvais á escribirme porque no quiero dar lugar á que me calumnien. Haceos cargo de lo que se diria de mí con bastante fundamento si se me viera ahora conferenciando con vos. Estoy incomodada porque vuestra carta se me ha estraviado y no sé como. Ultra de eso actualmente estoy en relaciones amorosas con un jóven á quien no quiero dar celos, porque es muy de mi gusto: es vivaracho, buen mozo, valiente, travieso, de mucho desparpajo, y aunque con sus puntas y ribetes de calavera, no desconfio de fijarle y hacer que se corrija de esto defecto, y formarle todo un buen ciudadano como lo sois vos y como lo es su amo.

—Tengo barruntos del buen chasco que se la espera á la Optimia esa, señor Flavio.

—Y la razon?

—No lo es de pié de banco, porque «genio y figura hasta la sepultura.» Ademas, que ella cuenta tenerme bien asegurado dentro sus redes; razon mas para que yo procure demostrarle que ha hecho la cuenta sin la huéspeda.

—Obrarás muy mal, Corinito. Empero, acaba que ya es muy tarde.

—Tulio Ceson la ha preguntado quien es su amante, y ella se lo ha dicho.

—Te felicito Optimia por tu eleccion; pues Corinito será todo un hombre, y si ahora se es algo atolondrado, tambien lo soy yo; es la edad, pero pierde cuidado que él se corrigirá por si mismo. A Dios Optimia.

—Escuchad. Ya sabeis que pasado mañana á la noche

habrá sarao en casa de Q. Cecilio Catulio. Alli estará Placidia Licinia, procurad obsequiarla é interesarla con vuestros distinguidos modales. A Dios, y cerró la ventana.

De cuanto os he manifestado debeis inferir, lo gozoso y satisfecho que puedo estar de mi mismo, y ¡cómo no estarlo! El caso no es para menos. En efecto, cuando yo me lo pasaba sentado contemplando las tapias del jardin, y mataba el tiempo cantando por mi mismo:

Muger aparta ese pelo
Que quiero tus ojos ver...
Es un infierno ese cielo
Si por otro alzas el velo
Yo te maldigo muger. (*)

Como si las furias del tártaro hubieran leido en mi mente, y propúestose mortificarme de un modo cruel para impelerme á cometer una de *populo bárbaro,* en el mismo acto de concluir mi solilogio mental, veo un hombre que saltaba la pared del jardin, y... cata aqui que ella la Optinia, en lugar de pegármela taimada con otro, como así me lo creia yo, se pirra y se hace todo tiestos por mí; ¡Huy! ¿Y no es todo eso tan chusco como á la par epigramático, querido amo mio?

—Me parece que aciertas. Mas, es hora que te vayas á dormir, y yo haré otro tanto.

A las once de la mañana del siguiente dia, dentro el rico aposento de Flavia Paulina Mammea, Placidia Licinia le decia: Veo, querida Paulina, que la razon te sobra. Tu-

(*) Abenamar.

lio Ceson por momentos se hace mas interesante y simpático á todo el mundo, porque la fluidez de su lenguaje y lo fino de sus modales, sin poderlo remediar disponen el ánimo á favor suyo; sus pullas son siempre tan oportunas y graciosas que hacen reir al mas melancólico: no hay remedio, fuerza es convenir en que este apreciable jóven será una brillante lumbrera de nuestra patria. En cuanto á su valor y esfuerzo, nadie puede negarle estas otras cualidades que posee en alto grado. Mi corazon pero se resiste á ceder á tan esclarecidas dotes intelectuales y demas cualidades que le adornan, porque está prendado y es esclavo de antemano de las físicas que embellecen á Marco Emilio Faustino. No obstante, segun sea el comportamiento de ambos en el sarao de la casa del ilustre Q. Cecilio Catulio, me decidiré atropellando por todo resueltamente, ó bien por Tulio Ceson ó bien por M. Emilio. Mi alma está en una lucha terrible y penosa que me mantiene desazonada é inquieta; y mi imaginacion vivamente afectada recorre grandes espacios remontándose ardorosa por esas incógnitas regiones, con el fin de descorrer si puede el misterioso velo que me oculta el porvenir. Cuando en el silencio de las noches repaso en mis monólogos la hermosa y gallarda presencia de Marco Emilio Faustino, soy toda entera de este; empero, al fijar la atencion en el bello personal y demas circunstancias morales de Tulio Ceson, tiemblo y me estremezco, porque mi voluntad no es libre, está avasallada por otro. Bien comprendes, Paulina, que semejante situacion no puede ser duradera; por cuyo motivo mañana á la noche ó seré definitivamente de M. Emilio ó de Tulio Ceson.

No serás de este maldito insolente; díjose á sí misma

una vieja mas mala que una pantera, quien, sin ser vista escuchó esta conversacion. Si anoche pudo, por una casualidad, librarse de los matones pagados por mí, no sucederá otra vez porque tomaré mejores medidas. Tambien estoy segura que en el sarao se llevará un bochornoso chasco que ha de ser la rechifla de cuantos esten ahí; y luego una maligna sonrisa entreabrió los descoloridos lábios de aquella arpia tan implacable en sus venganzas como verdadero y repugnante estantigua que parecia espectro arrancado á dos siglos atras. Seguidamente la vieja Bobilia Tarquinia, que ya habrá adivinado el lector, retiróse satisfecha de sus inícuos proyectos, y para ponerlos en planta llamó á Petronia Pupia, doncella sirvienta suya, algo rabicorta y muchos algos hipócrita y descarada, á quien dijo. Ves Petronia esta carta. Pues si mañana al anochecer tienes habilidad para entregarla en manos propias de Placidia Licinia, yo te daré este anillo de oro que, como conocerás es de mucho valor.

—Veamos este anillo.

—Aqui lo tienes, examínalo cuanto gustes.

—Estoy conforme en aceptar este encargo, pero antes quiero saber el contenido de la tal carta.

—Y para qué necesitas saberlo?

—Para obrar con acierto, y mas aun para que surta mayor efecto que el que os habeis propuesto; no ignorais mis muchos recursos en materia de intrigas.

—Caramba! Dices la verdad. He aquí la carta:=Querida Optimia de mi alma: espero que esta noche doce de diciembre, á las diez de ella salgas á la ventana del jardin. De ti, hermosa entre las hermosas, depende la felicidad de toda mi vida. Tuyo, Tulio Ceson.

—Oh! ¡qué melíflua carta es esa! El tal Tulio Ceson no tiene segundo en eso de engatusar á las jóvenes. ¡Cuán tunante y libertino se es! Mas, creedme que, por esta vez yo sabré arreglarle la sesera que en este particular á todo trapo se le va á pájaros, engañando hoy á fulana, mañana á sutana, otro dia á mengana y perengana y haciéndo llorimiquear á todas legándoles el descrédito y la deshonra. ¡Maldicion á tamaño mandril!

—¿Me harás sospechar, Petronia, que tambien te ha engañado á tí?

—Por Júpiter capitolino! Eso no, Bobilia. No soy yo tan liviana y deshonesta como esa bribona y ladina Optimia. Empero, como creo que vos teneis mucho interes en indisponer Placida con T. Ceson, yo os aseguro que mañana á la noche habrá entre este y aquella un abismo de por medio. ¿No es eso lo que os habeis propuesto?

—Cabal.

—Pues bien. En manos está el pandero que lo sabrán tañer de lo mas lindo. Ademas, ¿quién tal pensará de Optimia con ese aire que ostenta de mírame y no me toques? Fiaos de gazmoñas haciendo de las recatadas. ¡Vaya una hipócrita! ¿No es ella virtud y decoro por fuera y toda corrupcion por dentro? ¿Quién se atreveria á defenderla sabiendo sus salidas de noche por el jardin con un hombre que en todo piensa menos en casarse con ella? ¿Qué objeto tienen sus salidas? Hasta los mas estúpidos las ven. No ignorais vos que Tulio Ceson es un picaronazo algun tanto insolente, otro tanto malicioso y mas de tres tantos hipócrita y libertino. Descansad, pues, que vuestro proyecto será cumplido en todas sus partes, ó yo dejaré de ser quien soy.

—Muy bien, querida Pupia, dijo Bobilia. Vete y pierde cuidado que algo mas habrá que el anillo.

Al anochecer del dia siguiente Pupia, despues de haber visto salir al padre de Placidia, entró en la casa de esta con un rostro compungido que disfrazaba la mentira y la infame calumnia con tan vivos colores de verdad que engañara al mas prevenido. Placidia muy tierna y sentimental de sí, preguntóla lo que tenia, y porque habia pasado á su casa.

—Tengo muchas cosas que deseo manifestaros á solas.

Placidia la condujo á su aposento, cerró la puerta y dijo: Ya estamos solas. Habla, Pupia.

—El terror y la verguenza no me permiten articular las palabras; tened compasion de mí; siento horror, pavor y siento bochorno y temo ofenderos.

—Si tan graves son tus faltas ¿por qué has venido?

—Ah! Perdonad, teneis razon. Y luego prorrumpió en un llanto desgarrador.

—Enternecida Placidia díjola: Nada temas, Pupia, esplícate, y si en algo puedo remediar tus males, no dudes que lo haré gustosa.

—Bendita seais mil veces de los dioses! Nadie entra en esta casa, señorita, que no salga consolado de sus males. Sois digna hija de M. Licinio Philomuso. ¡Con cuán justa razon se os venera en Pollentia! Mas, escuchadme indulgente. Creo, Placidia, que, dentro el término preciso de seis meses yo seré.....

—¿Qué serás?

—Perdonad. Creo que seré madre.

Placidia se ruborizó de un modo muy marcado, y despues de un buen rato de silencio, dijo: ¿Cómo es eso?

—He sido atrozmente engañada por un noble.

—Por un noble!

—Sí, por un noble, cuyo lenguaje tan insinuante cuanto de si es irresistible, en pocos momentos de estarnos á solas en el jardin, logró que me vendiera á él ciega y tonta; mayormente habiéndome jurado, que si accedia á sus deseos, me casaria con Melio Sicibuto su jóven mayoral, y que de su cuenta corria el dotarme.

Al decir esto, otra vez Pupia puso en accion la farsa de deshacerse en amargo llanto. Poco despues añadió entre entrecortados suspiros, ahora el muy infame se burla de mí, tratando con otra en el jardin en que me robó atrevido mi honor.

—Estoy aturdida. ¿Quién es ese malvado que de este modo abusa de la credulidad de las doncellas incautas?

—En esta carta que pude sustraer dos dias hace le conocereis. Leed.

Al ver Placidia la letra y firma de Tulio Ceson, palideció, y pasados unos cortos momentos enrojeció, diciendo: Vete Pupia, yo hablaré de este asunto á mi padre, y éste hará cuanto pueda á favor tuyo.

—No quiero que hableis á vuestro padre hasta que me esté segura de mi desgracia.

—¿No lo estás aun?

—No. Solo hace tres meses que algo me falta.

—Tanto mejor.

—Dadme la carta de Tulio Ceson.

—¿Para qué la quieres?

—Para devolverla á su lugar, y de este modo hacerme dueña de cuantas le escriba en lo sucesivo.

—Bien pensado. Pero me quedo con la carta. Vete.

Como saben nuestros lectores, Placidia no amaba á Tulio Ceson, y no obstante ¿por qué palideció al ver su conocida letra y firma?

Repetimos aqui, que, ¿quién es capaz de esplicarse esas contradiciones del corazon humano y particularmente del de la muger? ¿Serán debidas á su movilidad nerviosa? ¿No se ha dicho por mas de un filósofo que la muger es un ser indefinible? ¿Por qué Placidia que vivia en tortura por estarse indecisa á favor de cual de sus dos pretendientes habia de pronunciarse definitivamente, en lugar de quedar satisfecha de poder salir de una vez de penosas indecisiones, recibió un golpe terrible que la hizo palidecer de muerte? Cierto es que, en justo elogio suyo debemos consignar, que poco tardó en tomar una resolucion heróica y digna de ella; empero, tambien lo es, como veremos mas adelante, que supo ofrecernos otro ejemplo de cuan incomprensibles son muchos actos de la muger. En Placidia todo era contradiccion, espontaneidad, misterio; consecuencia indeclinable de la falsa posicion que ella misma se habia creado. Mas, gracias á esa movilidad ó vivacidad de impresion que le era natural, y que la hacia tan seductora, no tardó, como hemos dicho, en suplir con un semblante risueño, jugueton, la especie de tristeza solemne que oscurecia su rostro.

Impresionada en el corazon por la hermosura varonil de M. Emilio Faustino, sintióse atraida hacia él, sintió su primer afecto amoroso, pues todas las mugeres, con muy raras escepciones, prefieren siempre la elegancia material del hombre, á las cualidades morales y á la lealtad del corazon que tanto resplandecian en el rival de M. Emilio. Sin embargo, Placidia luchaba entre las sugestiones de un

naciente amor de agrado físico, permítasenos esta frase, con las de otro afecto moral consecuencia de contínuas comparaciones y reflexiones.

T. Ceson, á sus ojos valia mucho mas que M. Emilio, porque estaba encantada del desparpajo de aquel, de la vivacidad de su imaginacion y hasta de su tono frecuentemente sarcástico y burlon. Este y no otro es el motivo porque al tener una prueba tan elocuente de que T. Ceson ocupábase en otros amores, se creyó burlada, ofendida en su amor propio y chasqueada de un modo indigno; y de aqui el poco afecto que le profesaba se convirtiese quizá en odio eterno.

En el mismo instante que la infame Pupia la dejó sola, una fria y desdeñosa sonrisa se dibujó en sus delgados lábios. ¿Cuál seria la intencion que la provocó?

Los enamorados raciocinan con frecuencia bien, pero desgraciadamente para ellos infieren siempre mal; y no podemos negar que Placidia, en tal ocasion, no podia inferir bien de la conducta de T. Ceson. Placidia, pues, habia determinado en su soliloquio mental, romper con Tulio Ceson de un modo que le humillase en tanto grado, cuanto se creia ella humillada por el comportamiento villano de que acababa de ver, por sus propios ojos, una prueba tan irrecusable de si, como falsa era en el fondo. ¡Qué cosa tan triste es la humanidad, y cuán frágiles y engañosos son sus cálculos!

Despues de haber aplicado este bálsamo consolador en la sangrienta llaga de su orgullo rebajado con tanta crueldad en su concepto, solo trató ya de acicalarse y presentarse al sarao de un modo el mas arrebatador. Pasadas dos horas acompañada de su padre y de su eter-

na compañera, Flavia Paulina Mammea, entraba en casa de Q. Cecilio Catulio. Su presencia produjo como siempre un efecto mágico ¡oh! ¡y cuán hermosas son! fue la esclamacion general. Alli, en medio de una iluminacion brillante y espléndida, encontrábase reunido todo lo mas rico, lo mas noble, lo mas elegante y lo mas hermoso y fino de Pollentia. Q. Cecilio Catulio recibia á los convidados y su hija Rosilia, digna competidora en hermosura y encantos de Paulina y de Placidia, recibia á los jóvenes.

Rosilia era una de esas bellezas de órden superior, en quienes se une lo brillante y puro de la juventud á lo encantador de unas formas virginales. Al descubrir á Paulina y Placidia, salióles al encuentro, y abrazándolas resonaron en la sala algunos cordiales ósculos de la más tierna amistad que unia á las tres.

Todos los jóvenes se apresuraron á rendirlas los mas respetuosos y lisongeros obsequios, y T. Ceson lo hizo con tanta gracia y finura, que Placidia misma le sonrió del modo mas dulce é interesado. ¿Quién sabe pero si fue estratagema suya para poder abochornarle mas á sus anchuras?

Al cabo de una hora que Placidia alegre y placentera estaba conversando con T. Ceson, animado este por tan favorable acogida, la hizo secretamente la declaracion solemne del amor noble y desinteresado que sentia por ella. Placidia pero levántose de la silla bruscamente, y con los ojos brillantes de indignacion, porque en aquel momento sintió todo el dolor del agravio que pensaba haber recibido, estuvo por darle una de esas respuestas que queman mas que un hierro candente, pero se contuvo y concretóse á responderle en alta voz: Te doy las mas espre-

sivas gracias por tus favores, T. Ceson; empero, ten entendido que Placidia Licinia no puede aceptarlos bajo ningun concepto. Procura, pues, no perder el tiempo en solicitar una correspondencia que no te puedo conceder, sin negarte que eres merecedor de otras mas elevadas que la mia. ¿Entiendes?

A tales palabras pronunciadas sin ninguna necesidad, delante todo el mundo, una nube triste y sombría oscureció la frente del jóven, que se quedó sofocado por el bochorno, y por respuesta soltó una sonrisa forzada y mas lastimera que un verdadero sollozo. Entónces L. F. Domiciano voló en su ausilio, y apartándose con él díjole: Animo, querido amigo. Un hombre como tú no debe de abatirse por este desden, que, aunque público, de todos modos se te ha hecho con no pocas consideraciones á tu distinguido mérito. Cuando Placidia ha procedido de esta manera, creeme que gordos serán sus motivos. Apostaria yo ciento contra uno que hay en eso una mano oculta, ó sinó, ¿quien es el infame que solo dos dias hace que te armó una emboscada para asesinarte? ¿Qué motivos has dado tu á nadie? ¿No se sabe que las aspiraciones del noble T. Ceson, son hacer todo el bien posible al prójimo? ¡Ah! Estoy seguro que el mismo que puso acechanzas á tu vida es el que te habrá indispuesto con Placidia: este misterio no quedará oculto por mucho tiempo. Tambien lo estoy de que M. Emilio no tiene la menor parte en tan viles manejos: el es demasiado valiente á la par de honrado para no reprobar tan inicuo complot. Un espíritu tan noble y soberbio como el suyo desdeña cosas tan indignas.

—Lo creo así, amigo Flavio, y por mas que M. Emilio sea mi rival, yo no intentaria rebajar su verdadero

mérito. Sin embargo, ¿quién es dueño de reprimir las primeras impresiones? Ya sabes que yo todo lo meto á broma, pero ignoras la razon de ello, la que voy á manifestarte.

Mi fogosa juventud está atravesada por uno de esos grandes dolores que bastan y sobran al principio de la vida, mejor dicho de la pubertad, para volver misántropo á un hombre con tanta filosofía como Socrates. Empero, tengo yo demasiado presente la conciencia de mi dignidad para humillarme ante mi ofensor; ántes caigan la muerte y el tartaro sobre mi. Entusiasta por la independencia no se lo que es la tiranía. Para mi, sin la libertad nada hay de seductor en la tierra..... sin la libertad la existencia se convierte en un largo é intolerable martirio, porque sin ella el hombre no es mas que una bestia embrutecida, á quien los dioses dejan aun una alma para sufrir. Tambien mi temperamento es demasiado ardiente para pensar en someterme á los caprichos de ninguna muger, y á la par soy impaciente en demasía para esperar y mucho menos mendigar consuelos por injurias que yo no he merecido. Si Placidia ha sido engañada ¿que culpa tengo yo? ¿No podia ella darme calabazas entre los dos? ¿Por qué, pues, me ha puesto en ridiculo? Casi estoy para repetir lo que dice con frecuencia tu criado Corinito; esto es «que la mejor de las mugeres no vale una moneda falsa.»

Aqui T. Ceson hizo una pausa, y por su emocion era muy facil adivinar la tempestad que bramaba en su pecho. Poco despues dijo: Un hombre inmoral ha amargado mi existencia, y al consultar sobre este asunto á Lucio Vibio, contestóme las siguientes memorables palabras.

«Cuando tu corazon juvenil haya dejado en las espi-

nas del camino sus bellas ilusiones, cuando tu espíritu permanezca sin asombro, sin cólera ni dolor ante una traicion ó una perfidia, y detrás de la seductora sonrisa de una muger, sepas apercibir su falsedad, su ambicion ó sus dobles intenciones, entónces y solo entónces sabrás burlarte, como filósofo, del mundo y de sus engañosos oropeles, entónces y solo entónces encontrarás la calma de que tanto necesita tu corazon. Mas, no olvides, que sin el ejercicio de las virtudes no hay felicidad posible sobre la tierra, y que un hombre no se hace fuerte sino cuando es hijo de sus obras.»

Desde aquel dia, lancéme en pos de una dicha que veo á dos pasos de distancia de mí, y que cuando creo haberla alcanzado se me desliza, como una sombra de entre mis manos sonriéndome alevosa, he aqui mi vida. Lucho con todas mis fuerzas para hacerme superior á mi hado adverso; procuro olvidar mis pesares bromeando y ocupando de continuo mi imaginacion en estudios sérios. Mas, la influencia de mi mala estrella siempre se deja sentir cruel.

Placidia presenta para mí una creacion sublime de la naturaleza; ella hubiera formado mi felicidad en esta vida; tenia ya no pocas pruebas de su afecto en vez de mí, y no obstante.... tu acabas de presenciar el bochorno que me ha dado. De poco me sirve que sea ó no una mano oculta quien lo haya motivado. El bochorno siempre es tal y con todas sus consecuencias. A pesar de eso, yo sabré hacer frente al mal juego sin olvidar mis deberes, y trabajar infatigable para descubrir el autor de esas monstruosidades, que te juro serán castigadas sin compasion. «No hay cosa mas tonta que una generosidad mal en-

tendida» como dice nuestro ilustrado amigo, Cayo Memio. En fin, nunca es trabajoso un camino cuando al cabo se encuentran amigos como tú. Una cosa te suplico y es, que no interpeles por nada á Placidia; pues no quiero que ella presuma que yo trato de darle satisfacciones siendo yo el ofendido. Pero basta ya y vamos ahora á divertirnos como si nada hubiese sucedido.

—¡Ah! Tú siempre el mismo, T. Ceson: honrosamente violento, virtuoso con furor ¡Cuanto te admiro!

—Un millon de gracias, Flavio. Vamos repito, y no se hable mas de este asunto.

—Todavia no. Dime ¿Ves con que ardor habla Placidia con Marco Emilio?

—Sí, ¿Y qué?

—¿Sientes celos?

—Unicamente estoy celoso de mi dignidad y de la importancia social que me merezca; de nada mas. Ultra de eso, que en mi opinion

Son celos unos recelos
De una opinion mal fundada,
Si son algo no son celos
Si son celos, no son nada (*)

No quiero ocultarte, que, hasta hoy creia ver realizados en Placidia esos sueños indecisos y embriagadores, esas aspiraciones apasionadas, esos arranques de corazon, que sin ningun fin hasta entónces, habian cada uno á su vez exaltado mi sensibilidad; y mi vida vagando en el

(*) Fernan Caballero.

espacio habia encontrado en ella un punto en donde fijarse. ¡Vana ilusion! ¡Desengaño aterrador! Bien cabe decir aqui:

Perdí la luz de mis dias
En ilusiones pueriles,
De mis horas juveniles,
Tengo solo..... una pasion,
Y esa pasion imposible,
Ese pensamiento eterno,
Me pesa como un infierno
A plomo en el corazon (*)

—Tambien, en vista de lo que está pasando delante tus ojos entre Marco Emilio y Placidia, pudieras añadir:

En el instante postrero,
De abandonar á su amiga,
Ve á su lado á otro que abriga,
Por ella vivaz pasion.

—Pero, estos versos, amigo Flavio, son tan inoportunos como mal aplicados.

—¿Y por qué?

—Porque el asunto á que se refieren no es igual al mio, y porque no soy yo sino Placidia la que me ha despachado para la ciudad de las calabazas.

—Esta valla es muy fácil de salvar. Haz cuenta que tu asunto es igual á aquel, y que tú has sido el que ha desdeñado á aquella, y todo queda arreglado. En efecto:

(*) Zorrilla.

vuestro rompimiento, aunque de distinta naturaleza, siempre es un rompimiento sobre asunto de amores, y nada mas.

—Bajo este concepto tienes razon. Mas, dejémonos de reflexiones, y procuremos no llamar la atencion de tan brillante concurso: no nos hagamos ridículos, vamos allá.

—¿Has advertido una cosa?

—¿Qué cosa?

—El calor con que M. Emilio está ahora obsequiando á la encantadora Rosilia

—Pudieras haber reparado tambien la insólita palidez del rostro de Placidia, y cierto desden altivo que se nota en su frente.

—Dices verdad. ¿Quién sabe lo que le está pasando en su interior?

—Yo.

—Tú? ¿Y que es lo que le pasa?

—Siente haber tenido un arranque impropio de su dulzura proverbial, no por mí, sino por ella misma, porque conoce mi entereza, y cree con fundamento, que antes me dejaría yo sepultar debajo una montaña de piedras que pedirla esplicaciones de su anómalo comportamiento. Sabe tanto como tú cuan celoso estoy de mi dignidad; por consiguiente, su vanidad de muger la hace sufrir en este momento una tortura terrible, cruel, insoportable. Ha perdido un amante que no apreciaba gran cosa, es verdad, pero que de todos modos la alhagaba la vanidad del corazon. La costumbre de verse obsequiada y aplaudida de todo el mundo, como lo merece de justicia, ha creado en ella una segunda naturaleza: le es imposible atemperarse á soportar la menor cosa que pueda rebajar en un

átomo esa importancia que ha adquirido mucho mas con su noble conducta que con su portentosa hermosura: es preciso que sus pretendientes no se aparten de este su tema. En justo obsequio de su elevado mérito, debo añadir, que tamaña aspiracion, no es un gran defecto en Placidia, como lo seria en otra, porque ella es digna hija de su padre: es decir, que de nada abusa. Mas te diré. Ahora que estoy completamente sereno y que mi reflexion ha recuperado sus derechos perdidos, veo claro, que la emboscada para asesinarme y el público desden de Placidia tienen un mismo origen; es consecuencia de un infame complot. ¿Quienes son sus autores? El tiempo dirá.

Los conceptos de T. Ceson tenian una exactitud matemática. Un recuerdo que asaltó súbito á Placidia, fue un rayo de luz que disipó casi completamente las sombras que oscurecian á su despejada mente. Este recuerdo no era otro que. «El lagarto se convertirá en vívora y morderá de muerte.» Desde aquel instante se convenció de que T. Ceson y ella misma eran victimas de la alevosía de una muger tan infame como vengativa. ¡Cuánto sintió luego su arranque! Tal fué por el su impresion y pesar, que la ocasionó un sacudimiento nervioso que la hizo palidecer tan extraordinariamente. No obstante calló encerrándose en una prudente reserva, esperando del tiempo la aclaracion de semejante misterio.

Debemos manifestar tambien, que las discusiones promovidas por L. F. Domiciano, tenian por principal objeto distraer á su amigo T. Ceson, y al mismo tiempo sondearle, para descubrir sus intenciones, y todo con el fin de impedir un duelo temible entre este y M. Emilio, á

quien contaba con placer en el número de sus mejores amigos. Con eso queda esplicada la impertinente pregunta «de si sentia celos.»

El sarao continuó brillante y animado hasta las cinco de la madrugada, hora en que se sirvió un esquisito almuerzo. En dicho sarao una chispa de amor en vez de Rosilia hizo latir el corazon de M. Emilio. Tal vez se estrañe tanta volubilidad por parte de los hombres y mugeres de aquella remota época; empero, ¿acaso sucede de otro modo en el dia? ¿Se atribuirá á que era una época de barbarie? ¡De barbarie! Convengamos que muchos de sus actos merecen ser calificados como tales. Mas, ¿cuántos de este siglo de prodigiosos descubrimientos, pueden serlo con mayor razon? Ademas, los pueblos ilustrados, segun la respuesta que se dió á Euclides, «no tienen sobre los demas, otra superioridad, que el arte de fingir, y el secreto de enmascarar todos los rostros.» ¿Se replicará que, al parecer, M. Emilio no amaba á un individuo de la especie muger, sino á toda la muger, á toda la especie? Entónces daremos por respuesta lo que sobre este mismo asunto dice un escritor de los mas ilustrados de este siglo. «Así son casi todos los hombres, ¿y »acaso es otra la ley de la naturaleza? ¿Podrá jamás esta »ley ser derogada por las exigencias sociales, ni estas »exigencias ser satisfechas mas que en la apariencia? Pa»ra probar esta verdad tenemos á nuestro favor la histo»ria de las miserias humanas.»

Placidia mantúvose seria y adusta toda la noche fingiendo algun dolor de cabeza, pero T. Ceson presentó el reverso de la medalla. Muchas veces, por sus dicharazos y pullas tan finas como salerosas, arrancó aplausos y un

palmateo aturdidor. Nadie hubo allí que no admirase su calma filosófica.

No satisfecha Bobilia con el bochorno que sus tramas infernales habian proporcionado á T. Ceson, nuevamente se puso á urdir la perdicion y muerte de este y de su compañero Vibio Manliano. Con tan siniestro fin, Pupia los seguia espiando por donde pudiese, y la casualidad le proporcionó ocasion en la tarde del 23 de diciembre, de saber que los dos y L. F. Domiciano, si este salia ileso del anfiteatro de fieras, subirian al monte del faro, para presenciar desde allí el efecto sorprendente de las luminarias que habian de tener lugar á la noche siguiente en conmemoracion de la conquista de Pollentia por Q. C. Metelo.

Seguidamente Bobilia pasó á avistarse con Sicino Paluto para que emboscase sus matones, como ya saben nuestros lectores. Sin embargo, Paluto no se comprometió con Bobilia hasta haber consultado con Lúculo un asunto tan espinoso de si. Entre los dos medió la siguiente conversacion. Lúculo dijo: No sé si debes aceptar la propuesta; pues tres hombres son muy poca cosa contra otros tres y valientes.

—Verdad. Empero, vos no contais con la sorpresa que, cuando menos vale por dos mas. Ultra que yo quiero para mi algunos sextercios.

—En todos los asuntos solo atiendes á satisfacer tu insaciable sed de oro ¡Cuán audaz cinismo el tuyo!

—De la misma manera que vos solo atendeis, aunque por ello hubiese de hundirse Pollentia, á vuestra sed insaciable de mando ¡Qué ambicion tan original y monstruosa la vuestra!

A tal inesperado reproche una espresion de implacable ferocidad se pintó en el rostro de Lúculo, y sus ojos se iluminaron de un brillo estraño, diciendo: Ya sabes, Paluto, que la dulzura no es el fondo de mi carácter! Desgraciado el insensato que se atreve á arrostrar mi cólera! Mi brazo es rápido como el pensamiento é irresistible como el destino: ojo avizor, pues.

—Será como decís; pero permitidme que os recuerde, que en el puerto de poco os sirvió vuestra cólera y de menos la rapidéz de vuestro brazo. ¿Qué respondeis?

—Aquello fué una sorpresa; no obstante, confieso, y eso debe servirte de norma, que L. F. Domiciano es esforzado y valiente; mas nunca he podido temer que su diente se me clave mas arriba del talon: el dia de nuestro duelo lo verás, dado el caso que mañana se libre de tus soldados.

—Consiento en recibir una lluvia de palos si os comprendo, respondió Paluto con una carcajada insultante.

—Basta que me entienda yo. Lo del puerto es un enigma que te esplicaré en otra coyuntura, y entónces verás como tengo razon. Por el presente te basta lo dicho. Mañana, en lugar de enviar tres hombres á la emboscada, has de enviar ocho ¿Entiendes?

—¡Qué bobada! Solo irán tres y ni uno mas.

—Irán ocho como te he dicho.

—Solo irán tres, porque yo no tengo dinero para pagar mayor número; pues os he dicho que quiero algunos sextercios para mi, y así ha de ser.

—Asi será ¿Cuantos sextercios quieres para que vayan ocho?

—Veinte, ni uno menos.

—Eres, Paluto, un ladron mas gordo que el mismo Galerio tu mayor camarada. Toma, aqui tienes los veinte sextercios ¿Estás contento?

—Siempre lo estoy de vos.

Referidas todas estas cosas indispensables, vamos á ocuparnos del duelo. Cuando el pretor Anco Marcio hubo dicho á los combatientes que se fueran á aguardar la señal del clarin para empezar el combate, llegaron allí Q. C. Catulio, L. F. Paulino, L. Vibio y M. Licino Philomuso, y despues de cambiados los saludos de costumbre entre tan elevados personajes el primero dijo: Este duelo, señor Pretor, puede ser de muy felices consecuencias, porque si triunfa nuestro amigo, L. F. Domiciano, nuestra ciudad se verá libre de esa plaga de pícaros, que, á la sombra de Lúculo cometen toda clase de escándalos y de atentados inauditos. Lúculo posee todas las faltas imaginables: violento, cruel, embustero, hipócrita, malvado sin fé ni ley ni freno, es incapaz de ninguna accion generosa; cuando su interés ó sus pasiones están en juego, no retrocede ante ningun crímen, ninguna infamia. Traslado sino á las iniquidades cometidas con la jóven Annia Fundana, y tambien contra L. F. Domiciano, T. Ceson y Vibio Manliano, á quienes intentó asesinar. Todas sus aspiraciones y satisfacciones son inferir el mayor mal posible á cuantos no le adulan, y si proporciona algun bien, no es para hacer bien, sino por el placer de hacer daño á un tercero y.... nada mas. Nunca jamás la raza humana ha sido deshonrada por un monstruo mas hipócrita y mas seductor. ¡Cuán caro ha hecho pagar á Pollentia su insaciable orgullo!

—Habeis dicho, ilustre Q. C. Catulio, una verdad de

gran bulto. Lúculo es hombre que goza de la reputacion mas elevada entre la gente verdadero ganado de imbéciles, de los cuales sabe sacar gran partido, respondió Anco Marcio.

Su audacia y su fuerza son estraordinarias. La naturaleza le ha dotado de algunas buenas cualidades, pero desgraciadamente un orgullo sin límites, una crueldad implacable, una perversidad inaudita y la misma ruin alma de Neron, Calígula y Caracalla, hacen de él un monstruo abominable.

Su ambicion es una llama activa y violenta que se ha apoderado de su corazon y de sus sentidos con una fuerza irresistible: es una lava que circula ardiente por sus venas, y ha consumido, ahogado y estinguido todo sentimiento humanitario, de honradez y de virtud, imprimiendo en su frente el sello de la fatalidad.

Demasiado sabeis tambien, que todos sus proyectos son destruir la libertad de nuestra patria para gobernarla como absoluto señor de ella; y como el amor mas santo que los dioses han puesto en el corazon del hombre, despues del que debe á sus padres, es el de la independencia y de la libertad, ¿quién será el miserable que, en este instante no dirija fervientes votos al cielo para que Flavio salga vencedor?

Tened presente, que la creencia vulgar es que las víboras no muerden á los leones. En esta atencion, fuerza es que, siendo Lúculo una víbora de primera clase nos trasformemos todos en leones: es decir que le combatamos sin tregua y sin dejarle respirar siquiera. Empero, es hora de que empieze el combate.

Gran rato habia ya que se notaba una marcada impa-

ciencia por parte de los espectadores ávidos de impresiones nuevas y vivas para que empezase la lid; por eso tan luego como el sonido del clarin en señal de disponerse al combate llegó á sus oidos, todos los ojos centellearon de placer, y los corazones latieron de emocion, de curiosidad, de entusiasmo feroz, de esperanza y de temor tambien.

A un estremo del campo, veíase agitarse la hermosa é imponente figura de Lúculo, semejante á uno de los titanes que intentaron apoderarse del Olimpo para arrojar á Júpiter de allí. ¡Cuánto amenazaba de cruel en aquel momento su fiera actitud sostenida por sus temibles antecedentes! En su semblante se trasparentaba una sonrisa de fruicion, mezquino y repugnante goce de déspota, y de déspota ordinario ó vulgar cuando recibe el homenaje del miedo. Mas, si hubiese tenido ojos en el occipucio, viera la mirada de odio y desprecio con que se le saludaba; pues si se buscaba en su frente nobleza, solo se encontraba soberbia, orgullo, vanidad y bajeza.

En la parte opuesta y á su frente, rodeado de una admósfera de bendiciones, justo premio de la virtud, veíase la esbelta, fiera y arrogante figura de L. F. Domiciano, que, con la sonrisa en los labios y con el mas reposado y grave continente observaba á su contrario. Al sonar la señal de la acometida, ambos combatientes, lanza en ristre, se precipitaron á toda brida el uno contra el otro. El encuentro fue intencionado, vigoroso y mortífero: las lanzas volaron hechas cien astillas, los escudos despidieron un sonido lúgubre, los caballos tocaron el suelo con la grupa. L. F. Domiciano bamboleó sobre la silla; empero Lúculo para no caer por las ancas del suyo, tuvo que agar-

rarse al cuello de éste: tal fue el encuentro. La ventaja, pues, estuvo de parte de Flavio.

¿Quién seria capaz de describir los aplausos y vitores que se le tributaron con una griteria inmensa y un entusiasmo loco? Este lenguaje del corazon se comprende sí, pero las mas animadas pinceladas son frias y pálidas comparadas con la realidad.

Rehechos ambos adalides, en el instante dos valientes espadas brillaron al sol. Lúculo frenético de rabia y coraje, lanzóse sobre Flavio como un rayo espantoso fulminado de repente de enmedio de una negra nube. Empero, Flavio, semejante al peñasco que resiste el embate de las mas embravecidas olas del occeano, recibió, impasible, á su contrario, devolviéndole de lo mas lindo las nueces al cántaro. En este otro encuentro fué muerto el caballo de Flavio, quien, saltando mas rápido que el pensamiento, desjarretó al de Lúculo. El combate, pues, hubo de continuarse á pié. Pronto estuvieron destrozados los escudos, é inutilizadas las armaduras en diferentes partes. Mas, advirtiendo Flavio que salia mucha sangre del brazo izquierdo de Lúculo, díjole: supuesto que estás herido ¿quieres descansar un rato ó continuar la lid?

—¿Y que me importa la ligera herida con tal que yo te mate? Y al fin te mataré sin compasion.

—Te conviene, Lúculo, dejar á un lado esas ridículas fanfarronadas, esas bravatas necias que á nada conducen, y sirven todo lo mas para degradar tu caracter demasiado degradado ya. Tu corazon y tu alma te dictan que yo no te temo ni puedo temerte.

—Mucho te engrie mi herida, miserable.

Irritado Flavio por la insolencia y jactancia de su adversario, resolvió ser implacable.

El combate continuó terrible por ambas partes. Oíase á bastante distancia el áspero crujir del hierro y del acero; ruido grave, poderoso é imponente; en que se revelaba la intencion homicida de los combatientes.

El acero de Flavio fulguraba con la rapidez del relámpago y heria con la fuerza del rayo. Lúculo empezó á retroceder. Su mano contestaba mal y resistia peor á los ataques de Flavio. Entónces apeló á un esfuerzo desesperado y abrazóse á su contrario, juzgando vencerle en la lucha. Sin embargo, pronto, muy pronto el tigre, mal de su grado, hubo de reconocer la superioridad del leon. Arrojado á tierra y sujetado por Flavio, alzándose éste puñal en mano y poniéndole un pié sobre el pecho, díjole, tan terrible como una fatalidad: Te he vencido en buena lucha, lanza por lanza, espada por espada y brazo á brazo. Por lo que, segun lo convenido quedas á mi disposicion.

—Lo sé, noble Flavio. ¡Cuánto siento en este momento mi conducta pasada! La muerte no es bastante castigo por mis faltas. Pídote, pues, la vida para espiarlas y mas aun porque te conviene á tí.

—¿Me conviene? ¿Cómo me conviene?

—Acércate Flavio; pues si se oyese lo que voy á manifestarte, tú no serias bastante poderoso para salvarme. ¡Maldita ambicion cuantos males acarrearás eternamente á los hombres.

Flavio se le acercó al oido, y Lúculo le dijo: Mis atentados son numerosos, lo confieso y lo deploro: por esta razon deseo impedir el que tendria lugar en esta misma

noche en la Peña roja: quiero pasar allá para estorbarlo á todo trance, á costa de mi vida quizá.

—¿Qué atentado?

—La deshonra de tu querida Paulina.

—¡Ah! ¡Cuán infame eres, Lúculo! Mas, sabe, que yo no puedo, ni debo, ni quiero aceptar ningun servicio tuyo; me basto yo para desbaratar proyectos tan viles y solo dignos de tu alma corrompida. Asi son todos los ambiciosos de tu calaña; honra y decoro por fuera, corrupcion é inmundicia por dentro. Levántate y márchate de Pollentia, en la cual no te presentarás hasta pasado un año. De lo contrario allí en donde te encuentre te mataré como á un perro. Ahora de rodillas ante mí, pidiendome en voz alta perdon por tu infame proyecto.

Lúculo abatido se arrodilló ante Flavio, y compungido y suplicante dijo: me has vencido, muy noble Flavio, en combate leal. Pídote perdon por las ofensas que tan injustamente te he hecho.

—Un caballo para Lúculo, gritó Flavio.

El caballo se le aprontó, y montado en él con mucho trabajo á causa de dos heridas en la cabeza y otra en el brazo izquierdo, Flavio le acompañó diciendo al pueblo que insultaba á Lúculo: paso al desgraciado, paisanos mios.

El pueblo obedeció á Flavio, pero no aplaudió esta generosidad: queria la muerte del tirano, y el tiempo confirmó cuan acertado hubiera sido acabar con él.

Lúculo fué á su casa que encontró casi desierta, y lo que es mas saqueada por sus mismos adeptos. Ademas, fue terriblemente afectado hallando muerto á puñaladas el mayoral guarda de Annia Fundana, quien, con Cayo Junio

habia desaparecido. A semejante desolacion y desgracias se dijo: «Bien vengas mal si vienes solo.» Seguidamente dió órden á los dos únicos esclavos que le habian permanecido fieles de seguirle á un predio suyo situado entre los montes occidentales á una legua de distancia de Pollentia. Dejémosle en su destierro y volvamos los ojos al lugar de la escena en que tuvo lugar el duelo. En el interin que pasaba el corto diálogo entre Lúculo vencido y Flavio vencedor, Corinito que no perdia de vista á cierto avechucho, vió que al caer Lúculo debajo de Flavio, una pequeña bandera negra atada á una larga caña, flotó en el aire por un momento, y de seguida otra igual se enarboló sobre la parte culminante de la colina mas alta de la parte del norte. Corinito comprendió aquellas señas, y sin perder tiempo corrió á encontrarse con Vibio Manliano, á quien dijo: Pronto seis de vosotros armados á la ligera poneos en camino hacia la Peña roja, en donde yo ya estaré allí mucho antes que vosotros.

Corinito no se habia engañado; pues la bandera negra fue enarbolada por un emisario de Sicino Paluto en señal de la derrota y muerte de Lúculo. Entónces Paluto puso en ejecucion un proyecto que tanto le alhagaba. Sin duda recuerdan los lectores que, cuando Placidia entró á casa de Paulina, Paluto la acechaba. Poco despues pudo hablar con Bobilia Tarquinia á la que persuadió que condujese Paulina al puerto menor, porque tenia que comunicarle un asunto de gran interes para ella. Paluto con once hombres mas hallábase oculto en las rocas de la orilla del mar espiando Paulina para apoderarse de ella al aparecer la señal convenida, y cabalmente Paulina sentada meditabunda, triste y agitada de justo temor, fue la

primera que vió enarbolada la bandera negra en lo alto de la colina de la parte Sur. (En el dia titulada: «El puig d'en Bruyet.») Paulina se estremeció, y preguntó á Bobilia: ¿Qué significa aquella bandera allí?

—¡Ah! Algo de terrible significa, querida Paulina. O bien Lúculo ó su adversario acaban de morir en el duelo. ¡Cuánto me temo que Flavio haya muerto!

Paulina exaló un suspiro de cruel angustia, y poniéndose la mano sobre el corazon, dijo: No, no. Flavio no ha muerto, Flavio ha salido vencedor, mi corazon no me engaña.

—Tú corazon te engaña, dijo un hombre de mala catadura que, en aquel momento se presentó seguido de otros once. L. Flavio Domiciano ha muerto á manos del gran Lúculo.

—Mientes, replicó Paulina.

—No chilles de este modo, niña, y ademas dispone á seguirnos en este momento, y eso sin replicar; pues yo soy inexorable como el destino. Vamos, niña, sigueme.

—Eso no lo harás, Paluto, mientras yo viva. ¿Este era el asunto que habias de comunicarla? Eres Paluto un infame y un traidor.

—Callate vieja infernal, de lo contrario voy á sacarte las tripas.

—Pérfido, ladron. ¿Piensas que tu crímen quede impune esta vez? ¿Ignoras que toda Pollentia volará en ausilio de la hija del ilustre L. F. Paulino?

—Acaba muger de una fealdad sobresaliente.

Al decir estas palabras, Paluto tomó por el brazo á Paulina y arrastróla consigo. Bobilia abalanzóse á Paluto y entre los dos se trabó una desigual lucha; empero, és-

te de una puñalada que le asestó en el corazon la dejó muerta instantáneamente, y luego su cadáver fué arrojado al mar. Paulina cayó desmayada, pero en hombros de cuatro foragidos fue conducida camino de la Peña roja.

A cuarenta pasos escasos de ella é inmediatos á un profundo precipicio tuvieron, bien á pesar suyo, que hacer alto porque habian sido alcanzados por seis formidables guerreros, L. F. Domiciano, M. Cleonte Valerio, Tulio Ceson, M. Emilio Faustino, Vibio Manliano y Posthumio, con los cuales ya no era posible eludir el mas fiero y mas rabioso de los combates. Bien lo conoció Paluto. Por este motivo dijo en alta voz: Galerio no te muevas de la entrada de la Peña roja. Como saben los lectores Galerio no pudo oirlo. Seguidamente Paluto, soltando una carcajada infernal en señal de triunfo, apoderóse de Paulina y la colocó al borde del precipicio, y entónces dijo: L. F. Domiciano, si dais un solo paso mas hácia nosotros, Paulina será arrojada sin piedad á los abismos.

L. F. Domiciano palideció, y luego mandó hacer alto á los suyos, diciendo á Paluto: ¿Qué te ha hecho Paulina para matarla?

—Yo no estoy obligado á daros satisfacciones; cumplo una órden de Lúculo, y esta órden será cumplida en todas sus partes.

—Dices la verdad, Paluto; pues Lúculo me ha hecho sabedor de este infame proyecto y agradecido á la vida que le he dejado, él en persona queria pasar conmigo aquí para mandarte que me entregues Paulina.

—¿Con qué vos no habeis muerto á Lúculo? Se me hace muy cuesta arriba el creerlo.

—No lo dudo, respondió Cleonte. Ni tú ni los de tu

calaña sois capaces de comprender una accion generosa; bastante lo demuestra tu intento de matar á un criatura inocente, que, en su vida no te ha hecho el menor de los males ni la menor de las ofensas. ¿Dí, Paluto, te parece que tu conducta es propia de ningun hombre valiente? ¿Qué bien ha de resultarte de cometer tan vil atentado?

—¿Y qué bien pensais que ha de resultar á L. F. Domiciano, de no haber matado á Lúculo?

Perdonando á Lúculo, el señor Flavio ha hecho una mala obra, muy mala; el tiempo doy por testigo.

—¿Y es un amigo de Lúculo quien habla de este modo? ¿Quién comprende vuestros afectos?

—¡Yo amigo de Lúculo! Os engañais. No hay ningun hombre, á menos de ser un imbécil, todo un jumento, que pueda ser amigo de semejante mónstruo: antes ha de convertirse en una bestia embrutecida renunciando á todo cuanto tenia de racional, por esta razon le he tratado siempre como se merece; es decir á latigazos. He aqui del modo que he sido su amigo.

—A pesar de cuanto dices, tu has removido cielo y tierra para que Lúculo pudiese ejercer toda clase de maldades, prueba de que tú no dices la verdad, ó cuando menos que tienes con él una innegable analogía de sentimientos.

—Es necesario querer con todas sus faltas á los que nos proporcionan medios de medrar y sacar la panza de mal año. Yo me era un miserable, y ofreciéndome Lúculo medio de hacer mi agosto, lo agarré con ambas manos, porque fuera de asaz tonto no hacerlo así. A su sombra he estafado y hecho cosas peores, es verdad. Mas, ya está hecho, y á lo hecho pecho. Hasta hoy he sido partidario de Lúculo, pero no lo seré mas.

—¿Y de quién quieres ser partidario ahora?

—De mi mismo.

—¿Y con qué fin no quieres entregar Paulina?

—¡Cuidado, señor Flavio, que estais muy impertinente con vuestras preguntas! Sin embargo, como no puedo temeros, nada os ocultaré. Soy hombre como vos, y Paulina me gusta tanto á mí como pueda gustaros á vos; y como ella está en mi poder, y yo tengo la certeza de que el régimen de la virtud es contrario á mis hábitos y temperamento, necesito á Paulina. ¿Comprendeis? Creo que sí. Mas, tambien os declaro que, siendome yo mas testarudo que un asno rojo, Paulina será mia ó de nadie.

—Pero tú Paluto estás loco. ¿Puedes ni aun soñar que tan criminal atentado quede impune? Aqui estamos seis para morir destrozándote y desollarte vivo. ¿Qué vas á ganar pues. Date á partido que es lo que te conviene. ¿Cuánto pides para poner á Paulina en libertad?

Paluto soltó una insolente y provocativa carcajada, y despues dijo: Aguardaba vuestra amenaza y vuestra propuesta. Nosotros somos doce y otro que no veis, total trece. Cuando vosotros seis nos hayais vencido, cosa que está muy distante de ser un problema resuelto, porque cada uno de los mios basta para hacer sudar el hopo á cualquiera de vosotros, solo habreis logrado el cadáver de Paulina destrozado. Y en prueba de lo que os digo, os mando que os retireis de seguida y sin chistar; de lo contrario la arrojo al abismo.

Paluto levantó en alto á Paulina haciendo ademan de poner en obra su amenaza. Mas, Flavio que habia visto á su criado Corinito ya muy cerca de Paluto arrastrándose como una culebra, con la rapidez de concepcion que

da la proximidad del peligro, mandó retirar á los suyos diciendo: Como ves, Paluto, nos retiramos para salvar la vida á esa celestial criatura. No obstante, espero que me escuches lo último que voy á proponerte que creo no dejará de interesarte.

—Bien. Ya escucho. ¿Qué quereis?

—Siéntate un rato y pon atencion á lo que voy á decirte.

Paluto se sentó, sentando Paulina en el borde del precipicio. Hablad pronto.

—Yo te conjuro por cuanto hay de mas sagrado para tí que te pongas razonable, Paluto. No ignoras que los tribunales tienen mucho que ver con tus atentados.

—No lo ignoro. ¿Y qué?

—Pues bien. Yo te juro, que si dejas libre á Paulina, que, no tan solo tendrás la proteccion de su ilustre padre, sino que tambien te hará donacion de una cantidad de buen terreno que te baste para vivir holgadamente; y de un perdido que has sido hasta el presente, pases á ser un ciudadano honrado y un propietario no despreciable.

—Lo que me proponeis, señor Flavio, es un ardid vuestro. Mas, aun que sea cierto, yo no acepto: Paulina ha de ser mia ó de nadie. Por consiguiente, os mando por la última vez que os retireis, sino.....

Paluto no pudo concluir la frase porque Corinito con una vigorosa mano arrebató á Paulina de su lado y sacadola del peligroso puesto que ocupaba, y con la otra le habia arrojado de espaldas á tierra, diciendo á Paulina: Pronto, poneos detras de esta peña, y dejad lo demas para nosotros. Ahora, tú infame, ladron y asesino; has de habertelas conmigo.

No bien Corinito hubo dicho estas palabras á Paluto, trabóse una lucha mortal entre los dos, y otra entre los otros once con los seis héroes que al modo de un rayo destructor, habíanse lanzado sobre aquellos. Paluto habia herido con una puñalada á Corinito en la parte superior de la frente, pero levantado en alto por éste, fue lanzado al abismo. Poco, muy poco tardaron Flavio y sus dignos compañeros en hacer lo mismo con los demas foragidos. Todos fueron arrojados abajo del precipicio, sin que de ellos se escapase uno que pudiera contarlo; con lo cual cumplióse la profecía de Corinito y de M. Cleonte Valerio. Libres ya de enemigos, L. F. Domiciano voló á Paulina, que agitada, trémula y abatida por tan terribles emociones estábase como anonadada. Paulina, mi querida Paulina, la dijo, levántate, ya estás libre, vamos, nada temas, tu infame raptor ha pagado ya sus horrorosos crímenes, y tú, ninfa celeste, vas á volver la tranquilidad y la alegria á tu ilustre y dignísimo padre. ¿No me conoces? Soy Flavio que por una mirada tuya daria gustoso mil vidas que tuviera.

Disipada al fin la especie de paralisis moral que la habia sumido en estado semi-cataléptico, Paulina dió un grito de alegre sorpresa. Su rostro púsose un color de rosa subido, y luego radiante de hermosura se precipitó en los brazos de Flavio diciéndole entre sollozos: ¡Ah! ¿Eres tú, querido Flavio de mi alma? ¿Con qué saliste vencedor en el duelo? ¡Cuántas angustias, cuántas ansias y cuán atroces tormentos he pasado hoy! Se me habia dicho que habias muerto, pero yo no lo creia. ¡Qué emocion siento aquí! señalándose al corazon. Mi querido Flavio ¡cuán feliz soy ahora! Vámonos pronto á ver á mi amado padre para li-

brarle de la cruel zozobra en que estará. ¡Pobre papá mio! ¡Y la pobre Bobilia! ¡Ah! ¿No sabes que Paluto la ha matado de una puñalada? ¡Infeliz ama! La han asesinado porque me defendia.

Paulina se deshacia en amargo llanto.

—Basta, querida mia. No pienses mas en eso, y vámonos á encontrar á tu papá, quien á estas horas estoy seguro viene en busca tuya.

Asi era en efecto. Vibio Manliano habia dicho á Placidia lo que sospechaba estar pasando en la Peña roja, cuya noticia cundió confusa entre tantos millares de espectadores, sin que ninguno atinase con lo cierto. Sin embargo, el padre de Paulina marchó á escape á su casa, y no encontrando á Paulina apoderóse de él la inquietud y la mas insoportable de las incertidumbres. ¿En dónde está Paulina? preguntó á uno de sus criados.

—No sé. Empero creo se ha ido al puerto menor con la vieja Bobilia. Mientras se tenia este coloquio, un jóven pastor pidió permiso para hablar á L. F. Paulino.

—Que entre al instante.

—¿Qué me quieres jóven?

—Señor, yo conozco á vuestra hija, no tan solo por que es la criatura mas hermosa del mundo, sino porque tambien ha venido dos veces á mi casa para socorrer á mi pobre madre que ha estado muy enferma.

—¿Quiéres otra limosna?

—¡Oh! no. He venido para deciros que doce hombres de mal aspecto se la llevan desmayada hacia la Peña roja.

—¿Qué dices hombre? ¿Quiénes son estos traidores?

—No puedo deciroslo; solo he conocido al milano llamado Sicino Paluto.

Fuera de sí con tal noticia, el padre de Paulina hizo pasar recado al pretor Anco Marcio dándole cuenta del atentado cometido contra su hija. Seguidamente mandó armar á todos sus criados y que le siguiesen. Al estar en la calle topó con Placidia, el padre de ésta y mas de cien hombres armados, que voluntariamente habíanse ofrecido para libertar á Paulina. Placidia le dijo que L. F. Domiciano y los otros cinco de sus compañeros con su criado Corinito estaban ya en la Peña roja.

El padre de Paulina respiró, y de seguida emprendió la marcha. Empero, era tal el justo pestigio de que gozaba en Pollentia, que á un cuarto de legua distante de la poblacion, ya se le habian reunido mas de tres mil hombres, y á la cabeza de ellos venian Anco Marcio, Lucio Vibio, Quinto Cecilio Catulio y otros cien mas. Empero, debemos consignar aquí, que todo este aparato de fuerzas ni aun sextuplicadas no hubieran librado á Paulina, si Paluto hubiese podido encerrarla en la Peña roja. En el interin que estos adelantaban hacia ella, Paulina y sus libertadores adelantaban bajando, y pronto debian encontrarse unos y otros, como asi sucedió.

L. F. Domiciano cojeaba porque habia recibibo una pedrada en el mismo muslo en que tenia una ligera herida hecha por Lúculo. Corinito bromeaba con toda la gracia que le era peculiar, á pesar del dolor que le hacia sentir la herida en la parte superior del coronal. M. Cleonte Valerio tambien tenia dos heridas leves de dardo, una en la espalda izquierda y otra en una pierna. Tulio Ceson habia recibido dos contusiones que no le estorbaron el soltar sus acostumbradas pullas, con las cuales habíase propuesto distraer á Paulina. M. Emilio Faustino y Posthu-

mio habian salido ilesos. A una mitad del camino estarian, cuando padre é hija se encontraron. Nuestra pluma pero es demasiado tosca para describir el lenguaje de dos corazones conmovidos con tan amantes sentimientos L. F. Paulino corrió deshalado, loco y fuera de sí de alegria á abrazar á Paulina llenándola de besos y bañándola el rostro de abundantes lágrimas. Hija querida de mi alma, ¡cuánto debo á estos héroes que te han librado de la deshonra! Venid, venid todos que quiero besar vuestros piés. Ven tú valiente Flavio á mis brazos, haced lo mismo todos, dadme este consuelo. Acércate bravo M. Cleonte, tú honrarás á nuestra patria porque eres valiente entre los valientes y serás un ilustre guerrero; no te adulo, digo lo que siento y lo que realmente serás. Ahora tú Tulio Ceson, abrazame. ¿Siéntes los latidos de mi corazon? Pues bien, yo te predigo que serás un senador ilustre, elocùente y arrastrador. Tambien tú Marco Emilio serás uno de tantos hijos que darán lustre á nuestra patria, y tú Vibio Manliano serás otra lumbrera de nuestra Pollentia y digno sucesor de Lucio Vibio tu padre. Igualmente tú apreciable Posthumio, nadie habrá que no admire tu honradez, tu noble entereza y tu acendrado patriotismo. Bien. Ahora estamos iguales, me habeis abrazado y os he abrazado; empero faltame besar vuestros piés.

Diciendo esto intentó hacerlo asi, lo que no se le permitió. Era un espectáculo tierno ver los estremos de agradecimiento de un anciano tan respetable, cubierto de honrosas cicatrices, como lo era el padre de Paulina, quien tantas veces impávido y sereno habia arrostrado los mayores peligros en la larga guerra que como general en gefe habia sostenido contra los marcomanos y suevos, llorar

como un niño y hasta querer besar los piés de los libertadores de su hija Paulina. Fue tal el enternecimiento de los espectadores, que no hubo uno solo que no llorase. Mas, pasado este primer momento de desahogo. L. F. Domiciano dijo: Ilustre padre conscrito, la mas rigurosa justicia me obliga á declarar ante todo el mundo, que el libertador de Paulina, es Vulpio Corinito mi criado; sin él, vuestra hija estaria presa en la Peña roja, ó cuando menos ya seria muerta y destrozada en el fondo del precipicio que sirve de sepultura á todos los foragidos.

Entónces refirió por estenso cuanto sobre este particular llevamos escrito. En su vista, el padre de Paulina llamó á Corinito á quien abrazó con toda la efusion de su grande alma, diciéndole: Querido Corinito, desde hoy me honraré con tu amistad, y cuanto me pidas se te será concedido con tal que la cosa esté en mi mano el poder concederla Pídeme ahora, pues, una gracia.

—¡Gracia! ¿Qué mayor gracia para mí que la de contar por amigo á un hombre tan ilustre como lo sois vos? No quiero mas gracias.

—¡Ah! ¡Y cuán noble desprendimiento es el tuyo, Corinito! ¡Cuánta verdad es que «dime con quien andas y diréte yo tú quien eres» es decir, «no con quien naces sino con quien paces!» Sin embargo, quedas nombrado el mayoral de todos mis bienes con el sueldo que tu mismo te señales.

—Siento, padre conscrito, no poder aceptar vuestra gracia; pues yo me soy todo de mi actual amo y quiero serlo hasta que cierre el ojo para siempre.

—Muy bien, Corinito. Mas, vamonos que se hace tarde. Ya me cuidaré de demostrarte mi agradecimiento.

Seguidamente se emprendió la marcha hácia Pollentia, en la que entraron al ponerse el sol

Toda la ciudad estaba en movimiento, victoreando de un modo frenético á todos los libertadores de Paulina, y arrojando infinidad de coronas de laurel á L. F. Domiciano el vencedor del detestable tirano Lúculo como llamaban á éste.

Nadie hubo que no se presentase á casa de L. F. Paulino á darle el parabien por la libertad de su hija Paulina. Tampoco que no pasase á dar la enhorabuena á L. F. Domiciano por su glorioso triunfo.

Todos los heridos fueron curados en pocos dias por M. Licino Philomuso. Pollentia entró en su estado normal desde que Lúculo fue vencido.

SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO IV.

LOS JUEGOS OLÍMPICOS.

Cuatro meses habian pasado desde la derrota de Lúculo, y el sol de la verdadera libertad, en tan corto espacio de tiempo, disipó brillante y esplendoroso hasta la menor sombra de las que, cual capa mortuoria, cubrian á Pollentia con el feróz despotismo de aquel. ¡Cuántos males acarrea la ambicion desmedida de un tirano! A mediados del mes de Flora (mayo) un sin número de gente de todas edades y categorías hablaba con una agitacion extraordinaria, agrupada en la espaciosa plaza de la Concordia, en medio de la cual, ostentábase sobre una columna de mármol, la estatua ecuestre de Quinto Cecilio Metelo. (6) En el rostro de los jóvenes se trasparentaban, con los mas vivos colores, los deseos de combate y de gloria. Es que se estaba levantando y adornando un palenque para celebrar los juegos olímpicos, y con este motivo la juventud

se impacientaba, y no veia la hora de poder ostentar á los ojos de su querida, su destreza, agilidad y bizarría: es que en aquellos tiempos heróicos, la bravura y la habilidad en el manejo de las armas era una cualidad recomendabilísima: es que en aquellos juegos se ganaban honra, premio y corazones de hermosas: es que se sabia que la reina de la hermosura, á quien los vencedores habian de ofrecer los premios, lo habia de ser la muy noble Flavia Paulina Mammea, que, como se sabe, pasaba tambien por la mas bella de Pollentia: es que, atendido el estado convaleciente del muy noble L. F. Domiciano, les asegurara que no tomaria parte en los juegos y combates: es que su valiente amigo M. Cleonte Valerio, tambien les prometió lo mismo, á no ser que algun estrangero venciera á sus compatricios: y es en fin, que jóvenes y viejos, padres é hijos, madres é hijas, todos rebozando la alegria en sus semblantes, ansiaban que llegase la hora de presenciar aquel grandioso espectáculo. No se ignoraban los peligros de semejantes juegos, y sin embargo; ninguna funcion era tan de su gusto (*)

Al dia siguiente súpose que dos arrogantes jóvenes estrangeros habian desembarcado el dia antes con un respetable número de criados, y que estaban en ánimo de disputar los premios reservados á los vencedores en la lucha y el combate. Con tal nueva, muchos jóvenes pasaron á casa de L. F. Domiciano (*) con el fin de ponerse

---

(*) Bárbaros y no heróicos eran aquellos tiempos, dirán algunos. Si, bárbaros bajo este concepto. ¿Quien lo duda? Empero, ¿son menos bárbaras las corridas de toros de nuestro ilustradísimo siglo?

(*) Desde aqui en adelante se conocerá este personage con el solo nombre de «Flavio.»

de acuerdo en la lucha y combate que habian de sostener contra los dos atletas en cuestion.

—Estoy mas enterado que vosotros, contestó Flavio con su afabilidad y finura de costumbre He visto y hablado largamente con los estrangeros, y á deciros la verdad, son dos dignos competidores si hemos de juzgarlos por las apariencias. Ellos, es cierto que tienen un aspecto algo rudo y salvaje; no obstante, hay profundidad en su mirada, altivéz en su frente, penetracion y muchos algos de curiosidad quizá misteriosa.

Han trasmitido al lienzo la hermosa torre del faro, mandada construir sobre el monte de la parte de poniente por Obtato Servilio que la ha pagado de su dinero, como lo sabeis, para adorno y esplendor de nuestra patria. Tambien nuestra ciudad y hasta sus muros. Me he quedado estupefacto al ver la exactitud del dibujo sacado en solo un dia.

El que parece gefe me ha dicho, que, habiendo sido sorprendido, tanto por la elegancia de nuestra Pollentia, como por su encantadora situacion topográfica, no habia podido menos de mandar trasmitir una y otra al lienzo para presentarla á su padre. En cuanto á lo demás ha añadido unicamente que, habiéndolos enterado, en el puerto, de que dentro un par de dias habian de celebrarse los juegos olímpicos, se quedaban para verlos. En el caso, pues, que tomen parte en ellos, como asi lo creo, yo me estoy en ánimo de probar fortuna en contra de uno de los dos, aunque se me lo ha prohibido M. Licino Philomuso.

—Y tiene razon de sobra el médico, respondió Cleonte. Tu no te batirás porque no has recuperado todavia todas tus fuerzas.

—Has dicho, Cleonte, un solemne disparate. ¿Y sabes por qué? Porque quiero batirme para demostrarte cuanto te engañas y contigo el médico. Además, que me estoy yo muy seguro, que los estrangeros harán sudar la gota gorda á mas de cuatro de nosotros. Tened presente que son hombres del norte endurecidos con toda clase de trabajos corporales y de ejercicios ginnásticos: hombres casi salvajes que no tienen mayor gloria que la fuerza bruta, y entiende que la suya es prodigiosa.

—No lo dudo; empero, el arte vence á la fuerza bruta; por eso la superioridad estará siempre de parte de la inteligencia.

—Sin embargo, conceptuo, que en el caso presente, poca cosa es la superioridad moral si no va acompañada de la superioridad física: un hombre completo solo lo es reuniendo estas dos cualidades; y supuesto que tú, Cleonte las reunes en grado envidiable, prepárate para dejar conmigo en buen puesto el honor de nuestra patria. Los estrangeros no han de quedar con la gloria del triunfo; esta es la aspiracion ardiente de vuestros corazones, porque amais debidamente el esplendor de Pollentia. Empero, si no se presentan á disputar los premios, me estaré con los brazos cruzados contemplando vuestra gentileza y gallardía en el Circo.

—Se me presenta una dificultad difícil de salvar, añadió el jóven Macrino Varro, y es que, segun me ha informado mi padre, la bella Paulina Mammea no ha querido aceptar el ser la reina de la hermosura, sino con la condicion de que los jueces del Circo no han de permitir que Flavio se bata.

—¿Es eso cierto?

—¡Vaya si lo es! Bien sabes que mi padre ha de ser uno de los jueces.

—Pues yo haré que Paulina solo acepte con la circunstancia indispensable de que yo haya de entrar en la lid, dado el caso que los estrangeros tomen parte en ella: jurólo por Pluton y por la laguna Estigia.

Con tal formal juramento, nadie se atrevió ya á replicar.

Cleonte dijo entónces haber averiguado que uno de los estrangeros era el príncipe Gunderico, y su compañero se llamaba Walias, quienes solo contaban 24 años de edad.

—Ni tú ni yo tenemos mas, respondió Flavio.

Tan luego como los amigos de este le dejaron solo, fuese á avistarse con Paulina, á la que dió un hermoso anillo de oro (7) y obtuvo su permiso para tomar parte en la lid. Como lo arregló Flavio para hacer condescender á Paulina, esto es lo que ignoramos.

Llegado el suspirado dia en que habian de tener lugar los juegos, y decimos suspirado, porque la animacion de los tres anteriores fue tan viva, que la fiesta precedió á la fiesta. Todos los moradores de la ciudad, apenas apuntó el alba, pusiéronse en movimiento. Las jóvenes instigadas por el deseo de impresiones nuevas y por otro siempre constante y vivo en ellas, cual lo es el de lucir sus gracias y hermosura, procuraban afanosas dar realce á esta con adornos de oro y flores que enlazaban en sus cabellos. Una de tantas, Placidia, despues de concluido su tocador que lá dejó arrebatadora y semejante á una silfide de Ossian, abrió la ventana de su cuarto que daba al oriente, y luego descubrió á la aurora, precursora del nuevo dia,

brillante y magestuosa. ¡Ah! Esta es cabalmente la hora de la cita. Placidia dirigió los ojos á la calle y no vió á nadie. Su corazon latió de amor, latió de emocion, de esperanza y de temor todo á un tiempo: y no era estraño, pues su querido M. Emilio, tan bizarro como valiente, habia jurado la noche anterior, morir ó quedar con la victoria batiéndose con uno de los estrangeros. Por eso pidió á Placidia un lazo en el cual estuvieran bordados con cabellos de la misma el nombre de ambos.

Placidia con su amiga Rosilia trabajó buena parte de la noche para complacer á su amante; y como acordasen tener una entrevista poco antes de amanecer, he aquí la causa de estarse en la ventana en aquella hora.

Marco Emilio no tardó en presentarse. Buenos dias, vida de mi vida y hermosa entre las mas bellas.

—Este te sea tan feliz como te lo desea tú Placidia y ¡quiera el cielo que salgas ileso de esos terribles juegos! Ahí tienes el lazo que me pediste anoche.

Marco Emilio lo tomó con frenesí diciendo: Ahora con este inestimable talisman de mucho mas valor para mi que la egida de Minerva, nada temas, amor mio. Con este lazo me batiria con el dios Marte, y estoy seguro que la victoria coronaria mis sienes. Pero, yo no puedo batirme por hoy, pues en casa de Flavio, de donde vengo, hemos almorzado todos sus amigos, y despues la suerte ha decidido que Macrino Varro y Posthumio Pollio han de ser los mantenedores de la lucha. En cuanto al combate, se lo han reservado Flavio y Cleonte. Por este motivo me estoy de baja, y tengo mi corazon agitado por las furias del tártaro. ¿Qué clase de mérito podré yo adquirir en este dia? En donde no hay lucha no hay gloria; y tu sabes

que á mi me abrasa tanto la sed de esta como la de tu amor.

Con tal relato los ojos de Placidia brillaron animados de suprema alegria, y una espresion de placer y de entusiasmo se retrató en su seductor semblante. De placer, porque su corazon comprimido hasta entónces por el temor se dilató, creyendo á su amado libre de un inminente peligro. Y de entusiasmo porque con tales adalides contaba por segura la victoria de sus paisanos. ¡Con cuánta facilidad creemos lo que deseamos!

—Siendo tu desazon, querido mio, mas, ya ves que de este modo lo ha dispuesto la suerte, y lo mejor es conformarse con ella. Pero, dime ¿qué has de hacer en el Circo?

—He sido nombrado gefe del escuadron troyano, he de correr la sortija, armar el arco, tirar al blanco y simular un combate de lanza y espada; eso es todo: lo que equivale á un buen puñado de moscas que digamos.

—¡Que insaciable eres á la par de envidioso!

—Si envidio la gloria es con el único fin de rendírtela á tus piés. Mas, Placidia, es hora de retirarme, pues ya oyes ese rumor que crece á cada instante ocasionado por la gente que se dispone á pasar al Circo.

—Lo mismo queria yo decirte. Vete, querido de mi alma.

Marco Emilio se fue luego á armarse; y en el interin que tibias ráfagas de luz apagaban á millones las estrellas, poniendo patentes todos los objetos, los moradores de Pollentia se afanaban para pasar al Circo. Por todas partes oíase un rumor indescriptible promovido por un inmenso quirigay, por risotadas, por órdenes dadas en alta voz, por algazara de jóvenes atolondrados, por lloro

de niños, por pisadas y relinchos de caballos, por crugido de armas y por el áspero chirrido de carrozas, que confundido todo, formaba un estraño concierto; una música que no dejaba de tener sus encantos, á la par que aumentaba la animacion como poderoso escitante del espíritu.

Una hora despues, la plaza de la Concordia adornada con mucha magnificencia, estuvo ocupada por millares de espectadores inquietos y bulliciosos. Los unos charlaban muy alto, otros reian, otros gritaban, algunos tosian, muchos palmoteaban solo por palmotear, dirigiendo á este, á aquel y al de mas allá saludos entusiastas, recibiéndolos tanto ó mas animados de aquel, de este, de allí y de allá. Escusado es decir que los amantes cambiaban miradas magnéticas tanto mas ardientes cuanto mayor era el entusiasmo de que tenian saturada la sangre, permítasenos esta espresion, además de los piropos que se trasmitia uno y otro sexo. No faltaban tampoco salerosas pullas, ni apuestas á favor de fulano, de sutano ó de merengano. En una palabra, allí todo era movimiento, prosopopeya, animacion, vida en fin.

El sol que apareció brillante reclinado sobre el bravio y hermoso monte de la parte oriental, cual ojo de Dios mirando al mundo, como con tanta gracia lo ha dicho así un escritor metafórico, hiriendo con sus rayos de oro las tres filas de colgaduras de diferentes colores con que estaban adornados los palcos, hizo representar un esplendente arco-iris que, unido á los demás adornos, daba un golpe de vista sorprendente.

A un estremo de la plaza elevábase un magestuoso trono, en el cual viéronse, á las siete en punto, á Pauli-

na, acompañada de sus amigas Placidia, Rosilia, Cornelia y otras, todas radiantes de juventud, de vida y de épica hermosura. A un lado habia un magnífico catafalco, y sentados en el los jueces del circo, teniendo patentes los ricos presentes con que habian de premiar á los vencedores.

De repente cesó, como por encanto aquella bulliciosa algarabia, sucediendo á ella un silencio misterioso. Es que, á una señal del clarin entró por la parte de occidente el escuadron troyano, compuesto de treinta jóvenes sobre briosos corceles, trayendo esculpido en sus escudos el blason de su esclarecida estirpe. Sus cascos de bruñido acero guarnecidos de plumas blancas y encarnadas, deslumbraban al ser heridos por los rayos del sol. De sus lanzas pendia una banderola encarnada, que con los movimientos, parecíase á un campo flotante de amapolas.

Este brillante escuadron marchó en órden de batalla, no parando hasta el otro estremo de la plaza en que estaba colocado el trono ocupado por la reina de la hermosura. Marco Emilio, despues de ejecutadas las mas vistosas evoluciones, hizo arrodillar su caballo ante el trono. En su vista, un estrépito de aplausos resonó atronador á gran distancia, y seguidamente una lluvia de aromáticas flores tiradas desde los palcos y ventanas, cubrió al escuadron. ¡Viva el escuadron troyano! esclamó la multitud. ¡Viva Marco Emilio Faustino! repitieron las mismas voces.

Placidia loca de amor y delirante de entusiasmo, arrojó á su querido una corona de rosas y claveles. Marco Emilio y los suyos pusiéronse á caracolear, dando dos vueltas á medio escape por la plaza. Entónces divididos

quince contra quince, simularon un combate de lanza, en el cual no faltaron caidas, fuertes batacazos y no pocas contusiones; empero, por fortuna ninguna desgracia. M. Emilio, semejante al genio de la guerra siempre salió victorioso en todos sus encuentros. Los jueces iban ya á adjudicarle el premio, cuando á deshora apareció en la plaza un arrogante guerrero sobre un fogoso caballo que llamó la atencion de todos.

—¡Oh! Ahí está Tulio Ceson, dijo Paulina á Placidia. Tu desdeñado amante habrá venido á disputar el premio á M. Emilio su rival. ¡Cuanta gallardía ostenta hoy T. Ceson! ¿Verdad?

Placidia palideció y palideció con razon; pues conocia la bravura de tal adalid, á la par de su gran destreza en el manejo de las armas.

—Ah! ¡Cuanto temo una desgracia! hermosa Paulina.

—¿Temes que M. Emilio sea vencido? Creo, querida Placidia, que no le será facil á T. Ceson salir con la victoria. ¿No has visto la soltura y vigor con que tu amante se ha portado hasta ahora en la lid? ¿Y cuanto mayor será teniendo que habérselas con su rival?

—Así es como lo dices. Mas, ¿has olvidado tu la serenidad, vigor y sangre fria de T. Ceson en el duelo entre él y M. Emilio? Para concluir el duelo que yo impedí pasar adelante y que no puedo impedir hoy, he aquí la causa de la presencia de T. Ceson en el circo. ¿Crees que él tan pundonoroso como se es, haya olvidado el bochorno que, con muy poca premeditacion le dí en casa de Q. C. Catulio?

La presencia de T. Ceson interrumpió este diálogo, quien dijo: He venido, noble Paulina á presentarte el de-

bido homenaje, no tan solo porque se te debe como á reina del circo, sino que tambien por serlo de la hermosura del mundo todo. Y tú bella Placidia digna compañera de Paulina, recibe igualmente de mi parte el tributo de admiracion que te pago con todas mis potencias y con mi alma toda. Bien se que mis obsequios te hacen poca mella, porque tu corazon está ocupado por la imagen de otro hombre mas feliz que yo, supuesto que tu voluntad que acato como á una ley sagrada, ha impedido, desde cierta noche fatal para mí, el remontarme, ni una sola vez mas, al plácido cielo de mis ensueños. No te hago un cargo por ello; eres muy libre de amar á quien quieras; empero, no tomes á mal que yo le dispute el premio que quiere ofrecerte. En este dia todos tenemos iguales derechos á los suyos; y como yo puedo ganar el tal premio, no puedo dejar de probar fortuna para ofrecértelo tambien; y atendido á que no me queda la mas mínima esperanza de obtener tu correspondencia que me haria el mas feliz de los mortales, en prueba de la pureza de mi amor, y conformándome con mi suerte, no aspiro ni espero tampoco otra recompensa que un buen recuerdo tuyo á mi persona, y eso me basta.

Concluida esta corta arenga, hizo un gracioso saludo y fuese á los jueces á retar á M. Emilio á singular combate. Aceptado por este y aguijoneado por los celos que le punzaban crueles, preséntose gentil é imponente ante Tulio Ceson diciéndole: acepto el reto, pero antes quiero pedir á los jueces que, en lugar de lanza embotada se verifique con afilado acero.

—Sea como dices, contestó T. Ceson con aquella razon fria capaz de imponer á cualquiera que no estuviese

tan ciego en su amor propio como lo estaba M. Emilio. Seguidamente los dos requirieron de los jueces el permiso para un duelo en regla.

—Eso no puede ser, contestaron estos. El duelo tal como lo exigis, queda reservado á cuatro campeones que lo tendrán por final de estos juegos. Si quereis batiros, hacedlo con lanza embotada, como asi de antes está acordado y anunciado en el programa.

En el interin Paulina decia á Placidia: Convengo en que M. Emilio es mas hermoso de rostro que T. Ceson, pero este aventaja de mucho á aquel en finura de modales y en ilustracion. T. Ceson, á pesar de su juventud es ya un filósofo, como dice mi padre: es un hombre á quien se aprecia sin poderlo evitar: Su elocuencia arrastra y su dulzura seduce. Jamás he podido darme una razon de tu estraña conducta en casa de Q. C. Catulio.

—Cuanto has dicho, Paulina, es cierto. Mas, mil veces te he manifestado que mi corazon era ya todo entero de M. Emilio cuando T. Ceson me hizo su declaracion amorosa. En cuanto á mi estraña y anómala conducta en casa de Q. C. Catulio, he aqui la causa de ella. Toma y lee.

Placidia dió á Paulina la carta de T. Ceson que nunca abandonaba. Concluida su lectura, Paulina se sonrió maliciosamente.

—¿De que te ries, Paulina?

—De esta farsa y picardia que tú, á pesar de ser, Placidia, jóven de una inteligencia tan despejada, no supiste ó no quisiste conocer.

—No te entiendo á fe mia.

—Tu pasion á Marco Emilio tuvo una buena parte en

tu arranque brusco en casa de Q. C. Catulio. T. Ceson jamás ha tenido relaciones amorosas con Optimia y mucho menos con la descarada Pupia. Esta carta es de T. Ceson es verdad; empero, la tal carta no es de amores; es carta de gratitud por los servicios que esperaba de Optimia, nada mas. ¿Quién sabe si estos servicios tenian relacion contigo?

—Tal vez digas la verdad, pero ya no hay remedio. Mis votos al cielo, pues, serán ahora para que M. Emilio quede con la victoria.

—Bien. Nada tengo que replicar contra tus deseos; solo temo, que si tu amante sale victorioso, que lo pase mal su antagonista.

—Ah! ¿Quieres decir, querida amiga, que deseas que quien lo pase mal sea M. Emilio?

—No, Placidia. Lo que he querido significar es, que no hay que temer por la vida de tu querido, en caso que su competidor le rinda, porque cuanto mas ilustrado es el hombre, tanto mas le repugna el derramamiento de sangre.

Paulina no pudo continuar, porque los dos rivales, dividido el campo, partieron lanza en ristre, el uno contra el otro como un rayo; siendo tal el encuentro, que las lanzas fueron hechas astillas y los dos caballos tocaron al suelo con la grupa. Ninguna ventaja pero se reconoció en los dos ginetes; pues aunque ambos bambolearon en la silla, se mantuvieron firmes en ella. Levantados los corceles, desembainaron las espadas con igual brio y empezaron un combate que, por lo vivo no podia durar mucho sin tristes resultados. Con efecto: á las primeras de cambio, el escudo de T. Ceson fue falseado, y en recompensa buena parte de la cimera del yelmo de M. Emilio vino á tierra con estrépito.

Irritados los jueces, luego mandaron á veinte y cuatro lanceros que impidiesen pasase adelante la pelea por ser contraria á lo prevenido. Los combatientes obedecieron mal de su grado, y particularmente M. Emilio que soltó no pocas baladronadas y groseros insultos que fueron muy mal recibidos de los espectadores; al pasò que T. Ceson se retiró sereno y con cierta sonrisa en los labios que le conquistó muchas simpatías.

Los jueces repartieron el prémio por igual entre ambos adalides, y en el acto T. Ceson lo ofreció galante á Paulina, quien á su vez lo ofreció á Placidia, que, despues de un rato de indecision, acéptolo al fin plancentera dando las mas finas gracias á T. Ceson y dirigiéndole una mirada fija, benéfica y ardiente: mirada que valia mucho mas que un discurso, porque esta muda elocuencia del corazon no debió escapar á la sagacidad del jóven. ¿Qué habria pasado en el corazon de Placidia? Tal vez nada y quizá mucho.

Seguidamente se pasó al juego de la sortija. Lucio Lucrecio fue el primero, que partiendo airoso lanza en ristre y velóz, llegó á la sortija y diola por el estremo de arriba, faltando muy poco para llevarsela. Siguíole Volumnio Capito, y con no menor donaire que su antecesor, partió rápido como un ciervo y al llegar á la sortija tuvo igual suerte que Lucrecio. Otros seis jóvenes probaron fortuna, pero aquella herida en todas sus partes mantúvose firme. Entónces M. Emilio enristrada la lanza, partió rápido y vistoso, y enfiló la sortija que se llevó en medio de un palmoteo general.

Los jueces diéronle el premio consistente en un precioso anillo de oro. M. Emilio lo presentó junto con la me-

dia cadena de oro á Paulina, de cuyas manos pasó á las de Placidia.

Acto continuo, plantose en medio de la plaza un alto mastil todo revestido de flores y mirto, sobre el cual estaba atada una paloma por blanco de los tiros de flecha. Rutilio Balbo, por haberle tocado la suerte, fué el primero que disparó su aguda saeta contra la inocente paloma, pero quedó clavada en la parte superior del mastil, con cuyo golpe, espantada aquella probó inutilmente de escaparse.

Trebonio Camilo despidió la suya con tanta fuerza que arrancó la de Rutilio, cayendo ambas en el suelo. Nantio Craso y diez mas no fueron mas felices; todo lo cual visto por M. Emilio, armó su arco y disparó la suya, que cortando el lazo que sujetaba la paloma se puso á volar libre. Empero, Tulio Menenio disparó sonriendo su flecha, y luego un cuerpo inerte cayó en medio de la plaza: era la paloma traspasada de parte á parte por el certero tiro de este último que, como llevamos dicho, nunca erraba. Entre ruidosos aplausos, los jueces dieron á Menenio una dorada aljaba llena de mortíferas saetas, que ofreció galante á Paulina. Esta se las devolvió dándole las mas espresivas gracias y con la mas encantadora de las sonrisas le dijo: Estas armas en ninguna mano pueden tener el gran valor que tienen en las tuyas, Menenio, guárdalas para ti que tan buen uso sabes hacer de ellas.

Las carreras fueron brillantísimas, cuyo mayor premio se adjudicó á Corinito, á quien nadie se atrevió á disputarle el premio; motivo por el cual solo se le permitió entrar en lid una sola vez.

Serian ya las diez de la mañana, cuando sucedió un

silencio significativo, al bullicio, á la animacion y al ruido. Es que hasta aquel momento poco habia que temer por la vida de los competidores, y no podia ser lo mismo con los juegos que iban á empezar. Posthumio Pollio y Macrino Varro, jóvenes de los mas robustos, de los mas elegantes y de los mas simpáticos, entraron á la plaza para ser los mantenedores de la lucha. Poco despues, dos imponentes atletas, Gunderico y su compañero Walias, aparecieron allí orgullosos y provocadores, semejantes á dos formidables genios de destruccion, que, por do quier, su funesto paso habia de ser la calamidad, el estrago y la muerte.

Llegados ante los mantenedores, Gunderico, sonriendo burlonamente, dijo en tono de superioridad no poco chocante si se sentian en disposicion de luchar con ellos.

—Aqui estamos con el fin de complaceros, respondió Posthumio.

—Así lo creemos, contestó Walias. Tambien nosotros estamos en ánimo de daros el placer por duplicado, porque somos muy generosos en este particular; demasiado quizá.

—Bah! Estais graciosos con vuestras fanfarronadas, replicó Macrino. Vamos á ver.

Puestos los cuatro campeones en medio del palenque, midiendo cada uno con la vista á su contrario, á la señal del clarin y reinando un silencio sepulcral, acometiéronse furiosos. Posthumio asentó tan descomunal puñetazo á Gunderico que hizo estremecer todo su formidable cuerpo, y si hubiera logrado asentárselo de lleno á donde fué dirigido, probablemente nuestra antigua capital ostentaría hoy sus suntuosos edificios. ¡De cuán poca co-

sa depende á veces la suerte de una poblacion!

Viéndose Gunderico apremiado de un modo tan vigoroso y tan poco conforme con el concepto que habia formado de su adversario, rabioso cual otra hiena africana, descargaba sobre Posthumio sus terribles puños, pero con tan poca fortuna, que nunca lo alcanzaba de lleno; al mismo tiempo que recibia de este gentiles golpes que le desconcertaban haciéndole perder no poco terreno. Entónces echó el resto y abrazó á Posthumio para ahogarle entre sus brazos. Mas, en el mismo instante tuvo un nuevo desengaño que le obligó á mirar á los mallorquines con algun respeto mayor que antes; pues sintióse oprimir hasta no poder respirar. La lucha cuanto mas se prolongaba mas se encarnizaba, manteniendo en penosa zozobra á treinta mil espectadores. Gunderico sacudiendo desesperado á Posthumio, logró al fin arrojarlo á tierra. Dáte por vencido ó vas á morir le dijo.

Posthumio no respondió porque habia perdido el sentido, y cabalmente lo mismo acababa de suceder á Macrino.

Gunderico y Walias se contentaron con la victoria. Los jueces les dieron el premio que consistió en una hermosa espada á Gunderico, y un casco á Walias. Empero, fuera descuido ó premeditacion, ni el uno ni el otro lo ofrecieron, como era costumbre, á la reina de la hermosura.

Por tal desacato, la indignacion y el mas amargo disgusto se retrataron en el rostro de los espectadores, que murmuraban, se agitaban, se inquietaban y se enfurecian. Aquello era una marea que se embravecia mas y mas á cada momento, amenazando una esplosion de tristes é imprevistos resultados. Asi las cosas, un grito de alegre furor

resonó grave en la plaza. Flavio, el arrogante Flavio con toda su noble fiereza, pálido aun por su convalecencia, y su digno compañero Cleonte, ambos semejantes al dios Marte, acababan de aparecer en el circo. Los dos fueron el arco-iris que conjuró la tempestad: los dos inspiraron un frenético entusiasmo, alhagaron el abatido orgullo patrio que creian rebajado por la victoria de los estranjeros: orgullo que, en aquel instante se mostró gigante, magnífico, grandioso y mas imponente que nunca, apoderándose tan grata esperanza de mas de treinta mil espectadores, que estos no pudieron menos de demostrarlo con transportes de una alegria feroz. Sí, feroz, pues sus principales deseos eran ver espirar, acribillados de heridas, á Gunderico y á Walias.

Flavio, dirigiéndose á Gunderico díjole: Habeis luchado como héroes, y si no habeis muerto á vuestros adversarios, débese á vuestra nobleza y generosidad: os doy las gracias por ello. Ahora resta el combate á caballo ó á pié, del cual nosotros somos los mantenedores. El tal combate tanto puede ser con lanza embotada como con agudo hierro; elegid.

—A nosotros, respondió Gunderico, nó nos cuadran juegos de niños: quiero decir que nos acomoda mucho mas lanza con agudo hierro, buena espada y que la lid sea á pié.

—Estamos dispuestos á hacer y cumplir vuestros deseos en todas sus partes. Mas, entended que no queremos batirnos hasta pasada una hora, porque jamas se diga que vosotros estabais fatigados por la anterior lucha.

—¡Fatigados! Los hijos del norte no se fatigan por semejante bicoca.

—Temo que os seais muchos algos fanfarron; pues hemos visto todos que habeis tenido que sudar sangre por todos los poros para lograr la victoria, y que mas de una vez habeis estado á punto de ser vencidos.

—Yo?

—Vos. ¿Podeis pretender lo contrario?

—No niego que mi competidor, Posthumio, no sea todo un valiente; por esta razon no he querido matarlo. Sin embargo, os aseguro que mis fuerzas se estaban vigorosas cuando las suyas se habian agotado. Vos, bien á pesar vuestro, lo esperimentareis muy pronto: las lides, en lugar de consumir mis fuerzas me las aumentan.

En los lábios de Flavio y de Cleonte asomó una sonrisa casi de compasion. Armaos díjole Flavio.

Una hora despues, cuatro adalides cubiertos de lucidas armas se batian como tigres. El encuentro de Flavio con Gunderico fue como debia esperarse de tales contendientes, vigoroso y sangriento. La lanza de Gunderico falseó el escudo de Flavio hiriéndole en el brazo izquierdo, y la de éste rompió la coraza é hirió ligeramente á Gunderico en el pecho.

Irritados ambos por la herida, se descargaban tan recios y desaforados golpes, que sus escudos fueron hechos pedazos. Gunderico acosado por Flavio, fuele forzoso retroceder para reponerse, mas, habiendo sido nuevamente herido en el hombro izquierdo, lanzóse, frenético de furor, sobre su contrario, contando rendirle en la lucha como habia rendido á Posthumio. No obstante, á pesar de los esfuerzos sobrehumanos, el oso del norte fue arrojado á tierra y sujetado por Flavio que le intimó la rendicion, ó acabaria con él con la daga. Gunderico se rindió, pero

con el propósito de la mas terrible venganza en el corazon.

Cleonte y Walias tambien habian terminado la lid que no fue menos disputada que la de Flavio y Gunderico. Habiendo Walias recibido un desatinado golpe que le abolló el yelmo, cayó de rodillas arrojando mucha sangre por las narices. Cleonte le dijo: Ríndete ó vas á comer con Pluton.

Walias se rindió. Desde luego la plaza se undia de aplausos, de palmoteo, de griteria inconcebible y de vítores que se tributaron á Flavio y á Cleonte. Ademas, arrojáronse centenares de coronas de laurel; y al ofrecer el premio á la reina de la hermosura, ésta loca de gozo, frenética de amor y fascinadora con su hermosura casi divina, colocó en las sienes de su amante, Flavio, y en las de su amigo Cleonte, una rica corona de laurel cuyas hojas eran de plata y oro.

Fácil es inferir, que todos estos aplausos y tan merecida ovacion fueron dardos envenenados que mortificaron en demasía el amor propio de Gunderico. Por eso, no pudiendo reprimir su ira, fija su mirada sangrienta sobre Pollentia, dijo: «O yo dejaré de ser quien soy, ó esta orgullosa ciudad será pasada á sangre y á fuego, sin que quede piedra sobre piedra de toda su actual suntuosidad y gallardía.»

A las seis de la tarde del mismo dia, tres hombres sentados sobre la sierra ó colina de la entrada del puerto mayor tenian la conferencia que sigue: Se me ha dicho, príncipe, que habeis proyectado destruir Pollentia; y si quereis realizar este proyecto, yo os secundaré, porque tambien quiero como vos reducirla á cenizas. Estoy seguro que necesitais un ausilio como el mio, porque sé el mo-

do de combatir de los pollentines y los medios únicos que hay para vencerlos. Sin embargo, antes de comprometerme, exijo vuestra palabra de príncipe de que me dareis en vuestro reino un mando de general.

—¿Quién sois vos que tanto exigis? respondió Gunderico.

—Soy el noble Marco Lúculo Vero, y el mas rico de Pollentia tambien.

—Para traicionar á vuestra patria, fuerza es que vuestros motivos sean muy poderosos.

—Mi patria, valiente príncipe, es este mundo. Por consiguiente, no me hableis de patrias. Ademas, que mis motivos son los mismos que los vuestros: es decir que quiero vengar los ultrajes que he recibido de vuestro vencedor.

—¡Ah! ¿Tambien Flavio os ha vencido á vos? En este caso os creo un leal servidor mio.

—¿Si os seré leal? Dádme el mando que os pido, y no tendreis ningun vasallo mas leal que yo, ni Pollentia un enemigo mas cruel ni mas implacable: os lo juro por la laguna estigia.

—Ahora te creo, Lúculo. A media noche una lancha te aguardará aquí para pasar al reino de mi padre conmigo, y allí, bajo mi palabra te aseguro que se te conferirá el mando que solicitas. Anda vete. ¿Cómo se ha de llamar el nuevo vasallo de mi padre?

—Como querais.

—Farabungo. ¿Te acomoda?

—Mucho.

—Pues, asunto concluido.

Lúculo en la misma noche se embarcó con Gunderico, y doce años despues vendió todos sus cuantiosos bienes

y desapareció de Pollentia, sin que nadie sospechase su infame traicion.

A la misma hora de la conferencia que acabamos de describir, Corinito que, al salir del circo habíase encontrado con Cayo Junio, el amante de Annía Fundana, tenia con este la siguiente conversacion.

—Por fin, amigo Junio, veo que vives, y me alegro muy mucho, porque pensaba que la tierra te habia tragado, ó cuando menos que habias tenido la humorada de morirte de cuerpo entero. ¿Cómo se entiende esto?

—¿El qué Corinito?

—El no darme noticias tuyas ni de tu querida. Esa conducta tuya es una mostruosidad imperdonable. ¿Ignoras cuánto me interesaba yo en tu suerte? Díme, pues, ahora ¿cómo lo arreglaste para librar á tu querida del criminal intento de Lúculo?

—Annia tomó ciertos polvos que la hicieron vomitar las asaduras; y como Lúculo tiene un increible horror á los vómitos, abandonó por entónces su proyecto, aunque sin este requisito tampoco hubiera podido llevarlo á cabo. A la mañana siguiente dió órdenes reservadas á Rufo Marmentino el mayoral, y fuése al duelo con Flavio. Una hora despues Annia estaba libre y salvada, pues Rufo que al llevarla el almuerzo habia cerrado el cuarto con llave porque nadie entrase allí, fue muerto de una puñalada con que Annia se defendió de los depravados intentos de Rufo. Vas á ver lo que sucedió.

—¿Porqué has cerrado la puerta, Rufo?

—Porque tú y yo hemos de charlar sin testigos.

—Charla cuanto quieras, ya te escucho.

—Antes de todo has de saber hermosa Sempronia, que

yo me abraso por tí, te amo con toda mi alma.

—¡A fé que te esplicas como quien eres! es decir sin rodeos. Mas, en recompensa y para imitarte, te digo, Rufo, que yo no quiero que me ames; prefiero tu odio.

—¿Y porqué Sempronia?

—Porque tu alma es necia y tonta, y porque todo tú eres un bestiaza salvaje.

—Si tu supieras la comision que me ha dado Lúculo al marcharse al duelo con Flavio, á buen seguro que guardarias tus desdenes para mejor ocasion, y menos aun irritarias á la bestiaza.

—¿Qué comision?

—Me ha encargado, nada menos, que, en caso de morir en el duelo, que yo te mate á tí sin compasion. Empero, si él sale victorioso, esta noche..... ya comprendes.

Sempronia palideció, y á la par tembló viendose encerrada con semejante mónstruo, y mas temió aun por lo que le esperaba si Lúculo salia vencedor. Su situacion era, pues, desesperada. Por tal motivo resolvió hacer de las tripas corazon, y al mismo tiempo sacar partido del amor que sentia por ella su verdugo. Con tal fin, díjole: ¿Y tú, Rufo, quiéres cumplir una comision tan infame como lo es el malvado que te la dió? ¿Qué te he hecho yo para matarme á sangre fría?

—Verdad, tú no me has hecho nada; por eso quiero librarte del malvado Lúculo y que seas mia; no hay cosa que yo no haga por tí si consientes en serlo.

—Empero, ya ves. Rufo, que no tan fácilmente se ama á un hombre que ha amargado mis dias espiando todas mis acciones, y abrumándome de tantas impertinencias como

tú lo has hecho conmigo hasta hoy. Por tanto, dejame pensar en ello.

—No hay tiempo para meditaciones. Lúculo puede estar aqui dentro de una hora ó á lo mas dentro de dos, y entónces ¿cómo te salvas de sus garras? Si yo te he espiado ha sido por mandato de Lúculo, y tambien porque yo estaba celoso de tí. ¿Comprendes?

—Por supuesto que sí. ¿Pero, que quieres tu ahora?

—Ya te lo he dicho; quiero que seas mia sin dilacion.

—¿Ser tuya? ¿Qué favores te debo para que tengas una pretension tan original?

—Ninguno es verdad. No obstante, ¿crees que es poco librarte de Lúculo? Yo te ofrezco mi persona que para mantenerte sudará toda su sangre. ¿Qué mas quieres? ¿Ignoras que estás arruiñada?

—¿Cómo sabes tú eso?

—Te lo declararé todo con una condicion y es que concluida la historia, me has de dar el sí ó el nó. ¿Consientes?

—Consiento.

—Escucha. Tu padre Anio Cetego era un rico comerciante de Pollentia cuando Lúculo, siete años hace, fue encargado de pedirle el sufragio á favor de su padre. Cetego se lo negó, alegando que ya lo tenia ofrecido á Quinto Cecilio Catulio, como asi era en efecto. A pesar de eso, Lúculo insistió y volvió á insistir mas terco y testarudo que un mulo en que, faltando á su palabra, se lo habia de dar á él. Empero, tu padre se mantuvo firme y mas firme en sus nones, y de aqui resultó un altercado en que no faltaron denuestos y palabrotas groseras, muy insolen-

les. Al fin Lúculo amenazó á tu padre de que se habia de acordar de él por toda su vida, y tu padre le envió muy enhoramala. Un año despues tu padre invirtió casi todos sus caudales en una inmensa cantidad de aceite para remitirlo á Roma, cuyo aceite tenia almacenado junto con otros muchos géneros en un almacen del puerto mayor. De la noche á la mañana, el almacen con todos los géneros que contenia fué reducido á cenizas. Nadie supo el cómo se habia pegado fuego al almacen, creyéronlo efecto de una casualidad y..... aqui se quedó el huevo, y tu padre casi enteramente arruinado.

—¿Sabes tú que no fuese casualidad el tal incendio?

—¡Vaya si lo sé! Sicino Paluto y sus compinches por órden de Lúculo, fueron los autores del incendio. Tu padre casi se volvió loco, siendo tal su pesar que estuvo á las puertas de la muerte. Desde entónces abandonó el comercio, y los pocos caudales que le quedaban los invirtió en la compra de un terreno allá en el cabo de Menorca; en donde si no lo pasaba opiparamente, al menos vivia medianamente de sus bienes.

Al entre tanto, tú te hacias una lindísima jóven, y aun no tendrias quince años cumplidos y ya te eras una muger hecha y muy capaz de volver el juicio al mas chusco. Lúculo te vió un dia que se fué por allá, y luego se informó de quien eras hija, y cuando lo supo, una sonrisa maligna asomó á sus lábios: se habia propuesto prostituirte y con eso echar el resto de su venganza. Lo demas lo sabes tú. Los que te robaron eran Sicino Paluto y los suyos. Ya ves por lo dicho que tú estás arruinada. Ahora dí, ¿quiéres ser mia de tu voluntad?

—¿Qué quiere decir de mi voluntad?

—Claro está, pues si no te allanas á serlo voluntariamente, lo serás á la fuerza.

—¿Serias tú capaz de semejante atentado?

—Ya lo creo, y pronto vas á verlo. ¿Quiéres ser mia ó no?

—No puedo titubear en mi respuesta; prefiero la muerte á que solo me toques un hilo de mi ropa.

—Tanto peor para tí. Antes me servirás, y despues te mataré.

—Estás loco, Rufo.

Rufo con los ojos chispeantes abalanzóse á abrazar á Annia, sin advertir que ésta habia empuñado una fina daga que en el acto de abrazarla se la clavó en el corazon dejándole muerto en seguida. Annia tomó la llave, abrió, vino á encontrarme y cargados ambos con los dones que le habia regalado Lúculo, partimos á vivir entre las colinas de la parte oriental (Tecaritx), alli nos casamos y hemos comprado algunas viñas que nos bastarán para vivir felices. Cuando tú, Corinito, quieras hacernos una visita, tendremos un dia de jolgorio. Por ahora á Dios.

Ocho dias despues de haber sido vencidos Gunderico y Walias, Flavio se casó con Paulina, y su criado Corinito con Optimia. Tambien Placidia Licina se casó con..... Tulio Ceson, y Marco Emilio Faustino con la bella Rosilia hija de Q. C. Catulio. ¡Cosas de este mundo!

CAPÍTULO V.

DESTRUCCION É INCENDIO DE POLLENTIA.

Desde los sucesos que hemos descrito hasta los que vamos á referir, habian pasado veinte y un años, y en este período murió Flavia Paulina Mammea esposa de Flavio y madre de algunos hijos. Estos y su padre le dedicaron una lápida sepulcral (8). Tambien murió Lucio Dentilio Modesto, L. Vibio, Q. C. Catulio y otros personajes de esta historia. Un año posterior á la muerte de Paulina, precisamente en el mes de mayo, un jóven llamado C. Fulvio, estando desde el terrado de su casa en observacion de las estrellas como aficionado que era á la astronomía, serian las once y media de la noche, cuando llamóle la atencion el que se apagase bruscamente la lámpara de bronce de dos luces, que brillaba como faro destinado al servicio de las naves que se dirigian á los dos puertos de nuestra an-

tigua capital (9). Y no se la llamó menos un sordo rumor lejano que le llegaba confuso desde las dos bahias. En su vista bajó del terrado salió á la calle, y topando en ella un grupo de jóvenes que daban serenatas simultáneamente á sus queridas, díjoles: Amigos mios atendedme, mucho me temo que en esta hora tengamos novedades de consideracion y que nos encontremos terriblemente comprometidos por alguna invasion estrangera, ó por asalto de piratas.

—Sueñas, Cayo Fulvio. En el dia estamos en plena paz y concordia hasta con los dioses del tártaro. ¿Quién ha de tratar, pues, de incomodarnos?

—Déjate de razones que de nada sirven, amigo Veturio pues importa muy mucho averiguar por nosotros mismos lo que pasa en los dos puertos, y eso sin dar una alarma prematura á la ciudad sepultada en profundo sueño. Si la desconfianza no resiste á los hechos, tampoco la confianza, en el caso presente, puede resistirlos, y ademas sernos muy funesta; porque si hay un verdadero peligro que conjurar, nosotros tendremos la gloria de haber dado el grito de alerta á nuestra patria. Empero, en caso que nada signifique el haberse apagado tan bruscamente la lámpara del faro, y ese rumor siniestro que he oido, todo se reducirá á haber dado, con un fin el mas santo, un paseo de noche. Por tanto, vamos, amigos mios á ver lo que sucede.

—Tiene mucha razon Cayo Fulvio, dijo Genucio Faleo. Una mitad de nosotros váyase á averiguar lo que pase detras de la colina del puerto mayor, y los restantes al menor: es decir que siendo treinta, quince iremos á una parte, y los restantes á la otra.

—¡Ah! Ahora me acuerdo, dijo Quincio Frunto, que

mi padre me ha referido varias veces, las amenazas que hizo un príncipe godo, vencido por Flavio en los juegos olímpicos, de reducir á cenizas nuestra Pollentia. ¿Sería cosa que fuese el mismo Gunderico que desembarcase con sus vándalos.

—¿Y cuánto tiempo habrá que eso pasó? replicó Veturio Angurino.

—Veinte y un años cabales.

—¿Y crees tú que en un período tan largo, todavia no le haya pasado al tal Gunderico la rabieta y corajina? Estais locos, camaradas mios.

—Acaba con tus sandeces y tus estemporáneas chanzas, dijo incomodado C. Fulvio. Pronto á ver lo que hay, y tú Veturio charlador sempiterno, retírate si no quieres ser de la partida.

—¡Por Minerva la sábia y la valiente! En donde haya en realidad enemigos que combatir, no serás tú C. Fulvio, quien antes que yo tiña su acero son sangre enemiga. Adelante, pues, á ver si los tuyos, C. Fulvio, son ó no hijos de las largas vigilias que te pasas contando las estrellas.

—Aplazo responderte como mereces, porque antes de todo es la salvacion de la patria, á la que creo formalmente en un inminente peligro; el corazon me lo dicta.

Estos jóvenes heróicos todos salieron de la ciudad con muy pocas precauciones, sin duda porque no creian en la presencia de enemigos. Por tal motivo avanzaron imprudentes hasta á mas de la mitad del camino de los dos puertos charlando y bromeando. Mas, no bien acababan de convencerse tristemente de una formidable invasion enemiga, cuando fueron bruscamente acometidos y sacrifica-

dos casi todos al salvaje furor de los vándalos. Verdad es que vendieron muy cara su vida, si se atiende á que hicieron morder la tierra á triple número de enemigos. Cayo Fulvio, Veturio Angurino y Quincio Fronto, acribillados de heridas, entraron al amanecer en la ciudad á la que encontraron ya en una confusion y desórden espantosos. De seguida se cerraron sus puertas, se improvisaron estacadas y otras defensas. Empero, Pollentia era perdida para siempre, y la venganza de un traidor hijo suyo, y la amenaza de Gunderico principe fueron tristemente satisfechas aquella y cumplida ésta siendo rey.

Gunderico con su general Walias, dirigidos por Lúculo, y favorecidos por una calma chicha del mar, desembarcó su ejército en las calas, bien sabidas por Lúculo, de las dos costas, y luego destacó robustos pelotones que rodeasen la ciudad con el mayor sigilo, matando á cuantos hallasen en sus alrededores, como asi se hizo. Una partida considerable de tropa la cortó por la parte del norte, y otra no menor por occidente, sur y oriente. De este modo, cuando los pollentines se despertaron, las comunicaciones de la ciudad estuvieron todas interceptadas. Estas disposiciones fueron dictadas por Lúculo.

Los vándalos echaron á tierra el faro, el torrero y toda su familia fueron degollados, y únicamente un muchacho hijo de éste, pasados peligros sin cuento, pudo llegar antes de amanecer á Pollentia dando relacion de lo ocurrido y enterando á sus moradores de estarse cortados por los vándalos.

Dueños ya estos de todas las avenidas de la ciudad, avanzaron con órden hacia ella, y no bien el nuevo dia dió lugar á distinguir los objetos, los pollentines vieron

las cabezas de los 27 jóvenes que quedaron muertos en el campo, clavadas sobre lanzas ante sus murallas.

Aquel hórrido espectáculo hizo palidecer á los defensores de Pollentia, pero era una palidez que amenazaba desastres, fuego, sangre y muertes: era la rabia y el coraje que, por un instante habia reconcentrado toda la sangre en las entrañas: era el mas fiero de los furores que preparaba una hecatombe jigantesca de vándalos; era la desesperacion aguijoneada por un deseo á cada instante mas vivo y apremiante de lanzarse al combate y morir si, pero dejando á su paso toda clase de heridas, de horrores, de estragos y de muertes, y que mil regueros de sangre enemiga mezclada con la suya, formase un lago de ella capaz de espantar á las tres Parcas: y era en fin que todos preferian morir cien veces á transigir con los enemigos; legando á la posteridad un ejemplo sublime de abnegacion, de valor, de heroismo y de cuanto aprecian los mallorquines su honra, su dignidad, su patria y su independencia. (*) No debe estrañarse, pues, que al intimarles Gunderico que la ciudad se rindiera á discrecion, fuese su respuesta lanzarse dos mil hombres fuera de ella, mas terribles que los leones, pues aquello no fué una carga, fue una avalancha que todo lo destruia, un huracan que todo lo arrasaba. Trábose un combate tan rudo y cruel que, aterrados los vándalos se vieron forzados á huir, de-

(*) ¿Cuántos ejemplos podríamos citar en comprobacion de estos asertos? Recordaremos siempre con placer la nobilísima respuesta que dieron los alcudianos, cuando los agermanados les intimaron que espulsasen los nobles que habian buscado un asilo en Alcudia. ¿Y no podremos recordar tambien el heroismo que desplegaron entónces, para mantener ilesos su honor y dignidad?

jando el campo cubierto de cadáveres. Empero, rehechos con numerosas tropas de refresco, acosaron luego de tal modo á los pollentines, que oprimidos por el número y la fatiga, y perdidas sus fuerzas por la mucha sangre que manaba de sus heridas, tuvieron mal de su grado que encerrarse en la ciudad.

Cleonte, el héroe de esta jornada, todo salpicado de sangre enemiga que á vena abundosa hiciera derramar, preséntose al senado, diciendo: *Una salus victis, nullam sperare salutem.* Estoy seguro, padres de la patria, que no nos queda otro arbitrio que el de morir matando, pues los enenigos son tan numerosos como feroces. En medio del fragor del combate me ha parecido haber visto al traidor Lúculo, y si es asi, él morirá á mis manos, no lo dudeis. Tambien he visto, como lo habreis visto vosotros, llenarse el puerto de naves que vomitaban la retaguardia del ejército invasor. Conceptuo que los enemigos no bajan de cincuenta mil hombres; por consiguiente, soy de opinion que no se permitan mas salidas, porque con ellas no podremos lograr otra cosa que perder fuerzas inutilmente. El combate que hemos empeñado nos cuesta quinientos hombres muertos, entre los cuales está mi primogénito Vitilio.

—¿Vuestro hijo ha muerto y proponeis de que no se permitan mas salidas? Replicó Flavio.

—Mi hijo y el vuestro tambien, padre conscrito.

—Mi hijo! dijo Flavio levantándose todo temblando y mas pálido que la muerte ¡Mi querido Macrino ha perecido á manos de esa horda de salvajes, y yo no salgo al momento á vengarle! ¿Y vos, general M. Cleonte Valerio osais proponer que no se permitan mas salidas?

—Lo he propuesto y lo propongo nuevamente. Entended, ilustre Flavio, que vuestro valor y vuestra cólera, por mas justa que ella sea, son impotentes, de nada sirven. Revestios, pues, de la prudencia que os caracteriza y no os dejeis arrebatar por el dolor y por el espíritu de una inutil venganza. No olvideis que mi hijo Vitilio ha muerto, y creedme, vuestro dolor no es mayor que el mio. Yo he visto á vuestro Macrino y á mi Vitilio seguirles por do quier la muerte triunfante, siendo su paso señalado por el estrago. Los golpes que descargaban todos han sido mortales; eso los ha perdido; juntos peleaban y juntos han perecido: y no podia ser de otro modo; pues ciegos y embriagados de coraje y de sed de gloria, han avanzado impertérritos, solos é imprudentes, dejando sí, muertos en el campo á mas de veinte enemigos. Rodeados al fin por un crecido número de estos han concluido sus dias llenos de gloria, sin poder ser socorridos. En vuestra casa está Macrino asi como Vitilio en la mia, y ambos duermen para siempre el sueño de los bravos.

Réstame proponeros el modo de vengarlos, y el único medio que nos queda para salvarnos y salvar el mayor número posible de estos moradores. Padres conscritos, no hay que hacerse ilusiones: nuestra patria está tan muerta como mi hijo Vitilio.

Al pronunciar estas palabras, Cleonte no pudo continuar porque la emocion le dejó mudo. Momentos despues siguió: He dicho que podemos contar que ya no tenemos patria, porque esta ciudad no puede resistir á fuerzas tan superiores; por consiguiente, pronto será reducida á cenizas. Mas, tened entendido que, en circunstancias tan críticas, tanto mayores serán nuestras ventajas

cuanto mas sean las víctimas que sustraigamos á la ferocidad de los enemigos. En esta atencion, hagamos cuantos esfuerzos estén al alcance humano para salvar el mayor número posible de nuestros paisanos, y despues..... *Quo Deus et quo dura vocat fortuna sequamur.*

—Muy bien, valiente Cleonte, dijo Q. Silio presidente del senado. Veamos ahora vuestro proyectado plan de salvacion.

—Mi plan de salvacion puede que sea tambien anticipar nuestro esterminio, no quiero ocultarlo; empero este posible esterminio es tan dudoso como seria cierto é inevitable, si pretendiéramos repeler y acabar con los enemigos por medio de salidas y de combates desde los muros.

Nuestra Pollentia sufrirá sin ser tomada dos asaltos, pero en el tercero los enemigos serán dueños de ella. Desde que hay guerras en el mundo, no se han visto tantos prodigios de valor como los que ha hecho nuestra juventud en el combate que acabamos de tener. Mas de cuatro mil enemigos quedan tendidos en el campo de batalla, y no obstante ¿qué hemos logrado con ello? Hemos perdido quinientos héroes que, segun mi plan hubieran podido salvar á dos mil personas ¡Y cuánta falta nos harán dentro un plazo de pocas horas! De dos mil hombres que hemos entrado en la lid, no quedan ochocientos, que en ocho dias puedan soñar en combate. Yo, soy uno de los que han salido mas ilesos, y sin embargo,.... mirad. (sensacion.)

Cleonte enseñó dos heridas, aunque ligeras, pero sus armas defensivas estaban casi inservibles.

Despues continuó: De aqui podeis inferir que tenemos

mas de mil doscientos hombres fuera de combate; al mismo tiempo que si los enemigos han perdido cuatro mil, en recompensa les han llegado quince mil de refuerzo.

Repito, pues, que, bajo ningun pretesto debeis de permitir mas salidas. En el interin juzgad de mi plan. Los enemigos no se andan en chiquitas; quiero decir, que no tardarán á intentar un asalto, tal vez no pasará de esta tarde. Mas, descansad, su audacia por hoy será terriblemente castigada. Pues bien, en lugar de dejarlos dormir tranquilos, se simulará una salida falsa por la parte sur la una y por la del nordeste la otra: al mismo tiempo que un cuerpo de hombres escogidos seguidos de mugeres, de doncellas y de cuantos quieran probar su salvacion, se abrirá paso por la parte de poniente con el fin de alcanzar los montes. Yo me quedaré aqui, porque quiero defender la patria hasta quedar sepultado en sus ruinas, esta mi resolucion es inmutable. Nuestra querida patria es perdida sí, pero; cuan gruesa y terrible será la hecatombe de enemigos que quedarán envueltos y confundidos en sus escombros! Gunderico quedará victorioso, empero, en toda su vida ha de recordar que victoria como la que se le espera, nunca jamás podrá ser envidiada de nadie. En cuanto al traidor Lúculo, el corazon me dicta que hoy morirá á mis manos.

Un rumor que por momentos aumentaba, obligó al senado á interrumpir su deliberacion para enterarse de cual era la causa. Mas de dos mil mugeres armadas con puñales y espadas, dos terceras partes de ellas lindas jóvenes con el corazon lleno de vida, de amor y de bravío coraje, suplicaron al senado que se las permitiera salir á desgarrar corazones de vándalos, en justa venganza de

la muerte dada á sus esposos ó á sus prometidos.

Conmovido el Senado por tan amante y tierno espectáculo, les hizo presente que estuviesen dispuestas y armadas para salir de la ciudad cuando se las llamase. Yo os conduciré al combate, dijo Flavio brillandole los ojos con la misma fiereza del tigre. Si, esta noche quizá moriremos todos, pero al menos tendremos el consuelo de haber hecho correr un rio de sangre de esos salvajes que han venido á destruir nuestra hermosa patria, y con el infame intento de cometer toda clase de atentados y ultrajes al pudor; pero eso no sucederá. Podrán, no hay que dudarlo, incendiar la ciudad y arrasarla; sin embargo, nuestras mugeres no servirán á sus infames voluptuosidades; les sobra espíritu para morir antes. Y tú, Claudia tan pura como un rayo del sol, y mas hermosa que el capullo de la rosa que se abre al beso vivificante con que aquel la acaricia al nacer: tu, que eras el ídolo de mi querido primogénito Macrino, tu estarás á mi lado para rematar, con tu reluciente daga, á los que rindan mi espada y mi lanza. ¡Mi lanza! Ella sabrá sacar sangre en abundancia de esos osos hambrientos que solo respiran esterminio y muertes contra todo lo que huele á civilizacion. Marchad valientes hijas de Pollentia, disfrazaos de hombre y estád prontas para salir al campo al primer aviso. Y tú Placidia, digna consorte del grande hombre Tulio Ceson, desde este momento, con el permiso de tu esposo, quedas nombrada capitana de esa falange de amazonas que, por defender su honor y su patria se dispone, con la sonrisa en los labios, á buscar la muerte entre las filas enemigas. ¡Oh! La posteridad os citará con entusiasmo, como modelo de virtudes, de honor y de heroismo ¿No es verdad, padres conscritos,

que aprobais el nombramiento de Placidia Licinia por capitana de esa improvisada falange de ardientes y arrebatadoras mallorquinas?

—Sí, lo aprobamos, respondieron á una los senadores. Tal vez de este modo se salvarán dos terceras partes de ellas, lo que no sucederia quedándose en la ciudad: idos á esperar la hora de probar fortuna.

No bien las mugeres se habian retirado, preséntose Vetusio Vopisco que venia de retar á un duelo á muerte ó condicional al rey Gunderico de parte del muy noble senador Flavio, y trajo por respuesta «que esta vez no habia venido para disputar premios en los juegos olímpicos, sinó para que la ciudad se le rindiese á discrecion; y que de lo contrario aquella misma tarde la entraria á sangre y á fuego y pasaria á cuchillo á todos sus moradores, á menos que todos salieran luego al campo á adorarle como á su mismo Dios; advirtiendo que los primeros en bajar la cerviz á su presencia habian de ser los senadores y decemviros, y eso sin apelacion: y que, por una gracia particular dejaria por gobernador de Pollentia á M. Lúculo Vero que se llamaba entónces» Faraburgo.»

Al oir semejante embajada, la mas terrible indignacion caldeó la frente de los senadores, y sus ojos despidieron rayos de indignacion. He aqui comprobado de una manera bien triste para nosotros, dijo el senador Tulio Ceson, el axiona «Quien hace bien á los malos, hace mal á los buenos» y el otro «No hay cosa mas tonta que una generosidad mal entendida.» Si nuestro ilustre compañero, el senador Flavio, no hubiera sido tan generoso el dia de su duelo con el traidor Lúculo, tal vez no nos veríamos en esta triste situacion. No es mi ánimo en este mo-

mento supremo, hacerle ningun cargo, mayormente, cuando, en todos conceptos, es estemporáneo é inútil ahora; pues una accion generosa y hecha con noble fin como lo fué la del ilustre Flavio, no puede ser censurada por mis labios. Mi único objeto, al hablar de ella, es dejar consignado para gobierno de la posteridad «que no hay transaccion posible con ningun ambicioso como Lúculo; fuerza es combatirle sin tregua hasta dejarle en estado de no poder hacer de las suyas»

Tampoco es posible soñar en avenencias de ninguna clase con los bárbaros que nos asedian, además de protectores de un traidor infame como lo es Lúculo, á quien, como por escarnio, se nos ha propuesto por gefe nuestro. ¡Un traidor gefe nuestro! Esta sola proposicion debe bastarnos para rechazar sus proposiciones; á no ser que olvidando lo que hemos sido, lo que somos y hasta la dignidad de hombres, nos arrastremos, al modo de réptiles inmundos, á mendigar una vida de degradacion y de envilecimiento, como lo seria sujetarnos, semejantes á un ganado de imbéciles, á ser gobernados por el malvado Lúculo. ¡Vida de envilecimiento! Nosotros no queremos vida sin honra, no la aceptamos sin dignidad y menos sin independencia. Por consiguiente, si no nos queda mas arbitrio que el de recibirla sin honra ó la muerte con todos sus horrores, desde este instante amamos ya á la muerte y odiamos de corazon la vida que puede otorgarnos ese rey tan déspota como feróz que, confiado en las numerosas fuerzas de esclavos con que inícuo ha invadido nuestro territorio, cree, en su estúpido orgullo, que por temor á la muerte bajaremos la cerviz, suplicándole que tenga á bien dictarnos como leyes sus caprichos ¡Miserable!

Fiel intérprete de los elevados sentimientos que os animan, de los cuales es un espejo fiel vuestro rostro, os propongo que todos nos preparemos á morir, pero empeñando una lid tan enconada, tan terrible y tan sangrienta, como debe de empeñarla un pueblo que, al modo del nuestro, se ve ultrajado en su dignidad, maltratado en su decoro, hollado en sus leyes y costumbres y herido cruelmente en su conciencia. Nadie hable, pues, de transacciones con los enemigos, porque no puede haberlas entre un pueblo libre como el nuestro, y un tirano detestable acostumbrado como Gunderico, á mandar á esclavos. No me opongo al plan propuesto por nuestro valiente general Cleonte; antes todo lo contrario, lo acepto en todas sus partes. Lo que es yo, me quedaré en la ciudad para defenderla hasta haber exalado mi último aliento. Réstame deciros que ya no nos reuniremos mas en este santuario de las leyes, al cual, con el corazon oprimido doy el último adios. Vamos todos á armarnos, para enviar al infierno á millares de enemigos.

Seguidamente los senadores fueron á armarse con una calma sublime.

Luego que Flavio estuvo en su casa, su primera diligencia fue pasar al aposento en que estaba el cádaver de su hijo Macrino, al cual contempló largo rato con los brazos cruzados en religioso silencio, sin lágrimas en los ojos, sin suspiros del pecho y sin palabras en los labios: parecíase á la estatua del dolor. Al fin, en tono el mas tierno y sentimental dijo: *¿Pallas, meo vulnere Pallas?* ¿Eres tu, querido hijo Macrino, á quien veo herido y yerto cadáver? ¡Ah! ¡cuánta sangre costará á los enemigos cada gota de la tuya que han hecho derramar! Seguida-

mente prorumpió en un llanto desgarrador que le desahogó el pecho, besólo tres veces en los lábios y frente, y luego mandó á sus criados abrir una sepultura en el jardin en donde fue depositado Macrino.

Despues enteró á Corinito del proyecto de evasion. Corinito, en lugar de responder, cayó en una meditacion profunda y larga.

—¿Qué meditas, Corinito?

—Disparates quizá, pero que serán puestos en obra, y salga lo que saliere: estamos en situacion de intentarlo todo.

—Veamos tus disparates.

—Luego de haber anochecido saldré de la ciudad, y si logro pasar la línea enemiga, contad que vuestro proyecto de evasion será coronado de un éxito felíz.

—¿Has de ir solo?

—¿Nó. Iré con Tulio Menenio.

—Tu temeridad raya en locura, Corinito.

—Estamos en el caso de apelar á medios estremos por poca que sea la esperanza de salvacion que nos prometan tales medios; y el mio presenta una esperanza semi-cierta. Cada tiro de flecha de Menenio mata á un hombre.

—Ya lo se; empero ¿qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que Menenio es el único que puede allanarme el camino para pasar la línea enemiga, y una vez salvada esta valla, os repito que vuestro proyecto de evasion será coronado del mejor éxito.

—Esplícate, Corinito.

—Nos disfrazaremos con ropa de los enemigos, y arrastrándonos como una culebra, avanzaremos hasta tiro de flecha del centinela, quien, á la primera flecha dis-

parada por Menenio nos dejará el campo libre ¿Comprendeis?

—Eso es muy poca cosa; pues entónces os queda á romper el compacto cordon formado por millares de soldados feroces.

—Verdad. Por esta razon tomaré las armas del centinela y aguardaremos el relevo, y entónces confundidos con los enemigos pasaremos el cordon muy facilmente. A las once me estaré oculto con cincuenta valientes campesinos que atacaremos como un rayo á los enemigos por la espalda, y ya vereis como os quedará el camino bien espedito para poner en salvo la falange de amazonas que conducireis.

Cuando Corinito iba á dar cuenta detallada de su atrevido proyecto, gritóse por plazas y calles «á las armas todo el mundo, porque los enemigos se presentan al asalto.» En un momento las murallas sostuvieron innumerables defensores. El ataque mandado por Gunderico en persona, fue mas rudo y formal de lo que se habia creido. No pocos enemigos lograron plantar su huella sobre los muros; empero, Tulio Ceson, semejante á una calamidad, sembró el estrago, la muerte y el desaliento entre los invasores; de tal modo, que ni uno solo de los que subieron á la muralla quedó con vida. Sin embargo, este héroe pagó con la suya tanto valor y heroismo. Acribillado de heridas y sin fuerzas para sostenerse, sentado en tierra arráncose un dardo, y con su propia sangre, escribió sobre el escudo, el siguiente billete: Adorada Placidia: los enemigos han pagado muy cara su osadía, pero tambien tu esposo acaba su vida para defender su cara patria ¡Cuán satisfecho estoy! Mi último pensamiento será para Dios,

y el penúltimo para tí. Escucha mi última voluntad. Si escapas de esta carnicería y estragos, y M. Emilio, que á mi lado se ha batido como el mayor de los héroes, se escapa tambien, acéptale por esposo si lo intenta: esta es mi última voluntad.=T. Ceson.

Media hora despues este hombre insigne era ya cadaver.

Los enemigos, por todas partes, fueron rechazados con una pérdida horrible. Gunderico frenético de ira, vióse obligado á mandar que se tocase retirada, como así se lo habian hecho presente Lúculo y Walias.

—Vais, le dijeron, á sufrir una derrota completa que nos forzará á reembarcarnos cargados de ignominia, si os empeñais en tomar hoy la ciudad. Hemos perdido seis mil hombres, y perderemos otros tantos sin lograr nada. Mandad, pues, la retirada y dejadnos obrar á nosotros, y os aseguramos que la ciudad será tomada, incendiada, arrasada y pasados sus moradores á cuchillo.

Este consejo salvó á Gunderico.

La noche que siguió á este dia de horrores se presentó muy favorable á los referidos designios de evasion; pues el cielo cubierto de espesos celages ocultaba todas las estrellas; parecia que pesaban sobre la tierra las tinieblas del caos. En el campo enemigo brillaban innumerables hogueras despidiendo un resplandor de mal aguero. En Pollentia pero, sus habitantes persuadidos de la cruel suerte que les amagaba, ocupábanse en esconder, en las entrañas de la tierra, todo lo mas precioso que poseian con el único fin de sustraerlo á la rapacidad de los enemigos. En el interin, Gunderico y sus generales determinaron en consejo que, atendido el cansancio de la tropa

y á que habian pasado dos noches sin dormir, nada se intentaria contra la ciudad hasta el amanecer. Al mismo tiempo en la plaza de la Concordia, Flavio, cuyo brazo de acero habia dado triste fin, durante el asalto, á gran número de vándalos, afanábase infatigable en reunir los hombres y mugeres que habian de seguirle en su arriesgada empresa de evasion. Mil docientos noventa hombres y dos mil mugeres fue el número que reunió; dando á todos las instrucciones necesarias del modo como habian de comportarse segun se ofreciera la ocasion. Tú, dijo á Vibio Manliano tan luego como me veas empeñado en la lid y que haya logrado abrir algunos claros en la línea enemiga, te precipitarás con las cuchillas cortas de docientos hombres que te dejo y de mas de seiscientas amazonas armadas de puñales, á poner bien espedito el paso, y conseguido que sea, ni por un segundo mas te has de ocupar en combates, sino que á todo escape, aunque ordenados, os dirigireis al monte, y una vez allí te escalonarás y me aguardarás hasta los primeros albores del dia. En caso pero que á dicha hora no me halle entre vosotros, cuidate de salvar el depósito que confio á tu valor y prudencia: huid hasta donde no se os pueda alcanzar; pues los enemigos son ya demasiado felices, no estando en nuestro poder libertar á nuestra cara patria de su furor. ¿Lo habeis comprendido? La misma órden doy á todos por si Vibio Manliano muriese.

Las diez de la noche serian cuando M. Cleonte Valerio se presentó á Flavio para acordar el momento de la salida de aquel y la evasion de este, diciendo: He reconocido la tienda de Lúculo, y alli iré en derechura para degollarlo como á un perro. Se me han reunido todos los

heridos porque quieren morir matando, y de ningun modo sin defenderse, y ya veis que la razon les sobra. Con eso tengo á mis órdenes mas de tres mil hombres ansiosos de combate y sedientos de sangre enemiga. Las hogueras se estinguen á centenares, ó bien por falta de alimento ó bien porque el sueño impide alimentarlas. Por ambas razones he cambiado, en parte mi plan. Mi salida, en lugar de ser un simple amago, será un ataque en regla, brusco, vigoroso, atrevido y terrible; pues vamos á jugar el todo por el todo; y no pararé hasta que mis armas, muerto ya el traidor Lúculo, se crucen con las de Gunderico. En caso que me retire, lo que no creo, será con el fin de sacrificar mucho mas crecido número de enemigos. En la ciudad solo quedará gente inútil ¡Infelices! Todos serán degollados sin piedad. Adios, caro amigo Flavio, adios, hermosas hijas de Pollentia, adios, queridos compañeros mios, y adios para siempre, dulce y amada patria nuestra. Luego abrazáronse todos derramando crueles y amantes lágrimas.

Una hora despues, Cleonte con su terribilísima hueste se precipitó, cual espantoso huracan, contra los enemigos en quienes hicieron una carnicería horrorosa. Lúculo murió degollado por Cleonte y cortada su cabeza la arrojó en medio de los enemigos. Empeñada la pelea por esta parte, Flavio salió de la ciudad con bastante desahogo, porque los enemigos dirigíanse al lugar en que se oia el estruendo de las armas. No obstante, á poco topó con un grueso peloton de tropa que le interceptaron el paso, y hubo de empeñarse luego una sangrienta accion. Flavio hacia morder la tierra á cuantos alcanzaba su mortífera espada, y sus compañeros todos coronaron sus sienes de

un lauro inmortal. Las mugeres, tal vez, escedieron en heroismo á los hombres: no dieron puñalada que no desgarrase el corazon de algun vándalo; el que caia de estos era instantaneamente muerto. Verdad y lastimera es que murieron mas de docientas de ellas. Por momentos el combate se recrudecia haciéndose mas mortífero, pues un formidable enemigo acosaba, maltrataba y mataba á cuantos osaban hacerle frente: su presencia era el esterminio, en tales términos que él solo mantenia en jaque las inauditas hazañas de los pollentines y de sus amazonas; todo lo cual visto por Flavio, salíole al encuentro con una gruesa lanza, dándole con ella tan desatinado golpe que le derribó aturdido á tierra. Los enemigos que vieron derribado á su formidable guerrero, desalentados reuniéronse á su alrededor para defenderle: y no era estraño; pues nada menos era su rey Gunderico. Mas, lo que acabó de desorientarlos fue verse bruscamente acometidos por la espalda. Para hacer frente, pues, á tan inesperado ataque, dejaron espedito el camino á los pollentines, quienes, sin pérdida de un momento dirigiéronse al monte, al que pronto alcanzaron. El ataque por la espalda fué dado por Corinito y treinta montañeses que habia podido reunir; y tan pronto como vió salvada la falange de Flavio, huyó á todo escape á reunirse á los fugitivos. Menenio, con sus certeros tiros, mató al centinela, y pudieron salvar la línea enemiga.

Flavio, ignorando quien fuese el formidable guerrero que acababa de abatir, solo se cuidó de aprovechar el momentáneo desórden de los enemigos, retirándose precipitadamente y compacto con los suyos, sin ser molestado.

Gunderico no tuvo sino una ligera herida en la cabeza. Ya vuelto en sí, preguntó con rabia desesperada, á dónde habíanse dirigido los enemigos.

A tal pregunta, temerosos sus soldados, le dijeron que se habian vuelto á la ciudad.

—Desde luego todos á ella, al asalto y que no se deje á nadie con vida ni piedra sobre piedra.

—Es que por la parte del puerto mayor se tiene un combate de los mas sangrientos que se han visto jamas.

—¿Quién eres tú? preguntó Gunderico.

—Soy vuestro humilde general Walias, y he venido á buscaros para que sin pérdida de tiempo, mandeis el asalto por este punto y la ciudad luego será nuestra; pues todas sus fuerzas están en el campo batiéndose como osos, como tigres y como leones, lo que de nada les servirá.

—Adelante al asalto.

Gunderico y los suyos lanzáronse furiosos á la puerta de la ciudad en donde no encontraron resistencia; siendo lo primero que hicieron pegar fuego á las casas y templos. Pronto veraces llamas y la rojiza luz del incendio, reflejando sobre las paredes, dibujaba sobre las mismas las negras sombras de los diversos actores de aquella escena infernal, dando un colorido fantástico á aquel cuadro del furor humano. Cuantos infelices hallaron, fueron hechos pedazos, y muchos arrojados vivos á las llamas. (*)

El feroz Gunderico gozábase en aquel espectáculo inhumano. Los edificios se desplomaban con espantoso estruendo: negras columnas de espeso humo subian en torbe-

---

(*) Binimelis.—Hist. de Mallorca.

llino por el espacio, y un resplandor siniestro iluminaba el horizonte. Cleonte y los suyos creyeron que Flavio y las mugeres habian sido esterminados, y en su consecuencia la ciudad tomada é incendiada por la parte de poniente. En su vista mandó la retirada diciendo á Posthumio, ó Marco Emilio y su falange han perecido todos, ó rota la línea enemiga se han escapado por la parte del monte oriental. De todos modos, apenas contamos con la mitad de las fuerzas y si no nos retiramos, pereceremos con muy poca pérdida de esos osos, y de cierto que no puede ser este nuestro propósito. Ademas, si allí encontrásemos al rey Gunderico, ¡oh! ¡Hagan los dioses que se me ponga por delante, y que mi espada pueda cruzarse con la suya!

—¿Qué intentais? preguntó Posthumio.

—Sacrificar en la ciudad quintuplo número de enemigos, porque, sin duda, allí podremos hacerlo, supuesto que muchos de ellos solo se ocupan en saquear.

—Teneis razon. Vamos allá; empero, mientras nos sea posible disfrazarnos con ropa y armas enemigas debemos hacerlo, y luego armados de puñales aparentaremos pegar fuego á los edificios, y la ocasion nos será propicia, para matar á cuantos se nos presenten por delante; y para conocernos llevaremos solo el puñal desembainado.

—¡Oh! Es esta una idea feliz. Aprovechemos esta corta tregua que nos ofrecen los enemigos para llenar los claros que hemos abierto en sus filas, y acometernos con nuevas tropas de refresco.

—Perfectamente. A la ciudad á escape.

Con este ardid dieron triste fin á un crecido número de vándalos. En el interin, el incendio se embravecia por momentos, y la ciudad era un mar de llamas, viniendo

los edificios á tierra con aterrador estrépito; de manera que ya no era posible transitar por sus calles sin inminente peligro.

Entónces Cleonte, Posthumio y unos doscientos de sus compañeros, todos envueltos en humo que los ahogaba, procuraron su salvacion por donde mejor pudieron.

Gunderico, creyendo que nadie quedaba con vida en Pollentia, apresuróse á salir de ella, no parando hasta sentarse á la colina del puerto mayor, pero taciturno, irrascible y de tan pésimo humor, que, mas bien parecia el vencido que el vencedor. El mismo Walias guardaba un silencio respetuoso temiendo alguna esplosion de su infernal furor.

La luz del dia que no tardó en poner patentes los estragos de aquella noche de carniceria y de destruccion, aumentó el aspecto sombrío de Gunderico quien, con ojos sangrientos, contemplaba los progresos del incendio y las ruinas en que convertido habia lo que pocas horas antes era una ciudad magnífica. Al fin preguntó con voz carrasposa á Walias, «si sabia á punto fijo las bajas que habia sufrido el ejército.»

—A punto fijo no lo sé; empero, por un cálculo prudente, nuestra pérdida no baja de diez y nueve mil hombres.

—¡Diez y nueve mil hombres! Algo cara nos cuesta la venganza. En recompensa esa soberbia ciudad desaparece envuelta en torbellinos de negro y pestífero humo; al mismo tiempo que pocos ó ninguno de sus moradores podrá contarlo.

—Os engañais, señor.

—¡Qué me engaño! ¿Has dicho que me engaño?

—Lo he dicho y lo repito. Mas de seis mil personas han logrado salvarse del estrago.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Una vez vuestros soldados en la ciudad, mas se han ocupado en saquear que en dar la muerte. Las puertas de Pollentia estaban libres, y no creais tan tontos á los mallorquines que no hayan sabido aprovechar ese furor de pillaje y botin de que estaban poseidos los soldados; eso sucede siempre en casos análogos. Además que, al ver un ataque tan brusco, tan frenético, tan furioso, tan desesperado y tan bravio por la parte del mar y de la de oriente, sospeché que no podia tener otro objeto que el de favorecer una evasion por la parte de occidente ó de la tierra adentro. Por eso reconcentré, para resistir á aquellos leones, numerosas fuerzas con el fin de impedirles el paso hacia el monte oriental, dando el mando al valiente gigante Faraburgo como le llamais, y seguidamente me trasladé á averiguar por mi mismo si me habia equivocado en mis cálculos.

—¿Y al fin que averiguaste?

—Me parece que mi sospecha ha sido una realidad. Sin embargo, en este asunto vos, señor, sabreis mas que vuestro humilde vasallo. Sin duda tendreis presente que vuestra interesante vida ha estado muy espuesta. ¿No habeis pensado, quien podia ser el que os resistiese, y haya logrado derribaros aturdido á tierra?

—Una casualidad, hombre.

—Tal vez sea lo que decis, ¿pero el estrago que ha hecho en los nuestros el mismo guerrero que os derribó, tambien habrá sido casualidad?

—No se que responderte. Di lo que piensas francamente.

—Lo que pienso es, que el que ha acabado con tantos de los nuestros, es vuestro competidor en los juegos olímpicos que se celebraron 21 años hace.

—¿Seria ese aborrecido, Flavio, quien por segunda vez ha hecho correr mi sangre? En recompensa él se estará calentando, en estos momentos, con el fuego que consume la ciudad.

—Flavio se ha salvado, y ha salvado tambien á muchísimos de sus paisanos. Apostaria ciento por uno, que desde el monte del faro está acechando todos nuestros movimientos.

—Reune las huestes, y unido con Faraburgo, marchad á rodear el monte y apoderaos de Flavio y de su séquito.

—Calmaos, señor; pues lo que mandais es un desatino hijo de vuestra cólera; mandais un imposible: antes quedarian aplastadas alli el resto de vuestras tropas. Ultra que Flavio no es hombre á quien se pueda sorprender facilmente. Tambien debeis de saber, que M. Lúculo Vero ó sea Faraburgo, ha muerto á manos de Cleonte, y éste, como por escárnio, le ha cortado la cabeza y la ha arrojado en medio de vuestros soldados, del mismo modo que su memoria será trasmitida, ignominiosa, tanto por su ambicion desmedida como por su traicion, á la posteridad, para que se ponga en guardia contra los manejos y la hipocresía de todo ambicioso tal como lo ha sido Lúculo. Reflexionad, señor, y no tenteis á la fortuna. Ahora os queda la gloria de haber pasado á sangre y á fuego á la soberbia Pollentia. ¿Qué ganareis, pues, persiguiendo á fugitivos, á quienes solo resta perder la vida porque lo demás lo han perdido ya? Mandad sí, seguir

la conquista del inmediato pueblo Bocoritano, pero que sea luego; de lo contrario mandad reembarcar. He concluido, aunque dispuesto siempre á cumplir ciego vuestras órdenes.

Gunderico abismóse en profunda meditacion, y despues dijo: Eres tu Walias un fiel vasallo veo que no hay que soñar en perseguir fugitivos que nada tienen que perder sino su vida miserable con todo su atavío de desdichas, y que al fin Pollentia no existe ya. Manda, pues, marchar al instante á incendiar el pueblo Bocoritano, y despues á saquear Inca y otros pueblos, antes que puedan reunirse para hacernos frente.

Asi se hizo en aquella misma tarde. Walias lo habia adivinado todo. En el monte, actualmente titulado de San Martin, se habian reunido los restos de la destruida Pollentia. Mas de seis mil personas contemplaban, consternadas y suspirando, arder sus hogares, á la par que, con acerbo dolor lloraban por sus padres ó parientes. ¿Quién podrá, ni aun medianamente, trazar el cuadro de angustias y de la desesperacion de aquellos infelices sin patria, sin hogares, sin ropa, sin pan con que alimentarse y sin medios con que curarse sus heridas?

Tal fue el triste fin de nuestra noble y muy magnífica primera capital.

Flavio, Cleonte, Marco Emilio, Posthumio, Vulpio Corinito y otros, hicieron toda clase de sacrificios para salvar á sus desgraciados paisanos.

Siempre en constante centinela para no ser sorprendidos, tan luego como vieron los enemigos alejados, con permiso de Flavio, bajaron conducidos por Corinito, los mas intrépidos por si podian salvar á algun desgraciado,

y aprovechar lo que se pudiera. ¡Trabajo inútil! Aquello era un repugnante cuadro de devastacion, asemejándose á las llamas del infierno prestadas por Satan á los ambiciosos á quienes él inspira, capáz de destrozar una á una todas las fibras de la sensibilidad mas obtusa: aquello era el mismo infierno con todo el aparato de sus horrores, fuego, llamas rojas y azuladas, brasas, carbon, cenizas y negras columnas de humo, apestando la admósfera con el olor de la carne de animales domésticos y de tantos millares de cadáveres humanos como ardian en aquella inmensa hoguera, cuyo solo aspecto helaba, de espanto, la sangre en las venas.

He aquí lo que es la guerra; plaga vomitada por el averno. ¡Oh! ¡Cuando los hombres estarán suficientemente civilizados para no apelar en ningun caso á ella!

Se supone que aquellos infelices hubieron de alimentarse, por algunos dias, con la carne de sus ganados. Despues, pasados muchos años, fundaron la Pollensa actual y la villa de *Guiñent*, y desde alli, otra vez, muchos pasaron á establecerse en Alcudia, de la cual habian tenido su origen bajo el nombre de Pollentia. Estamos en el caso de poder sostener con datos irrecusables, ésta nuestra opinion, y tambien, que nuestra primera capital con el nombre de Pollentia, tuvo su asiento en la Alcudia actual con una área cinco veces mas dilatada.

FIN.

NOTAS.

(1) La fundacion de Alcudia en su primitivo nombre de Pollentia, se esconde en la noche de los tiempos. Asi lo dicen varios autores y entre ellos D. Pascual Madoz. Nosotros creemos eso inexacto, porque este nombre Pollentia con t es puramente latino. Por consiguiente, la fundacion de esta ciudad con este nombre ha de remontarse á la dominacion romana. Lo que podrá decirse en realidad, es que se ignora el que tenia cuando la conquista de Mallorca, por Q. Cecilio Metelo. Algunos historiadores, segun se ve en el precioso Diccionario del Dr. D. Juan José Amengual, dicen que su nombre fué «Cunium» y otros Pollentia, que significa poder; esto es, poder de la isla, y estuvo en pleno goce y privilegio del Lacio antiguo (veáse disertacion histórica sobre el sitio que tuvo el pueblo de Cunium en la época de los romanos.)

Cuando Quinto Cecilio Metelo titulado el «Baleárico» despues de muchos combates sangrientos que diezmaron sus tropas, se hizo dueño de Mallorca, Alcudia ya era una poblacion importante y aguerrida. Empero, ¿cuál era el nombre de esta poblacion? La imposibilidad de averiguarlo nos obliga á adoptar el de Pollentia, que, sin duda fué con el que la bautizó su ilustre conquistador.

Cuatrocientos cincuenta y dos años antes de Jesucristo, segun asegura Ocampo, Hanon y su hermano Amilcon, nombrado Gobernador de España, desembarcaron en el puerto mayor de la antigua Pollentia, y en ella, como pueblo el mas considerable de la isla, fijó Hanon su residencia por espacio de dos años Sábese si, que Q. C. Metelo, con nuevo sulco la dió una área mucho mas dilatada, y que despues pasó al continente de donde vino con tres mil romanos toda gente

principal, con los cuales aumentó su poblacion. No contento con eso, y reconociendo su tan pulcra cuanto ventajosa situacion topográfica, la feracidad de su terreno y la escelencia de su puerto, la hizo capital de esta isla. Tal fue el lustre y esplendor que tuvo en su época, siendo mucho mayor en lo sucesivo é inmenso su poder é importancia. En efecto: ¿Quién que esté dotado de juicio imparcial podrá dudar de la tal importancia y de su mucho poder al reconocer los vestigios de colosales empresas y de jigantescos trabajos llevados á cabo por los pollentines? Semejantes empresas son absolutamente imposibles con escasos medios: son indispensables grandes caudales: largos baños de dinero en fin.

En comprobacion de estos asertos, bastarian los muchos trozos del aqueducto que conducia las aguas de la fuente llamada de «Ternellas» distante mas de dos leguas, formado de gruesos ladrillos y cubiertos con planchas de plomo, que se han descubierto en muchos puntos. En diciembre de 1859 en una propiedad de Antonio Torrens, inmediata á la muralla de la parte del Sur, se hicieron hoyos para plantar higueras y almendros, y en no pocos se encontraron cimientos de edificios hechos con piedras y argamasa, perfectamente conservados. Tambien, la base y un pedestal de columna, un trozo de aqueducto de compactos ladrillos y cubierto con su plancha de plomo. Ademas, una infinidad de fragmentos de ladrillos, de tejas, de cántaros, de platos toscos unos y finos otros: una cucharita de marfil de figura redonda algo gastada: carbon reducido á una especie de papilla, huesos de carnero, de caballo, de aves caseras y dos monedas de cobre con el busto de Trajano. Y si á todo eso se atiende á los innumerables vestigios de monumentos, sepulcros, estatuas de piedra, lámparas, sarcofagos, anfiteatro de fieras, ídolos de bronce, enseres caseros, anillos de oro, de plata y de vidrio con la asombrosa cantidad de monedas de oro, plata y de cobre que se han hallado en los

campos de Sta. Ana y en el mismo solar de Alcudia, y que, despues de 17 siglos, siguen encontrando cada dia (*) no se podrá menos de convenir, que fué una poblacion soberbia, rica, màgnífica y muy poderosa. ¿Y acaso puede pretenderse lo contrario? Solo en Palma D. Joaquin María Bover ha visto una gran cantidad de tales monedas.

D. Agustin Arguelles y D. Juan Alvarez Guerra, durante su destierro en esta ciudad, reunieron otra crecida suma de monedas de cobre, no pocas de plata y bastantes de oro con el busto de emperadores romanos, encontradas todas en los campos de Sta. Ana é inmediaciones de Alcudia, sin contar las que en diez y siete siglos se han vendido á los plateros, las infinitas que se han llevado varios anticuarios y otras que guardan en Mallorcà los que saben apreciar en lo que valen, esos preciosos restos de la antiguedad: testimonios mudos si, pero incontrarrestables de la pasada existencia de la noble Pollentia; sobre cuya grandeza, la muerte, como á otra Babilonia, ha imprimido su sello destructor. Y decimos destructor, porque sin estos y otros restos que citaremos en su competente lugar, se ignoraria hasta el sitio que ocupó. ¿Se podrá en el dia contrarestar estos testimonios? De ningun modo. ¿Si actualmente con solo una paciente investigacion se descubren huesos aislados del esqueleto de lo que fué un gigante formidable se estarán autorizados para negar su antiguo esplendor y grandeza? ¿No fué Babilonia, en cuya ciudad entró triunfante el grande Alejandro en una carroza de oro, una maravilla del mundo con sus jardines aéreos y su millon de habitantes? Sin embargo, no se ignora en la actualidad su asiento preciso?

Los argumentos de algunos que se esforzaron parciales en

(*) Tenemos en nuestro poder una moneda de plata encontrada en los campos de Santa Ana en 10 de abril de 1863, cuyo busto asemeja al de Neron.

negar que fuese Alcudia el verdadero sitio de nuestra antigua capital, tiempo ha que están pulverizados; y no podia ser de otro modo, pues nada resiste á los hechos.

El historiador pollensin, D. Juan Binimelis, testigo nada sospechoso dice: que la antigua Pollentia estuvo situada en el lugar de la ciudad de Alcudia á la parte del puerto mayor, donde está el oratorio de Sta. Ana.

D. José Barberi dice: Pollensa que estaba á la orilla del mar de Alcudia, en el que hoy llaman estanque de Sta. Ana, donde se ven los vestigios y gradas de un anfiteatro y otras antiguedades, se retiró mas á la parte del monte. (*)

El Sr. Alemañy, en su historia de Mallorca dice hablando de Q. C. Metelo: «Este cónsul engrandeció los edificios de la »antigua Pollentia, y con nuevo surco ó arado la erigió en co»lonia de romanos..... crecieron en fuerzas y caudales sus ciu»dadanos, y por medio de su poder y riquezas levantaron sun»tuosos edificios etc. indicios son de esto aun en el dia de hoy las »grandes ruinas y vestigios que en muchas partes se descu»bren en los campos de Santa Ana (**) vense algunos lugares

---

(*) ¿Se retiró? ¿Se retiró dejando sus alhajas y caudales? Lo hubiera hecho así el Sr. Barberi?

(**) En realidad no podemos darnos cuenta de cuan restrictos anduvieron todos los que han escrito sobre este particular. Eso prueba una cosa y es, que se tomaron muy poco trabajo en investigaciones tan esenciales. En efecto: los vestigios que han quedado patentes de la ciudad en cuestion, se encuentran abultados desde la muralla de la parte Sur de Alcudia hasta la orilla del mar del puerto mayor: es decir, que la antigua Pollentia tenia una área tanto ó mas dilatada que la Palma actual. ¿Porque, pues, se concretaron á darla su asiento solo en los campos de Santa Ana? ¿Seria que no descubriesen estos otros vestigios? ¿O creyeron que les bastaban los vistos en los campos de Santa Ana para aventurar una proposicion absoluta y en no poco detrimento de la verdad histórica? Tenemos datos para creer que Alcudia formaba parte de Pollentia.

»subterráneos, sepulcros, vasos, columnas, piedras, conduc»tos de agua y otras cosas en diferentes estancias que demues»tran el sitio que tuvo y su antiguo lustre y esplendor. En es»tos campos, añade, se han hallado ladrillos rotos en gran »copia (*) hornos y otras muchas cosas. En Pollentia habia »templos, estatuas, divinidades, lares y penates; tenia su co»lumbario, ó cementerio con multitud de inscripciones, sarcófa»gos, lámparas, lacrimatorios y otras memorias fúnebres; y »hasta, segun afirman diferentes escritores, habia un colegio »de medicina del cual salian los médicos mas famosos de la re»pública y del imperio, uno de tantos lo fue Marco Licinio »Philomuso.»

Sin embargo D. Juan Dameto dice «Hácia el norte, distante »de la ciudad de Alcudia cuatro millas, descubrimos la antigua »Pollentia famosa colonia, segun ya vimos, de ciudadanos ro»manos. Algunos quieren que su primera poblacion haya sido »en un lugar cerca de la ciudad de Alcudia, donde hoy está la »iglesia de Sta. Ana. Fundan su opinion en las muchas meda»llas y estatuas marmóreas, y entre ellas la del famoso capi»tan Quinto Cecilio Metelo que se han hallado allí, y cada dia »van descubriéndose mas, de las cuales yo tengo en mi poder »algunas. (**) Hay tambien en dicho lugar otros vestigios de la »antiguedad romana.

Por lo que antecede se ve, que el Sr. Dameto, cerrando los ojos al lleno de luz que arrojan de si tantos vestigios, tantas medallas, de las cuales el poseia algunas, tantos sepulcros, tan-

(*) Es muy estraño que no supiese la inmensa cantidad de tales ladrillos encontrados á diez pasos escasos de toda la muralla de la parte Sur.

(**) Es curioso ver los esfuerzos del Sr. Dameto para hacer prevalecer estravagantes sofismas contra la realidad de las cosas. ¿En que debió fundar su opinion para descubrir Pollentia en un lugar tan distante del que realmente ocupó?

tas estatuas, tantas lápidas sepulcrales, tantos anillos de oro, de plata y tantos ídolos de bronce como se han estraido de los alrededores de Alcudia y de los campos referidos, se esforzó en probar una hipotesis al decir, que cuatro millas distante de Alcudia, en su parte norte, habia descubierto la famosa antigua Pollentia.

Como por una victoriosa replica á las suposiciones gratuitas del Sr. Dameto, en 1765 quedó probado y evidenciado, que su descubierta Pollentia, fué el importante pueblo Bocoritanò. La siguiente inscripcion que amaneció en bronce inmediato á Boca en dicho año, no deja la menor duda sobre este aserto. Ultra de eso, como lo dice bien el Sr. Furió, de las mismas palabras del Sr. Dameto, se deduce la verdad de que Pollentia tuvo su asiento en los campos de Sta. Ana.

He aquí la inscripcion. Pero para no abultar esta obra, pondremos unicamente su traduccion.

«Siendo cónsules Marco Emilio Lepido y Lucio Arruncio. En »las calendas de mayo, el Senado y pueblo Bocoritano de la isla »mayor de las Baleares, eligieron en patrono suyo á Marco Ati»lio, hijo de Marco de la tribu Galeria Verna. Marco Galerio »Verno recibió la fé de su proteccion y clientela y de los suyos »al Senàdo y pueblo Bocoritano. Lo trataron Quinto Cecilio, »Quinto Cayo Valerio Icesta pretores.

Refutadas las razones que anteceden del Sr. Dameto, volvamos ahora atras. Los vecinos de Pollentia gozaron el privilegio de ciudadanos romanos antes que sus hermanos del continente, y sus magistrados fueron los primeros que vestidos de púrpura dieron nuevo realce á su dignidad. Otra circunstancia, dice el Sr. Furió es la de haberse inventado en Pollentia las mejores vestiduras que usó la noble juventud y los magistrados de Roma en sus funciones y públicas ceremonias. Polidoro Virgilio, testigo de esta verdad, asegura, que el lati-clavo y la toga pretexta, fueron invencion de los magistrados de Pollentia capital

de las Baleares. Estrabon. (lib. 3.) dice: que el lati-clavo que adoptó Cayo Cesar, y con el que se adornaban los emperadores, fue invencion de los mallorquines para uso de los magistrados.

Los pollentines fueron tan valientes como temidos de los enemigos de la república. El cultivo de viñas y olivos estuvo entre ellos en mucho auge, en términos que llegaron á proveer á Roma de aceite y escelentes vinos (*)

(2) En 19 de noviembre de 1862 se descubrió el sepulcro de este personage en el *Camp d'en Fransa*, inmediato á la muralla del Sur de Alcudia, y debajo un pavimento de ladrillos y argamasa, muchos de sus huesos, entre ellos los tarsos del pié; (A sabiendas cometemos este pleonasmo, pues los tarsos son del pié, pero lo ignoran los que no han estudiado la anatonia del cuerpo humano) una gran lápida sepulcral y dos grandes pedestales de piedra fria que indudablemente sirvieron de base á dos columnas. La inscripcion dice así:

L·VIBIO·L·FIL·VEL
NIGELLIONI
AEDIL·IIVIRO·BIS
MANLIA·FABIANA·VXOR
MARITO·OPTIMO·SVO
ET·VIBI·MANLIANI·FIL
NOMINE·SVA
PECVNIA·POS....
L·D·D·D.

Nuestro digno y muy apreciable amigo el Sr. D. Joaquin María Bover, la interpretó de este modo: «*L. Vibio Luci filio Velina, Nigellioni, Eedili, duumviro bis, Manlia Fabiana uxor*

(*) Binimelis.=Hist. de Mallorca.

marito optimo, suo et Vibii Manliani filii nomine, sua pecunia posuit, loco dato decreto decurionum. » La traduccion castellana del mismo Sr. Bover es esta: « A Lucio Vibio Nigelion, de la tribu velina, hijo de Lucio, Edil y dos veces Dumviro, Manlia Fabiana, su esposa, y Vibio Manliano, su hijo, le dedican este momumento; costeado á sus espensas, por decreto de los decuriones. »

La circunstancia de haberse encontrado estas lápidas sepulcrales echadas con la cara de la inscripcion mirando á tierra; es decir, presentando el dorso de ellas por arriba, nos hace sospechar que, viéndose los pollentines bruscamente sitiados por los vándalos, teniendo una profanacion en los sepulcros, echaron abajo sus lápidas y las cubrieron con tierra. Esta preciosa lápida la posee D. Felipe de Aguera, administrador de esta aduana.

(3) En una pequeña alturita detrás del oratorio de Santa Ana, vese en el dia parte del anfiteatro, en segmento de esfera, con sus anchas gradas abiertas en la misma peña. Conceptuamos que semejantes gradas eran una especie de paraiso para la plebe, y que el resto estaria adornado con lujosos palcos. Todavía existen íntegras las cuevas en donde se guardaban las fieras.

(4) En 1687, fue hallada en el citado *camp d' en France*, una estatua de mármol de Lucio Dentilio Modesto que fue Flamen, y tambien su sepulcro, con esta inscripcion:

L·DENTILIO
L·FIL·VEL
MODESTO
AEDILI·IIVIR
FLAMINI
L·FAVONIVS
CENTVRIO

AVVNCVLO
PIENTISIMO
L·D·D·D.

Masdeu y D. Buenaventura Serra publicaron esta inscripcion y el sentido que ambos le dieron al interpretarla no parece que sea el verdadero. Un escritor amigo nuestro, versadísimo en es'as materias, la ha traducido así: Lucio Favonio Centurion, elevó este monumento en el punto señalado por decreto de los decuriones, á la memoria de su piadosísimo tio Lucio Dentilio Modesto, hijo de Lucio, de la tribu velina, que fue Edil, Duumviro y Flamen.»

Del gran pedestal en que estaba grabada la referida inscripcion se hicieron cuatro morteros para moler pólvora.

(5) Á mediados del siglo anterior se desenterró en el *camp d' en Fransa* una lápida sepulcral con una inscripcion dedicada á este personage que existe en la actualidad colocada en una de las paredes del jardin de D. Antonio Maria Serra, vecino de Palma. Dice así:

Q·CAECILIO·Q·F
VELINA·CATVLLO
AEDILI IIVIR·FL.....
ROMAE·ET·AVG
L·D·D·D.

Su traduccion es esta: «A Quinto Cecilio Catulo, hijo de Quinto, de la tribu velina, Edil, Duumviro y Flamen de Roma y de los Augustos, se le dedica esta memoria en el lugar señalado por decreto de los decuriones.

Tambien se encontró otra junto á la muralla del Sur, cuya materia era de asperon, de cuatro palmos de longitud, tres de

latitud y dos y medio de espesor con poca diferencia de las demas. Su inscripcion es:

FLAVIO·PONTICO
EX·TESTAMENTO
NISIVS.

El Sr. D. Antonio Ramis y Ramis la traduce así: «Nisio puso esta memoria á Flavio Pontico, por encargo que este le hizo en su testamento»

Al lado de la lápida que lleva la inscripcion dedicada á Q. C. Catulo, se halló otra y un becerrillo de bronce que, segun afirma el Sr. Alemañy, en su tiempo lo poseia un tal Binimelis farmacéutico de Palma.

(6) Esta preciosa estatua de Q. Cecilio Metelo de mármol blanco, fue hallada arando en los campos de Santa Ana, separándole la cabeza con el arado. La poseia el magnífico D. Raimundo de Veri juez de la real Audiencia de Palma y en la actualidad existe en casa de Campo-franco.

(7) Poseemos este precioso anillo de oro fino, hallado á cuatro palmos de profundidad en los referidos campos de Santa Ana, y tambien junto á el dos monedas de bronce con el busto de Trajano. Si el tal anillo no es precisamente el de Paulina Mammea pertenece sin duda á un habitante de Pollentia que para nuestro intento vale lo mismo.

(8) Esta preciosa lápida que, al menos como la de Lucio Vibio, pesará seis quintales, fué hallada, á principios de este siglo, en el referido *Camp d' en France*, y la posee D. Ventura Calvis y Reinés. Su inscripcion es esta:

FLAVIAE·PAVLINAE
FLAVIAE·MAM
MEAE·FILIAE·LV

CIVS·FLAVIVS
PAVLINVS·PA
TER·ET·FLAVII
PAVLINVS·ET
MACRINVS·FI
LII·MATRI·KA
RISSIMAE
L·D·D·D.

El Dr. Ramis en su *Ensayo sobre algunas inscripciones y otros puntos de antiguedades*, impreso en Mahon año 1828, la traduce así: «Lucio Flavio Paulino, y sus hijos Paulino y Macrino Flavios, pusieron esta memoria á su queridísima madre Flavia Paulina Mammea, habiendoséles concedido el lugar por decreto de los decuriones.

Otras muchas lápidas han sido halladas y destruidas por la estupidéz ó la ignorancia.

(9) La inscripcion es la que sigue:

PRO·SALVTE·P·N
LARIBVS·BASSIS
MARMOREAS·IIII
TVR·TVMVLVM
HARNEAM·LVCERNA
BILVCI·MON·AEREA
TABVLAS·ENCAVSTO
PICTA·IIII·CLIPEVM
ET·VELVM
OBTAT·SER·D·S·P.

El Sr. Furió la esplica así: «Por salud de nuestro pueblo, erigió esta torre con las cuatro caras del basis de mármol, á

los dioses lares, Obtato Servilio de su dinero, la que adornó con una lámpara de bronce de dos luces, en su cuspide tablas pintadas al encaustico, y cuatro escudos. »

Conceptuamos que esta torre de Obtato Servilio, estuvo en el mismo puesto que la torre de la actual atalaya; y si la hemos colocado en el monte de San Martin, ha sido por ser mas cómodo á nuestra relacion.

APÉNDICE.

La inscripcion que acabamos de describir sobre la torre del faro construida á espensas de Obtato Servilio, y que fue hallada en una plancha de bronce en los confines orientales de Pollentia, sino estamos mal informados, está en poder del señor marques de Campofranco.

En 1848, en una propiedad contigua á la muralla del Sur de Alcudia, haciéndose hoyos para higueras, hallaron dos ídolos de bronce de unas ocho pulgadas de alto. Uno de ellos representa un Hércules, y lo posee D. Joaquin Claver. Ignoramos que se ha hecho del otro.

Hay sugeto en Alcudia que posee mas de sesenta monedas con el busto de diferentes emperadores romanos, halladas todas de poco tiempo acá. Tambien quien posee algun ídolo de bronce y otras preciosidades. Son muchos en Alcudia que poseen monedas de la antigua Pollentia.

D. Antonio Serra y Tous oriundo de Alcudia poseia un busto de mármol que creian de Metelo, y que ahora para en la biblioteca del Sr. marqués de Campo franco. Tambien tenia en su poder un Hércules de bronce de un palmo de elevacion, un Mercurio de dicho metal, otra figurita de la misma materia dentro los baños, que tenia en sus manos un estrigil; un Mimo, un Apis, algunos canopes y pateras todo de bronce que, con vasos, lámparas, sellos con inscripciones, lacrimatorios y

anillos de varios metales, fueron hallados en las inmediaciones de Alcudia. Todas estas preciosidades, segun nos comunicó dicho Sr. Serra, se hallan actualmente en poder del Sr. marqués de Campo franco.

D. Antonio Furió, en 1832, poseia las siguientes monedas de plata halladas en los campos de Santa Ana. Una dice: Tiberio Claudio, otra Cayo Julio Cesar hijo de Lucio, otra Octaviano Augusto hijo de Octavio=Aulo Vitellio hijo de Lucio=Flavio Vespasiano=Nerva Trajano Ulpio=Publio Elio Adriano=Lucio Elio Aurelio=Alejandro Severo=Macximino Pio Augusto =Marco Antonio Gordiano=M. Julio Philipo=Probo=Aureliano=Constantino Cloro=Justiniano.

El Sr. Bover posee 85 monedas consulares, imperiales y geográficas desenterradas en Alcudia, como igualmente un anillo de bronce, singularísimo por contener el blason de un árbol arrancado, dentro un escudo.

D. Mariano Domenech y Palou poseía muchas monedas desenterradas en Alcudia y lo mismo el Sr. Arguelles y en la actualidad el señor Alós, ministro residente, posee una multitud de ellas.

El mismo solar de Alcudia ha subministrado no pocas monedas con bustos de emperadores romanos. En los cimientos que se cavaron dos años hace para construir una cocina en la casa de la calle Mayor, propia de Sebastian Truyol, halláronse doce monedas de cobre con bustos de emperadores romanos, y una de ellas pertenece á los Fabios familia consular.

Cierto es, que en los campos de Santa Ana han sido mucho mas considerables tales hallazgos. Empero, eso no prueba otra cosa, sino que en ellos no se ha edificado otra poblacion, como ha sucedido en el solar de esta ciudad.

Con tantos testimonios y otros muchos que nos callamos, nos creemos autorizados para asegurar y sostener tambien, que Alcudia ha sustituido á la antigua Pollentia, con solo la

diferencia que esta tuvo una área cuatro ó cinco veces mayor que aquella.

Si con esta obrita, trabajada robando largas horas al descanso, hemos contribuido en algo á las glorias del país que nos vió nacer, y al mismo tiempo hemos prestado un servicio á Mallorca nuestra patria comun, tendremos por bien recompensado nuestro trabajo.

Alcudia 15 de mayo de 1863.

Juan Reinés y Ferrer.